Sí, LO QUIERO TODO CONTIGO

MARTA FLORES



Sí, LO QUIERO TODO CONTIGO

MARTA FLORES

Primera edición.

Sí, lo quiero todo contigo

©Marta Flores

©octubre, 2025

©Imágenes por Freepik

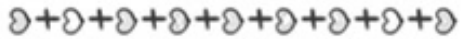
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



Tres años antes…

Zaida

—¿Estás lista para el primer día de tu nueva vida, corazón? —me preguntó mi abuela mientras tomábamos el primer café de la mañana, sentadas en la mesa de la cocina de su casa.

—La verdad… estoy aterrada y con pocas ganas. Este año empiezo el MIR y sé que será duro y estresante, como lo es para todos. Pero también será maravilloso estar con los pacientes y comenzar a ver cómo mi sueño se va cumpliendo. Lo que no sé es si los recuerdos me dejarán disfrutarlo.

—Zaida, sé que este último año ha sido muy duro. Perder a tu madre se llevó un pedacito de tu corazón con ella y, aunque es difícil decirlo, la vida sigue y a ti te queda mucho por vivir. Además, si te viera triste, te diría cuatro cosas que te pondrían en órbita a la de ya. Y no te olvides de la promesa que le hiciste antes de que se fuera.

—No, no la olvido. —Reí—. ¿Cómo hacerlo, si me hizo sentarme en la silla del hospital a su lado y en un cuaderno escribirlo mil veces para que se me grabara bien en la cabeza?

—Pues dilo bien alto, que yo lo oiga —me exigió con una sonrisa pícara.

—Vive, disfruta, no dejes que nadie borre tu sonrisa. No viertas lágrimas por quien no las merece. Solo la gente que consiga que sonrías con la boca,

los ojos y el corazón será digna de tu amor.

La carcajada de mi abuela se oyó en toda la casa y yo, por primera vez en mucho tiempo, también reí con ella.

—La verdad es que tu madre era única. Tenía cada ocurrencia… Mira que ponerte a copiar como si fuera un castigo de la escuela. Lo que habría dado por ver tu cara y tus dedos ahí, dale que te pego escribiendo y repitiendo. Pero te voy a decir una cosa: es el mejor consejo que podía darte. Y si ponerlo en papel una vez tras otra, consigue que lo cumplas, pues bien hecho está.

»Ahora, otra cosa te voy a decir: como me entere de que sueltas una lágrima más por ese desgraciado, que ni quiero nombrar, o por «la globitos», no lo vas a copiar mil veces, sino cinco mil, y además voy a hacer que te lo tatúen.

Ahora era yo la que reía sin parar. Mi abuela era una mujer de armas tomar, igual que lo fue mi madre, y si decía que me lo tatuaba, es que lo haría, aunque tuviera que atarme a la pata de la cama y traer al tatuador de las orejas. Vaya que sí. Menuda era la señora Carmen, que no la rechistaba ni Dios.

—¡Abuela! Ja, ja, ja… ¿La «globitos»? En serio que no sé de dónde sacas esas ocurrencias. Si te oyera llamarla así, se le pondrían los ojos en llamas y saldrían sapos y culebras por su boca.

—Pues ¿de dónde va a ser? Es evidente: solo hace falta mirarla para ver que no tiene tetas, sino dos globos de plástico más grandes que su cabeza. Y esa cabeza solo la tiene llena de maldad y envidia.

—En eso no te puedo quitar la razón, porque la tienes. Pero, en fin, ahora todos están lejos y yo espero que ya no me hagan más daño.

—Que se les ocurra siquiera intentarlo, y entonces sí que me van a conocer. Si yo hubiera sabido todo lo que se cocía en esa casa y las cosas por las que tuviste que pasar… Menos mal que tu madre se fue para el otro mundo sin saberlo; si no, habría sufrido muchísimo. Pero también te digo que no debiste callar y soportar tanto.

—Ahora lo sé, pero entonces veía a mamá tan feliz con Miguel que no quería hacerla sufrir.

—En fin, no pensemos en cosas ni personas desagradables. Anda, arreando para la calle, que al final, con tanta charla, vas a llegar tarde al hospital el primer día. Y debes tener un buen asiento en la charla de bienvenida para ver bien a todos los médicos *buenorros* que estarán allí y escuchar cómo sus cuellos crujen cuando pases por su lado.

—Cómo se nota que me quieres, abuela. Pero no creo yo que muchos cuellos se giren para mirarme. Además, no tengo el horno para bollos ni el corazón para que me lancen flechas.

—Pues si ninguno tiene tortícolis mañana, espera que te voy a apuntar la dirección de mi oculista y se la pasas, porque necesitan gafas. O, bueno, también puede ser que sean más de chistorra que de marisco, que es la otra única posibilidad.

—Mira, me voy, porque si tienes razón en algo, es en que al final perderé el autobús por estar aquí riéndome con tus comparaciones únicas. —Le di un abrazo—. Sabes que te quiero un montón y me alegro mucho de estar de vuelta aquí contigo.

—Yo también, mi niña. Estoy muy contenta de volver a vivir juntas, pero sobre todo de que hayas salido de ese nido de víboras donde estabas.

Salí de casa de mi abuela para coger el autobús que me llevaría al hospital donde me habían concedido la plaza para hacer el MIR de mi especialidad: pediatría.

Durante el trayecto hasta mi destino, os resumo un poco mi vida para que me conozcáis y entendáis por qué vivo solo con mi abuela.

Nací en Madrid hace veinticuatro años y crecí con mi abuela Carmen —viuda desde muy joven— y con mi madre Elena, enfermera de profesión y romántica empedernida que tuvo muy mala suerte con los hombres en su juventud. Como ya habréis deducido por mis palabras, no tuve un padre presente. Tenerlo lo tenía, sí, pero ni sabía dónde estaba ni me interesaba

saberlo. La verdad es que, en cuanto mi madre pronunció la palabra «embarazo», él salió corriendo como si lo persiguiera el diablo y nunca más se supo de él. En aquel entonces, mi madre estaba en el último año de enfermería y apenas tenía veintiún años.

Durante muchos años fuimos las tres solas. Desde el primer momento en que supo que yo venía en camino, mi abuela dijo: *«Si yo he sacado sola adelante a una hija, entre las dos será mucho más fácil esta vez»*.

Y así fue hasta mis catorce años. Éramos felices en aquel pequeño matriarcado que habíamos levantado: mi abuela, con su carácter, su ironía y su humor; mi madre, con su romanticismo, su alegría contagiosa y su mala leche; y yo, que había heredado un poco de todo, una mezcla rara que, según ellas, era lo que me hacía especial.

Os he dicho «hasta los catorce» porque ahí fue cuando nuestra vida cambió. Pensaréis que para bien. Y sí, para mi madre lo fue: apareció el que sería el amor de su vida, Miguel. Para mí, en cambio, fue el principio del infierno.

Mi madre lo conoció en una conferencia médica. Fue amor a primera vista para los dos. Seis meses después se casaron y nos mudamos a Barcelona, donde él vivía con su familia. Y digo familia porque no venía solo: era viudo y tenía dos hijos mellizos, Roberto y Silvia —mis tormentos en la tierra—, de mi misma edad. Y, por si fuera poco, su madre, *doña* Cecilia, que me dejó bien claro desde el primer día que debía llamarla así.

Desde que nuestras miradas se cruzaron, supe que aquello no iría bien. Llamadlo intuición o lo que fuera, pero poco me equivoqué. Además, contaban con la ayuda inestimable de doña Cecilia para hacerme la vida todavía más insoportable.

Nos veían a mi madre y a mí como dos aprovechadas zarrapastrosas que solo queríamos el dinero de su padre y salir del agujero de ratas en el que vivíamos en Madrid para formar parte de la élite a la que ellos pertenecían. Eso me lo repetían día sí y día también, junto con muchas otras lindezas, siempre a espaldas de mi madre y de su padre, porque cuando estaban delante todo eran buenas caras y sonrisas.

En el colegio al que me tocó ir, uno de los más caros de la ciudad, las cosas no fueron mejor. Ya se encargaron ellos de dejar claro cuál era mi sitio: lo más lejos posible de su círculo y sin hablar con nadie.

La parte buena fue que allí conocí a los que, a día de hoy, siguen siendo mis mejores amigos: Rubén y Carol, dos primos tan locos como leales. Me aceptaron desde el primer momento sin juzgar ni preguntar por qué recibía ese trato. Supuse que la fama de los mellizos ya era bien conocida allí y no hizo falta explicar nada: dos niños caprichosos y acostumbrados a salirse siempre con la suya y a despreciar a los que no consideraban iguales. En casa, de cara a su padre, actuaban como angelitos, pero fuera eran dos demonios.

Mis días en el colegio fueron infernales: insultos diarios y bromas pesadas, casi siempre metiéndose con mi aspecto. No era una chica muy alta, apenas 160cm, pero llamaba la atención desde lejos. Eso se lo debía al color de mi pelo, entre naranja y rojo, como el fuego, y a mis ojos verdes con motitas azules. Un contraste que les daba otra excusa para burlarse.

Gracias a mis amigos pude sobrellevarlo. Ellos, casi a diario, me insistían en que hablara con mi madre o con Miguel y les contara lo que pasaba. Nunca lo hice, porque sabía que mi madre se pondría de mi lado y habríamos salido de allí más rápido de lo que llegamos. Y yo no quería que ella, tan feliz con su marido, perdiera eso por mi culpa. Tampoco quería que los mellizos odiosos se salieran con la suya, porque su objetivo era que nos fuéramos de sus vidas y seguir ellos siendo el centro de atención de su padre.

Con Miguel nunca tuve problema. Siempre me trató bien y se preocupó de que no me faltara nada en estudios ni en lo básico del día a día. Era lo único que yo aceptaba de su parte, porque recibir más habría sido dar munición a las fieras. Además, yo nunca fui así: no necesitaba lujos ni caprichos. Había crecido con mi madre y mi abuela y visto el esfuerzo que hacían para que viviéramos bien sin malgastar en tonterías, como tener veinte pares de zapatos.

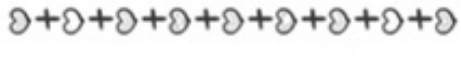
Después de esos cuatro años odiosos en el colegio, llegó el momento de elegir carrera. Yo lo tenía claro desde siempre: quería ser pediatra. La noticia en casa no cayó bien a todos, como os imaginaréis. Mi madre estaba

encantada; sabía desde siempre lo que yo deseaba y entendía que mi elección tenía que ver con lo mucho que me gustaban los niños. En Miguel también vi un brillo de orgullo al saber que compartíamos vocación. No os lo había dicho, pero era uno de los mejores cardiólogos del país; incluso lo llamaban desde el extranjero para casos complicados.

En cambio, para los «mellis» y doña Cecilia la noticia fue una bomba. Según ellos, mis intenciones no eran otras que estudiar Medicina para, algún día, quedarme con la prestigiosa clínica de Miguel y con todo lo suyo. Nada más lejos de la realidad: yo tenía claro que trabajaría en un hospital público, no en esa clínica. No por desprecio, sino porque ese había sido siempre mi sueño, y no iba a cambiarlo por nadie. Ellos, sin embargo, lo veían de otra manera. Ninguno pensaba seguir los pasos de su padre y estudiar medicina —ni siquiera lo intentaban—, porque sus notas dejaban mucho que desear. Tampoco les preocupaba: entre el dinero de su padre y la herencia de su madre podían vivir a la sopa boba toda la vida.

Visto lo visto, estaba segura de que el tiempo me daría la razón. Por los comentarios de Roberto, que decía que iría a la facultad solo para disfrutar de todas las fiestas y polvos posibles, y de Silvia, que iba con la idea de pegarse la fiesta padre y encontrar a su futuro marido, con estatus y, como mínimo, tanto dinero como su padre… Vamos, unas aspiraciones grandiosas: uno bueno para nada y la otra aspirando a ser un florero de plástico.

Capítulo 2



Zaida

Los tres primeros años de facultad pasaron como un suspiro entre lo mucho que estudiaba y los buenos ratos con Rubén y Carol. Con él, además, compartía clases porque también estudiaba medicina, aunque después elegiría la especialidad de traumatología. Carol, en cambio, estaba destinada a ser la mejor abogada de la ciudad; yo estaba segura de ello por lo preguntona que era y lo mucho que le gustaba dar alegatos en nuestras charlas.

Al empezar cuarto, conocí al que pensé que sería el amor de mi vida. Qué equivocada estaba entonces. Adrián, un moreno de ojos verdes como dos esmeraldas, me cautivó desde el primer día con su labia y su humor. Lo mejor era que compartíamos pasión por la medicina… o eso creía yo. Con el tiempo supe que en realidad había estudiado esa carrera solo porque su hermano Pablo era pediatra y él no quiso ser menos. Hasta entonces no habíamos coincidido porque estudiaba en otra facultad.

Desde el primer momento nos volvimos inseparables. Siempre juntos en clase y fuera también. Él ya había estado con más chicas, pero para mí todo era nuevo. Nunca había estado con nadie, no porque no quisiera, sino porque Silvia nunca lo permitió: chico que me miraba o me gustaba, chico que acababa en su cama. No porque le interesaran, sino solo por fastidiarme. Llegó un punto en que dejé de fijarme en cualquiera; total, con ella cerca nunca llegaría a nada.

Así que me guardé muy mucho de hablar en casa de Adrián y evité a toda costa que se enterara de lo mucho que me gustaba. Empezamos una relación

en la que él me trató con paciencia y nunca me presionó para acostarnos. Respetó mis tiempos sabiendo que estaba pez total en el tema. Mi primera vez con él, ahora que la recuerdo, no fue para tirar cohetes. Sí, preparó una cita estupenda en un italiano donde se comía de lujo y después me llevó al apartamento de su hermano, que estaba fuera de la ciudad y se lo había dejado para que pasáramos la noche.

Nada más entrar en el piso me agarró y empezó a quitarme la ropa; yo hice lo mismo. El deseo estaba ahí por ambas partes y en un par de minutos ya estábamos desnudos en el sofá. Sus besos me quemaban la piel y sus manos recorrían todo mi cuerpo. Enseguida me penetró con los dedos mientras lamía y mordía mis pezones. Cuando llegó el momento de hacerlo de verdad, no tuvo paciencia y sentí un dolor que me hizo ver las estrellas.

Siempre había oído que la primera vez podía ser así, por lo que no dije nada. Con unas cuantas embestidas terminó rápido y yo me quedé a verlas venir, como se suele decir. Entonces no le di importancia, pero con el tiempo me di cuenta de que casi siempre era lo mismo: él se preocupaba más por su placer que por el mío. Tonta de mí por no decírselo, lo sé.

Volvimos más veces a aquel piso, aunque ninguna tan marcada como la tarde en la que, tras quedarnos dormidos en el sofá, desperté con Adrián pegado a mí y, muerta de calor, salí a la cocina tal como estaba, solo con un tanga, en busca de algo fresco. Al cerrar la puerta del frigorífico y llevarme la botella a la boca, nunca llegué a beber: frente a mí estaba el hombre con los ojos más negros e intimidantes que había visto en mi vida.

El escaneo que me hizo, de arriba abajo y sin dejarse ni una sola parte de mi cuerpo, me pareció eterno. Con esa mirada penetrante me hizo sentir pequeñita a su lado y deseé que la tierra me tragara. Durante todo ese rato no fui capaz de decir ni una palabra, pero la forma en que me miraba hizo que mi cuerpo reaccionara solo: mis pezones se endurecieron al mismo tiempo que mi cara se encendía del mismo rojo que mi pelo. Al verme así de nerviosa, él sonrió. Sí, el muy capullo sonrió de medio lado, con una sonrisa canalla de esas que —como decía mi abuela— sí que partían cuellos. Eso fue lo que me hizo reaccionar y romper al fin el silencio que nos envolvía.

—¿Eres Pablo, el hermano de Adrián?

—Sí, soy Pablo. Es curioso que yo no tenga ni idea de quién es la niñita que está en pelotas en mi cocina, y que parece conocer mi casa tan bien como para pasearse a sus anchas sin la más mínima vergüenza.

—Eh… Adrián dijo que hoy no vendrías y… soy Zaida, su novia.

Menos mal que en ese momento apareció Adrián por la puerta, aunque no sé si fue para bien.

—¿Qué coño está pasando aquí? Zaida, ¿qué haces en pelotas hablando con mi hermano? Y tú, Pablo, ¿qué haces en casa tan pronto? —gritó Adrián, indignado.

—Tócate los cojones… Vengo a mi casa, repito, a mi casa, después de currar un doble turno en el hospital, reventado, y me recriminas que llego pronto. ¿De qué vas? ¿Te piensas que mi casa es un picadero al que puedes venir a follar con quien sea, cuando te dé la gana? Te di la llave para emergencias, no para que la uses como te salga de los huevos.

Adrián no contestó. Me agarró de malas maneras y me llevó corriendo al dormitorio. Me tiró la ropa a la cara mientras él se vestía y salimos de allí sin despedirnos.

Ya en la calle, cuando lo vi más calmado, me atreví a preguntar:

—Adrián, yo pensaba que Pablo sabía que nos quedábamos en su casa de vez en cuando. Pero por lo visto no tenía ni idea, ni de quién soy, ni de que vamos allí cada dos por tres.

—No me llevo bien con mi hermano y, por supuesto, no le he hablado de ti ni de nada de lo que hago en mi vida. Tendremos que buscar otro sitio porque no pienso volver ahí para que me restriegue que es su casa. Y no quiero volver a hablar ni de este tema ni de Pablo, ¿vale?

Yo solo asentí. No quería meterme en los problemas que parecían tener entre ellos. Cuando quisiera contármelo, ya lo haría.

Al no tener ya un lugar donde estar solos, pasábamos más tiempo en casa de sus padres o de Miguel, cuidando siempre de no coincidir con Silvia o

Roberto. Pero yo sabía que tarde o temprano ocurriría. El día que Silvia posó sus ojos en Adrián y vi cómo lo miraba, algo se me retorció por dentro. El miedo a que pasara lo de siempre se hizo presente. Coqueteaba con él cada vez que podía, descarada, aunque Adrián parecía no darle importancia, al menos delante de mí.

A punto de terminar mi último año de carrera, mi madre empezó a encontrarse mal. Siendo enfermera y, además, la mujer del dueño de la clínica donde trabajaba, le hicieron pruebas en tiempo récord. El diagnóstico fue el peor posible: un cáncer con metástasis, sin tratamiento. Solo podían paliar el dolor y procurar que sus últimos días fueran lo más llevaderos posible.

Para mí fue un mazazo horrible. Se me iba uno de los dos pilares de mi vida y yo no podía hacer nada. Sus últimos tres meses, que fue lo que tardó la enfermedad en llevársela, los pasé prácticamente a su lado, dejando todo lo demás en segundo plano.

Al principio, Adrián lo entendió. Pero después llegaron las quejas: que no nos veíamos, que no le hacía caso… Yo no tenía ni fuerzas ni ganas para discutir. Bastante dolor arrastraba ya. Y me dolió comprobar que, tras dos años de relación, cuando más lo necesitaba, en vez de apoyarme y consolarme, solo recibía reproches.

El día que mi madre dejó de respirar y descansó al fin de ese calvario fue el peor de mi vida, por dos motivos. El primero y más importante: nunca más tendría esas charlas con ella que me daban la vida, su alegría contagiosa, su eterna sonrisa —que no perdió ni en sus peores momentos—, ni sus abrazos. No me vería cumplir mi sueño ni todas esas cosas que soñamos con vivir juntas.

Miguel estaba igual de hundido que yo. Se quedaba viudo por segunda vez, pero dejó claro que esta vez era diferente: la primera había perdido a su mujer, madre de sus hijos, a la que quiso mucho. Pero ahora se iba el amor de su vida, a quien amó con locura hasta el final.

Pasamos el día y la noche en el tanatorio hasta que llegó la hora del entierro. La sala estaba abarrotada; mi madre era muy querida en la clínica y

en el círculo de amistades de Miguel, a quienes se ganó desde el primer momento. Mi abuela Carmen, que llevaba el último mes con nosotras, no se separó de mi lado y fuimos el ancla la una de la otra.

Doña Cecilia no apareció, alegando una terrible jaqueca y repitiendo que esos lugares no eran recomendables para alguien de su edad. Los que sí hicieron acto de presencia fueron los «mellis diabólicos», obligados por la situación, no porque les naciera despedirse de la mujer que se había portado con ellos como una madre. Algo que jamás hubiera hecho si yo hubiera hablado de cómo me trataban realmente.

Adrián vino a acompañarme un rato, pero se mostró distante y poco hablador. Raro en él, que siempre era tan cariñoso y atento conmigo. Pensé que era por la situación y que intentaba guardar las formas.

Al que sí me sorprendió ver allí fue a Pablo. No supe cómo se enteró ni quién se lo dijo; supuse que habría sido Adrián. Vino a dar sus condolencias y, aunque nuestro primer encuentro no fue precisamente agradable —más bien vergonzoso—, y las pocas veces que volvimos a coincidir después se mostró serio y distante.

Pero cuando se acercó y me envolvió en sus brazos, una corriente me atravesó el cuerpo sin saber por qué.

—Zaida, lo siento muchísimo. Sé lo importante que era tu madre para ti y cuánto la vas a echar de menos. Si me necesitas para lo que sea, cuenta conmigo —me dijo Pablo.

Yo solo atiné a responder: —Gracias, Pablo.

Se quedó bastante rato charlando con unos y con otros. Conocía a muchos por ser colegas de profesión o compañeros de carrera. Incluso pasó un buen rato hablando con mi abuela.

Al marcharse, volvió a acercarse a mí. Me abrazó otra vez y me susurró al oído:

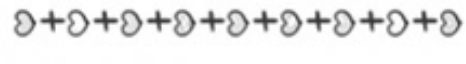
—Abre los ojos. No te merece.

No entendí nada en ese momento. Pero apenas una hora después esas palabras tendrían todo el sentido.

Al llegar a casa, todavía con lágrimas en los ojos, lo último que esperábamos mi abuela, Miguel y yo era encontrarnos en el salón a Silvia desnuda, a cuatro patas en el sofá, mientras Adrián la embestía por detrás con fuerza. Ella chillaba como una loca pidiendo más, y él la azotaba con palmadas.

No quise ver más. Subí, recogí mis cosas y volví con mi abuela a Madrid. Y no de visita ni por un tiempo: para quedarme. Había que dejar atrás ese nido de víboras, como decía ella. Lo sentía por Miguel, pero yo no podía ni quería seguir allí después de tanto dolor y traición.

Capítulo 3



Zaida

Desde la ventanilla del autobús vi la puerta del hospital. Mi estómago dio un vuelco y mi corazón empezó a bombear a toda pastilla. Sabía que no debía estar así, pero no lo podía evitar: allí estaban mi sueño y mi futuro. La emoción me podía y, si no llegué a dar saltitos como una niña, fue solo por vergüenza.

Ya en la puerta alcé la mirada y vi el impresionante edificio que sería mi casa en los próximos años. Tenía asumido que pasaría aquí más horas que en la mía propia. Solo esperaba encontrar buenos compañeros que se convirtieran en amigos y con quienes pudiera compartir algo más que casos médicos.

Cogí una gran bocanada de aire, que solté despacio, y me dije a mí misma:

—Venga, Zaida, tú puedes. Naciste para esto. Da un pasito adelante, que los demás vienen solos.

Oí una carcajada a mi lado y, al mirar, vi a una chica rubia, bastante alta, con unos ojos color miel que transmitían una alegría que ya la quisiera yo para mí.

—Sabes que dicen que el primer paso hacia la locura es hablar sola.

—Lo sé, pero es la única manera que he encontrado para darme valor y ánimos a mí misma para cruzar la puerta.

—Déjame adivinar… ¿Eres MIR 1 y hoy es tu estreno?

—¡Coño! ¿Eres adivina o qué?

—No, ja, ja, ja. Pero ahora mismo estoy teniendo un *déjà vu* de mí misma, con la única diferencia de que, además de hablarme sola, también vomité en el mismo sitio donde tú estás parada ahora.

—Bueno, pues eso me da muchos ánimos, la verdad. Creo que yo no vomitaré, al menos por ahora… cuando sea la hora de salir ya veremos.

—Tranquila, nadie pasa su primer día sin tener una anécdota vergonzosa que contar o esconder. Por cierto, soy Sofía Durán, MIR 2 en ginecología, y la que te va a agarrar del brazo hasta la sala de reuniones para que no acabes dejando los dientes en el suelo si te desmayas.

—Encantada, yo soy Zaida García, MIR 1 en pediatría. Y te agradezco en el alma tu ayuda —le dije con una sonrisa.

Entramos las dos cogidas del brazo, charlando como si nos conociéramos de toda la vida. Hay personas de las que sabes, desde el primer momento, que llegan para quedarse, y con Sofía lo supe desde la primera palabra. Era por las buenas vibras que me transmitía y por esa mirada tan limpia que tenía.

Mientras caminábamos, me fue enseñando dónde estaba todo: cafetería, sala de descanso, sala de reuniones… También me puso al día de algún que otro cotilleo. Como ella decía:

—Prácticamente, vivimos aquí, así que lo normal es que las parejas y los líos se formen. ¿Dónde más vas a conocer a alguien? Porque si no es en el asiento del autobús, mientras cabeceas de sueño y el hombre de tu vida se ofrece a sujetarte la cabeza, lo veo difícil.

Una vez hechas las presentaciones oportunas con el equipo con el que trabajaríamos a diario —adjuntos, enfermeras y demás personal sanitario—, el jefe de residentes nos dio la bienvenida. Y con una sonrisa, sus últimas palabras nos dejaron a todos boquiabiertos:

—Intentad no matar a nadie, por lo menos el primer día.

Al ver mi cara de pasmada a la salida, Sofía se echó a reír y me dijo:

—Tranquila, Zaida. Todos los años monta el mismo numerito con esa frase en la charla de bienvenida. El doctor Morales tiene un humor difícil de pillar, pero es de los mejores médicos y personas que te encontrarás por aquí.

—Vaya, menos mal. Ya me quedo más tranquila. Por un momento casi me pongo a hiperventilar.

—Anda, exagerada, vamos a empezar el día. Y si al terminar sigues entera, tomamos una cerveza para celebrarlo. Ahora me voy a mi planta, a ver cuántas futuras mamás se están acordando a gritos de todos los ancestros de los futuros y acojonados padres.

—Yo voy a urgencias, que es mi destino —le dije con una sonrisa… o una mueca, no sabría decir qué me salió.

Al oír la palabra urgencias, Sofía se giró tan rápido que casi se le salió la cabeza del sitio. Abrió la boca más que un buzón y, después de lo que me parecieron horas y no segundos, volvió en sí para acabar de acongojarme con lo que soltó:

—¿No te he oído mal, verdad? Has dicho urgencias. Pues creo que esa cerveza tendrá que ser otro día, porque cuando acabes el turno solo tendrás ganas de tirarte en el primer sitio que encuentres a dormir… además de arrancarte las orejas. ¡Madre mía! Luego, cuando tenga un rato, bajo a rescatarte un poco.

Se marchó corriendo, dejándome plantada con cara de tonta.

Al llegar a la sala de urgencias, un médico —el más *buenorro* que yo había visto en mi vida, como diría mi abuela— se me plantó delante y me dijo:

—¿Eres la doctora García, verdad? Acompáñame a tomar un café y te pongo al día. Por cierto, soy el doctor Díaz, tu adjunto… y torturador.

Entramos en la sala de descanso asignada al personal de urgencias que, vete tú a saber por qué, en ese momento, estaba vacía. Eso, en vez de darme

calma porque tendríamos una charla más privada, me dio un miedo… Estar a solas con semejante monumento imponía, y mucho.

—Vale, vamos allá. Lo primero, toma un papel y límpiate las babas que estás soltando al mirarme. No queremos que, cuando salgamos, manches el suelo, alguien se resbale y tengamos que atender a otro paciente por tu culpa. Bastantes tenemos ya, no queremos añadir nosotros más a la lista.

»Segundo, estarás bajo mi supervisión los próximos cuatro años. Eso significa que no te separarás de mi culo —al que, por cierto, puedes mirar todo lo que quieras, pero jamás tocar, o mi marido te arranca esa fogata que tienes por pelo—. Y tercero y último: soy el más exigente de los adjuntos.

»Sé lo que estás pensando, que te ha tocado el guapo cabrón. Te dejaré que te des cuenta por ti misma de lo equivocada que estás, porque vas a sudar, vas a llorar y vas a querer matarme veinte o más veces al día. Pero te aseguro que, cuando acabe contigo y seas adjunta, mandarás que me fabriquen un monumento de lo contenta y orgullosa que te sentirás. Hasta que te deje volar sola —eso solo lo dirá el tiempo y tus capacidades— pregunta todo lo que quieras.

»Prefiero que me hagas mil preguntas, o la misma diez veces, a que metas la pata. Porque si caes, no caerás sola, sino los dos. Y eso no nos conviene a ninguno. ¿He sido claro?

—Cristalino, doctor Díaz. Me esforzaré y daré lo mejor de mí.

—Pues dicho todo esto, y viendo que pareces una chica espabilada que coge las cosas a la primera, vamos a currar, que los pacientes no pueden esperar. Ah, por cierto: hoy libra, pero mañana, para nuestra desgracia, la tendremos aquí de nuevo y podrás conocerla.

»Es el mejor consejo que te voy a dar: mantente alejada de su camino y de donde pose sus ojos, o te hará la vida imposible y, en consecuencia, la mía también. Hablo de la jefa de enfermeras Coral, o como la conocemos todos: «la bicha».

Después del discursito y los consejos que me dio, con el mal cuerpo que se me había quedado al oír todo lo que me dijo, salí detrás de él, casi corriendo. Ese hombre parecía tener guindillas en el culo —ese que no debía tocar, me recordé a mí misma, si no quería quedarme calva—. La verdad es que, cuando me dijo eso, me hizo mucha gracia. Tenía pinta de ser exigente y un

poco borde, pero no sé por qué, a mí, aun con todo lo que me soltó, me cayó fenomenal. Pensé que, después de todo, había tenido suerte de que me tocara con él. Estaba segura de que iba a aprender muchísimo y que no habría problemas entre nosotros; solo esperaba no equivocarme en mis suposiciones.

El turno se me pasó en un suspiro. No tuve apenas tiempo ni para respirar. Hubo muchísimas urgencias y yo corrí detrás del doctor Díaz como pollo sin cabeza. Pero, aun así, cuando terminó, me miró con una sonrisa y me dijo:

—Buen trabajo, novata.

Yo solté todo el aire de golpe. Estaba cansadísima, pero muy feliz de haber superado el primer día y con muchas ganas de seguir aprendiendo.

Al salir del vestuario, después de cambiarme, me encontré con Sofía, que venía con una cara que era un poema. La agarré por los hombros y le dije:

—Creo que esa cerveza que me prometiste la necesitas tú más que yo. ¿Te espero y me cuentas qué pasa?

—Sí, por favor. Hoy de verdad la necesito. Además, tú también. Creo que tienes que contarme muchas cosas, como que te ha tocado de adjunto al doctor «culo prieto». Ese que se mira pero no se toca, si no quieres hacer un viaje exprés a Turquía, para que te pongan una melena nueva. Y en tu caso, cosa difícil: no creo que en su almacén peludo tengan ese color tan especial y único.

—Calla, por Dios. Ahora te cuento la charla de bienvenida que me ha dado… poco más y me meo encima. Venga, cámbiate, que nos vamos.

Salimos del hospital y nos dirigimos a un bar cercano del que Sofía decía que tenían unos bocatas de calamares que te hacían perder el sentido… o tener un orgasmo. Nos sentamos en la terraza, porque aún era septiembre y las temperaturas acompañaban. Ya habría tiempo de pasar frío en el largo invierno que pronto llegaría.

Pedimos dos bocatas de calamares, dos cervezas y unas bravas para compartir. Justo cuando íbamos a empezar a relatar nuestro día, sonó mi teléfono.

—Disculpa, Sofía, tengo que cogerlo. Es mi abuela, que estará de los nervios esperando que le cuente todas las novedades y querrá saber cuántos médicos *buenorros* hay en el hospital —le dije, poniendo los ojos en blanco y con una risita.

—Adelante, mujer, contesta. Eso sí, pon el manos libres, que así la saludo yo también y le puedo decir mejor los *buenorros* que hay. Conozco más que tú, por lo menos por ahora.

—Hola, abuela. ¿Qué tal el día?

—¿Qué tal el día? ¿Niña, tú estás tonta o qué te pasa? ¿Te han dado anestesia de esa de aspirar y estás colocada? Llevo aquí todo el día con el móvil pegado a la mano, como si fuera una extensión de mí misma, esperando que me cuentes las novedades… y tú tienes el papo de decir «qué tal el día».

»¡Qué pena que los chancletazos no se puedan mandar por Bizum, porque si no, te mandaba uno de la talla cincuenta para que espabiles! Déjate de rollos y dime cómo está el panorama: ¿hay muchos doctorcitos *buenorros* o está la cosa mala y vamos a tener que tirar de Tinder?

La carcajada de Sofía se oyó en todo el bar al escuchar las cosas que decía mi abuela. Y es que no era para menos: con esta mujer te reías lo más grande y nunca te aburrías. Eso sí, había veces que su boca sin filtro y las perlas que soltaba hacían que se te pusiera la cara más roja que un bogavante recién cocido. Yo, al ver a Sofía muerta de risa, no pude más y me uní a ella. Tardé un rato en calmarme antes de contestar a mi abuela.

—Ay, abuela, no puedo con tus cosas. De verdad, tienes un arte y un humor únicos. Antes de contestar a tu interrogatorio, déjame que te presente a Sofía, una compañera con la que estoy cenando el mejor bocata de calamares del mundo.

—Sofía, esta es mi abuela Carmen, mi única familia, mi pilar y mi ancla desde el día que nací. Y abuela, ella es Sofía Durán, futura ginecóloga. La primera persona con la que me crucé al llegar y que me tendió su brazo para apoyarme —dije riéndome—. Me ha dado el valor para superar mi primer caótico día.

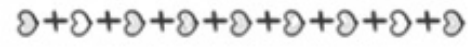
»Ahora, cuando vaya a casa, te cuento todo con pelos y señales, pero te adelanto solo una cosa: mi jefe es el hombre más guapo y con el mejor culo que he visto en mi vida… pero siento decirte que prefiere el salchichón al marisco.

—¡Vaya por Dios! Pues empezamos bien: uno menos en la lista. Esperemos que los demás sean de gustos culinarios distintos, si no te veo para vestir santos. Y te aviso: yo no me voy de este mundo sin conocer un biznieto, así que ponte las pilas. Eso sí, abre bien los ojos y escoge bien, no vaya a parecerse al desgraciado innombrable.

»Cariño, disfrutad de la cena y ten cuidado al volver, que es tarde. Sofía, encantada de conocerte; vente pronto a comer un día, así nos conocemos en persona y me cuentas tú todos los chismes que se cuecen en el hospital, que sé que mi nieta se guardará alguno.

Cuando mi abuela colgó, nosotras seguimos cenando y charlando hasta que el cansancio nos pudo. Luego nos fuimos juntas a coger el autobús. Casualidades de la vida, Sofía tomaba el mismo que yo porque vivía en un pequeño apartamento, sola, a dos calles de la casa de mi abuela. Por lo que quedamos en que, cuando coincidiéramos en los turnos, iríamos juntas al hospital. Así se nos haría más ameno el camino, que duraba casi cincuenta minutos con suerte… si no pillábamos mucho tráfico.

Capítulo 4



Zaida

Después de aquel día en el que Sofía y yo compartimos el bocata de calamares y una buena charla, vinieron muchos más. Se convirtieron casi en un ritual: siempre que podíamos nos escapábamos a la cafetería del hospital, o al bar de la esquina, para contarnos cómo había ido la jornada. Hablábamos de todo, desde los casos médicos que más nos habían marcado hasta los cotilleos del hospital, pasando por confidencias personales que nos acercaban cada vez más.

Puedo decir, sin miedo a equivocarme, que Sofía se convirtió para mí en una amiga indispensable, de esas que sabes que estarán a tu lado toda la vida. Y lo mejor es que yo también lo era para ella: sentía que nuestra amistad era mutua y sincera, de las que se cuentan con los dedos de una mano.

Nos contamos nuestras vidas como si lleváramos años conociéndonos. Yo le hablé de mis horribles años en Barcelona, conviviendo con mis hermanastros y con su abuela, una mujer odiosa que todavía me revolvía el estómago al recordarla. También le hablé de Miguel —al que echaba de menos con toda mi alma—, aunque al menos seguíamos en contacto.

—¿Todavía habláis? —preguntó Sofía.

—Todas las semanas. —Sonreí—. Es mi manera de sentirle cerca, como si siguiera siendo un poquito parte de mi vida.

Le hablé, por supuesto, de lo mucho que quería a mi madre, de lo fuerte que había sido hasta el final y de todo lo que vivimos durante su enfermedad hasta que se fue.

No podía dejar de mencionar mi única relación seria, la que tuve con Adrián.

—¿Y nunca más has sabido nada de él? —me preguntó Sofía, con los ojos bien abiertos.

—Nada… y mejor así. Aunque todavía me escuece la forma en que terminó todo. No porque lo siga queriendo, sino por la traición, y sobre todo por con quién lo hizo.

—Vaya… menudo imbécil.

—Sí, eso mismo. Ahora, pensándolo en frío, creo que no fue la única vez que me engañó. Pero bueno, como se suele decir: pasado, pisado. No pienso perder ni un segundo más en un canalla que, como bien me dijo Pablo aquel día, no me merecía.

Ah… Pablo. De él también le hablé a Sofía, quizá más de lo que debería. Le conté cómo nos conocimos, aquella situación vergonzosa que aún me sonrojaba al recordarla, y los pocos encuentros que tuvimos después. Le hablé de su mirada penetrante, esa que parecía desnudarme con solo posarse en mí y que, algunas noches, se colaba sin permiso en mis sueños. Y le conté sus palabras en el entierro de mi madre.

—Vale, Zaida, pero dilo claro: ¿te gusta un poco, sí o no? —Me pinchó Sofía con esa sonrisilla suya.

—No, mujer… bueno… —Me sonrojé y me encogí de hombros—. Es que esa mirada suya todavía me persigue a veces en sueños.

—Ya decía yo… —Rio, dándome un codazo.

Sofía, por su parte, me abrió las puertas de su mundo. Era de un pequeño pueblo de León donde vivían sus padres, su hermana mayor con su cuñado y su sobrina. Había decidido estudiar medicina y eligió Madrid como destino,

convencida de que su futuro estaba aquí. Y tuvo suerte: el apartamento en el que vivía era de su tía Pilar, una mujer mayor, viuda y sin hijos, que tenía varios repartidos por la ciudad.

—Me deja vivir allí sin cobrarme nada —me contó Sofía—. Siempre dice que cuando falte todo será para mi hermana y para mí.

Yo la conocí en persona y me encantó: Pilar era de esas mujeres que desprenden calidez y que te hacen sentir en casa aunque la acabes de conocer. Muchas veces aparecía en el hospital de sorpresa con bizcochos caseros, dulces o incluso táperes de comida que nos sabían a gloria cuando íbamos con prisa.

En lo sentimental, Sofía tampoco había tenido demasiada suerte.

—En mi pueblo tuve una pareja, pero cuando me vine aquí… la distancia acabó con todo. Y desde entonces, nada serio —me confesó una tarde, con una sonrisa medio irónica—. Algún rollo, buenos para un rato, pero no para compartir la vida.

En eso se parecía mucho a mi madre. Otra romántica empedernida, de esas que esperan que en cualquier momento aparezca el amor de su vida, como en las películas.

Mi abuela, al enterarse de que Sofía y Pilar también estaban solas en la ciudad, no tardó ni medio segundo en invitarlas a casa a comer. Desde aquel día, hizo tan buenas migas con Pilar que se pasaban las tardes juntas, haciéndose compañía. Nosotras estábamos encantadas: así pasaban menos tiempo solas y, además, se equilibraban la una a la otra.

—¡Qué arte tiene tu abuela! —decía Sofía entre risas cada vez que Carmen soltaba alguna de sus ocurrencias.

—Y menos mal que Pilar la frena, porque si no, ya la tendríamos organizando una peña en el hospital —bromeaba yo.

En el hospital, los días pasaban tan rápido que, si no hubiera sido por el calendario, ni sabríamos en qué día vivíamos. En nada llegaría la Navidad.

Casi tres meses desde que había empezado la residencia y ya tenía tanto para contar que podría haber escrito un libro entero. Con el doctor Díaz cada día era una odisea, pero no para mal, ni mucho menos. Me explicaba las cosas con una claridad impresionante y, lo mejor de todo, me dejaba participar. En muy poco tiempo ya me había permitido volar un poco sola y tomar decisiones sin tener que consultarle a cada paso. Eso, viniendo de alguien tan exigente, era un logro que me llenaba de orgullo.

También había conocido a Carlos, su marido, que trabajaba como enfermero en la planta de ginecología junto a Sofía. Enseguida entendí por qué ella me hacía aquellas bromas de quedarme calva: se conocían muy bien. Carlos era un andaluz con un arte y una guasa que iluminaban cualquier pasillo. Allí donde iba, arrancaba sonrisas porque derrochaba alegría por los cuatro costados.

De quien sí me mantuve lo más lejos posible fue de «la bicha», como todos la llamaban en el hospital. Era una «Barbie siliconada» que tenía enfiladas a todas las mujeres que osaban mirar —aunque solo fuera de reojo— a la presa que ella hubiera elegido en ese momento. Pantalón que veía, pantalón que seguía. Y, la verdad, creo que todos los que quisieron acostarse con ella lo consiguieron sin demasiado esfuerzo: médicos, enfermeros o pacientes, le daba igual.

Con el doctor Díaz no se llevaba nada bien —en realidad no se llevaba bien con nadie—, pero con él mucho menos todavía. Que no le echara piropos, que no le riera las gracias y, sobre todo, que no pudiera llevárselo a la cama, la sacaba de quicio. Eso la volvía especialmente borde con él, aunque mi jefe tenía la profesionalidad y la elegancia suficientes como para ponerla en su sitio con cuatro palabras. Y lo hacía sin despeinarse.

Conmigo, dentro de lo que cabe, no tuvo mayor problema. No es que me tuviera aprecio, porque era evidente que adoraba a mi jefe y yo era muy cercana a él, pero tampoco llegamos a rozarnos. Yo me encargué de dejar claro desde el primer día que no quería saber nada de hombres por una buena temporada. Cada vez que algún compañero se insinuaba o me invitaba a salir, lo cortaba de raíz. Esa actitud me permitía estar tranquila y, de paso, dejaba claro que yo no era una rival más a la que aplastar en su caza constante de un nuevo juguete.

La verdad es que esta nueva vida me encantaba. Había dejado todo lo malo atrás y ahora estaba rodeada de buena gente, sin una sola queja. Trabajar con los niños, que siempre había sido lo que más había deseado desde que decidí estudiar medicina, era lo más especial de todo. Incluso estando malitos o heridos, seguían siendo los mejores pacientes: agradecidos, cariñosos, capaces de alegrarte el día con una sola sonrisa aunque este se hubiera torcido por cualquier motivo.

Llegó diciembre y, con él, unos días libres que había decidido aprovechar para viajar a Barcelona y reencontrarme con mis queridos Rubén y Carol. No los veía desde el entierro de mi madre, aunque hablábamos casi a diario. Pero no era lo mismo: necesitaba abrazarlos, escuchar sus tonterías en persona y sentirme otra vez un poco en casa. Les echaba muchísimo de menos.

Sofía también tenía libres esos días y no dudó en apuntarse al viaje conmigo. Rubén y Carol habían insistido en conocerla, porque ya la habían visto por videollamada y estaban deseando ponerle cara en persona.

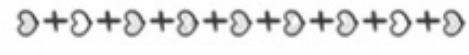
—¿Estás segura de que quieres que vaya? No quiero colarme en tu reencuentro con ellos —me dijo Sofía con cierta duda.

—¿Qué dices? Si están deseando conocerte. Además… —le guiñé un ojo —, me da a mí que Rubén también lo está deseando.

—¡Calla, exagerada! —Se tapó la cara, aunque no pudo ocultar el rubor en sus mejillas.

La verdad, no me disgustaba la idea. Al contrario: me haría feliz verlos juntos. Ellos eran dos de mis personas favoritas en el mundo, y si de aquel viaje salía algo bonito, sentiría que la vida me estaba devolviendo un poquito de todo lo que me había quitado.

Capítulo 5



Pablo

Malditas las ganas que tenía de que llegaran las Navidades. Siempre habían sido mi época favorita, pero desde hacía unos años se me atragantaban hasta las cenas. Si iba, era solo por no hacerles un feo a mis padres, que no tenían culpa de nada. Ellos siempre nos habían tratado a los dos por igual. El problema era que Adrián no lo veía así.

Todo empezó el día que conté en casa que me habían aceptado en la facultad de Medicina.

—¡Ay, por fin! —Lloró mi madre, emocionada—. ¡Un médico en la familia! Estamos tan orgullosos de ti, hijo… Serás el mejor pediatra, los niños te adorarán… y sus madres, más todavía.

A partir de ese momento, Adrián cambió. Hasta entonces, a pesar de los seis años que nos separaban, siempre habíamos tenido una buena relación. Hacíamos de todo juntos. Pero tras aquella conversación, empezó a buscar la atención de mis padres a cualquier precio. Y no siempre de la mejor manera. Se metió en líos, tonteó con las drogas, encadenó una chica tras otra… pero sin querer de verdad a ninguna.

Cuando le llegó el turno de elegir carrera, lo soltó con toda la cara:

—Yo también voy a estudiar medicina. Y seré mejor pediatra que tú.

Lo dijo como si fuera un desafío, convencido de que así obligaría a mis padres a tragarse sus palabras y a reconocerle como el mejor. Yo nunca había querido ser médico por reconocimiento ni por dinero. Siempre había sido mi sueño, desde niño. Además, era niñero por naturaleza; de ahí que la pediatría fuera mi elección.

Mis padres, con lo generosos que habían sido siempre, no le negaron nada. Con esfuerzo aceptaron pagarle todos los gastos de la carrera —al contrario que yo, él no consiguió beca—. Solo le pusieron una condición: que los primeros años los cursara en otra ciudad. Así, lejos de Barcelona y bajo el techo de mis tíos en Valladolid, podría centrarse de una vez en estudiar. Adrián aceptó a regañadientes.

Allí pasó cuatro años… hasta que el verano de aquel mismo año mis tíos tuvieron un accidente de coche y murieron los dos. Adrián no quiso quedarse allí, solo, y regresó a Barcelona para terminar los dos cursos que le quedaban.

Fue al inicio del cuarto cuando conoció a Zaida. Empezaron una relación y yo lo supe por mis padres, después de aquel primer encontronazo en mi cocina.

Todavía lo recuerdo. Su cuerpo. El modo en que, con solo mirarlo, me puse duro al instante. Tenía unas curvas perfectas, unos pechos aún más perfectos… pero lo que más me impactó fue su pelo. Ese rojo anaranjado, como el fuego, en contraste con sus ojos verdes azulados, era hipnótico. Y, para colmo, desprendía una naturalidad que lo hacía aún peor para mí: imposible apartar la vista.

Lo poco que hablamos ese día, y las contadas veces en que volvimos a coincidir en casa de mis padres, me bastaron para darme cuenta de que era diferente. Amaba la medicina tanto como yo. Solo tuve que escucharle dos frases para notar la pasión con la que hablaba de lo que siempre había sido su sueño… el mismo que el mío.

Una vez, incluso me pasó fugaz por la cabeza el pensamiento: *Zaida podría ser la mujer de mi vida*. Pero lo borré en el mismo segundo. Era la novia de mi hermano. Y eso la convertía, automáticamente, en una mujer prohibida.

Aunque le recriminé a Adrián aquel día, cuando lo encontré con Zaida en mi casa, diciéndole que aquello no era un picadero, lo cierto es que nunca más volvió con ella. Pero sí lo pillé otras veces, con distintas chicas, usando mi piso como si fuera suyo. Eso fue motivo de discusión constante entre nosotros. Y no solo porque se aprovechara de mí, sino porque yo le repetía una y otra vez que si iba a hacer esas cosas, lo mínimo era dejar a Zaida.

—Si quieres acostarte con quien te dé la gana, hazlo, pero no la engañes. Ella no se merece eso.

Él se ponía como un loco.

—¿Y a ti qué coño te importa? —me gritaba—. Es mi vida, me follo a cuantas quiero y trato a mi novia como me da la gana. No te metas donde no te llaman.

Aquello me quemaba por dentro. Porque, aunque intentara convencerse de lo contrario, lo que hacía con Zaida era una puñalada diaria, y yo lo sabía.

El día del entierro de su madre me enteré por un compañero del hospital, no por Adrián. Ni siquiera tuvo la decencia de avisarme. Y, aun así, fui. Nada más verla, rota de dolor, la abracé. En ese momento aspiré el aroma de su pelo y un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Nunca me había pasado nada igual con ninguna mujer, y eso me acojonó. ¿Por qué, precisamente, con ella? ¿Por qué mi cuerpo reaccionaba así con la única mujer que jamás debería tocar?

Después hablé con unos y con otros —la mayoría médicos, algunos conocidos, otros no tanto— y también con Carmen, a quien conocí ese día. Fue suficiente con unos minutos para que me conquistara. Una mujer auténtica, luchadora, con carácter. Entonces entendí de dónde le venían a Zaida sus valores.

Al marcharme, dejé a Zaida para el final. La abracé de nuevo, besé ese pelo que me traía de cabeza y, sin poder contenerme, le susurré al oído:

—Abre los ojos. No te merece.

Lo único que quería era que dejara de sufrir por el cafre de mi hermano. Que, si alguna vez descubría lo que él hacía, estuviera preparada. Lo que nunca imaginé fue la escena que viviría al volver a casa ese mismo día. Aquello me lo contó Miguel tiempo después. Y cuando lo supe, la bronca con Adrián fue inevitable. Le dije que era un cabrón y un rastrero por engañarla con su propia hermanastra, sabiendo toda la historia que había detrás y el trato que Silvia siempre le había dado.

Su respuesta me encendió todavía más de lo que ya estaba:

—¿Qué quieres que te diga, hermano? Tiran más dos tetas que dos carretas. Silvia se deja follar por todos lados, como y cuando quiero. Hace unas mamadas épicas, incluso la he compartido con algún colega, le va el mismo rollo que a mí.

»La otra, en cambio, es más sosa en la cama que un día sin pan. La putada de haberla perdido es que ahora ya no tendré los mejores apuntes de la carrera.

—No se puede ser más hijo de puta que tú, ¿eh? —le solté—. Aunque nuestra madre sea una santa… ¿me estás diciendo que solo estás con ella porque te hacía los apuntes, te ayudaba a estudiar y te pasaba cosas para los exámenes? ¿Eso es lo que me estás contando?

—Déjame que lo piense un momento… —respondió él, con sorna—. Pues sí, vas a tener razón: no creo que haya otro motivo. Desde luego, si al menos no fuera una pavisosa en la cama, podría decir que folla bien; pero ni eso sabía hacer, la muy tonta. Porque hay que ser tonto, y mucho, para creer que alguien como yo, que puede tener a la mujer que quiera dentro y fuera de la cama, la haya elegido a ella.

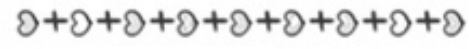
»Mira, no hay mal que por bien no venga: viéndome en el salón de su casa, quedó todo claro. No tuve que dar ninguna explicación. Ella se largó, yo me quedé con la que mejor folla y ya encontraré otra tonta que me haga los trabajos y me pase los apuntes de la facultad.

Os prometo que intenté contenerme, pero fue imposible. En cuanto empezó a soltar toda esa mierda sobre Zaida, humillándola como si no valiera nada, algo dentro de mí se encendió. Me lancé sobre él y le solté una hostia que lo mandó de largo al suelo. Me agaché, lo cogí de las solapas de la camisa y le

grité en medio de la calle donde estábamos, pues cuando me enteré de lo que había hecho, le estuve buscando por todos los sitios que sabía que frecuentaba.

—¡Eres un mierda! —le grité—. No mereces ni el aire que respiras. ¿Cómo puedes hablar y tratar así a una mujer que lo único que ha hecho ha sido quererte y ayudarte? Lo único en lo que estoy de acuerdo contigo es en que lo mejor que le pudo pasar fue descubrir lo horrible que eras y largarse de tu lado. Desde luego, te has quedado con la horma de tu zapato: os merecéis el uno al otro. Silvia es igual de rastrera y mala persona que tú.

Capítulo 6



Zaida

Al fin habíamos aterrizado en Barcelona. No sabía quién estaba más nerviosa por ver a mis amigos, si Sofía o yo. Ella se había pasado todo el vuelo hablando sin parar, haciéndome mil preguntas y, sobre todo, repitiendo una y otra vez si Rubén sería tan guapo en persona como a través de la pantalla. Yo no podía hacer otra cosa que reírme y decirle lo mismo siempre: que no tenía ni idea, que yo jamás lo había mirado con otros ojos que no fueran los de una amiga. Para mí, Rubén era más un hermano que otra cosa.

Eso sí, una cosa no quitaba la otra: tenía que reconocer que mi amigo era un hombre que llamaba la atención, y mucho. Lo había comprobado de primera mano durante los años en que estudiamos juntos, porque las chicas de clase estaban revolucionadas con él.

Rubén tenía el pelo castaño claro, a la altura de los hombros, que solía recogerse en un moño descuidado en la parte de atrás de la cabeza. A eso había que sumarle unos ojos grises, muy expresivos, y dos hoyuelos que se le marcaban en las mejillas cada vez que sonreía. Sí, había que admitirlo: Rubén era guapo. Pero su mejor arma no era el físico, sino su sonrisa, esa que le daba un aire de chico malote y que volvía locas a las mujeres.

Aunque, si me preguntaban, lo que realmente podía hacer que Sofía se pillara por él no era ni su pelo, ni sus ojos, ni siquiera su sonrisa de anuncio, sino su forma de ser. Rubén era leal hasta la médula, generoso, cariñoso, y con un corazón enorme. Todo eso, sumado, lo convertía en un hombre

perfecto a los ojos de cualquier mujer. Y yo, en silencio, cruzaba los dedos para que mi amiga fuera la afortunada… y que él la correspondiera, claro.

—¡Vamos, Zaida, date prisa que nos están esperando fuera! —dijo Sofía, tirando de mí—. Parece que estás en Babia, hija.

—Tú de lo que tienes prisa no es por no hacer esperar a nadie… —le respondí con una sonrisa traviesa—. Es porque quieres hacerle un escaneo exhaustivo a Rubén cuanto antes. Niégalo, si te atreves, anda.

—Pues sí, para qué mentirte —admitió, echándose a reír conmigo—. A ti no puedo engañarte, me conoces casi mejor que yo misma.

Su risa era contagiosa y terminé carcajeándome con ella.

—Anda, petarda, vamos. Que te voy a presentar al hombre de tu vida y al futuro padre de tus hijos.

—¡Dios te oiga y me lo conceda! —exclamó Sofía, llevándose las manos al pecho como si rezara—. Ojalá tengas razón y así pondría fin a mi búsqueda del príncipe azul. Solo espero que no destiña, porque si no, me llevaría el chasco de mi vida.

—Te aseguro que Rubén no destiñe nunca —le respondí, convencida—. Además, es un hombre con la cabeza muy bien amueblada. Y si no le gustas o no quiere nada contigo, no te mareará: te lo dirá claro y listo. Así no te harás falsas ilusiones.

—¡Madre mía! —dijo ella, medio suspirando—. Encima un tío con valores. De esos hay pocos… O será que nosotras tuvimos la mala suerte de toparnos siempre con los que vivían en el lado oscuro. Nunca hemos tenido a uno bueno de verdad cerca.

—Sí, de esos quedan pocos —admití con un bufido—. Yo, aparte de Rubén, no sé si me he cruzado con otro nunca.

—No digas eso —me replicó, arqueando una ceja y dándome un codazo—. Sabes que sí te has cruzado con otro… Uno con ojos negros, penetrantes, de esos que parecen leerte hasta el alma. Bueno… el alma no, que la tenías

debajo de las tetas el día que os conocisteis. Aunque dudo que ese día pudiera leer nada, porque se despistó en cuanto tus pezones le saludaron.

—¡Sofía! —protesté, muerta de vergüenza y tapándome la cara con ambas manos—. ¡Calla, loca! Mira toda la gente que hay alrededor. No creo que tengan ganas de escuchar la historia de cómo mis pezones se presentaron antes que yo a mi excuñado.

Sofía, lejos de callarse, rompió en carcajadas. No podía parar, y su risa resonaba en medio del aeropuerto.

—Ay, lo que hubiera dado por verte en esa situación… —dijo entre risas —. Me imagino tu cara, más roja que tu pelo, ahí en medio de la cocina, en pelota picada.

—Tira, anda —le respondí, dándole un empujón mientras intentaba no reírme yo también—. Vamos a salir ya, que nos están esperando impacientes. Y deja a mis pezones en paz, por favor.

Todavía tenía lágrimas en los ojos de tanto reírse cuando, de repente, cambió el tono y se puso seria.

—Zaida, ahora hablando en serio… ¿qué harías si te lo encontraras? —me preguntó bajando la voz—. Porque a mí no me mientas: por cómo me has hablado de él, ese hombre te atrae. Y mucho.

Me quedé mirándola, sabiendo que tenía razón, y suspiré.

—A ti no podría mentirte. Como has dicho antes, me conoces casi mejor que yo misma, pero a la inversa es igual. Sí, me gusta. Y sí, me sentí atraída por él desde el mismo momento en que mi mirada se posó en la suya, en aquella cocina. Mi cuerpo me delató, por si yo no hubiera sido lo bastante lista para darme cuenta por mí misma. Pero también te digo que nunca podría tener nada con Pablo, por ser hermano de quien es.

—No fastidies, ¿y eso qué tiene que ver? —protestó Sofía, alzando las manos con cara de incredulidad—. ¡Son dos personas completamente diferentes! Tú los has visto juntos, sabes cómo actúan y cómo hablan. Pablo

es un hombre con pasión, con vocación real, la misma que tú tienes. Eso no se parece en nada al desgraciado de su hermano, que eligió medicina solo para intentar hacerte sombra.

»Y lo que te hizo Adrián con la guarra de Silvia… estoy convencida de que no era la primera vez. Vamos, me apuesto lo que quieras, a que llevaba engañándote mucho más tiempo, y no perdería.

—A estas alturas y después de los meses que han pasado —suspiré, cansada—, me da igual saber si me engañó con una o con veinte. Que le aprovechen. Y con respecto a Pablo… claro que sé que no tiene nada que ver con su hermano. En las pocas ocasiones en las que hablé con él, vi a un hombre serio, entregado a su profesión y, sobre todo, legal. Eso quedó más que demostrado con lo que me dijo en el cementerio.

Bajé la mirada y continué, casi en un murmullo:

—No podría tener nunca nada con él por varias razones. Primero, porque no creo que a Pablo le apeteciera estar con la ex de su hermano, con la que se acostó durante dos años… eso contando con que yo le gustara, que estoy completamente segura de que no es así.

»Y segundo, porque si por una puñetera casualidad del destino acabáramos juntos, tendría que volver a ver a Adrián. Y sabiendo ahora lo cabrón que es, y la envidia enfermiza que le tiene a Pablo, no sé qué sería capaz de hacer para separarnos: contaría cosas de mí o vete tú a saber qué más. De ese ser se puede esperar cualquier cosa.

Me quedé en silencio unos segundos y solté un suspiro largo, sintiendo un nudo en la garganta.

—Así que, por mi salud mental y por proteger mi corazón, prefiero no pensar en Pablo… ni en lo que podría pasar.

Lo confesé con la voz quebrada, porque en el fondo me dolía. Sí, dolía saber que no había sido Pablo a quien conocí primero, en lugar de Adrián.

—Está bien —dijo Sofía, tras observarme en silencio unos segundos—. Dejaremos este tema aparcado… pero solo de momento. —Me lo dijo con

esa voz y esa mirada seria que ponía cuando aún no había dicho la última palabra.

Yo solo asentí, sin fuerzas para seguir discutiendo. Lo único que pedía era que, durante nuestra estancia en Barcelona, no tuviera la mala suerte de encontrarme con Adrián, ni con los «mellis diabólicos», ni siquiera con Pablo. No porque no quisiera verlo, sino porque temía que mi mirada me delatara delante de él —y de cualquiera— lo mucho que me atraía.

Al llegar a las puertas de salida del aeropuerto, en cuestión de décimas de segundo, nos vimos envueltas por los brazos de mis amigos. Chillaban de alegría, nos llenaban de besos por toda la cara y la cabeza, y yo me dejaba arrastrar en medio de aquel torbellino de abrazos. Cuando por fin conseguí levantar la mirada, no pude evitar sonreír al ver cómo se miraban Rubén y Sofía. Fue inevitable compartir esa sonrisa con Carol, porque ambas habíamos visto exactamente lo mismo: esa chispa inconfundible en sus ojos.

Cargamos el equipaje en el coche de Rubén y nos dirigimos a su casa, que sería nuestro alojamiento durante aquellos días. Él vivía solo en una casa a las afueras de Barcelona, una herencia de su abuela que había reformado de arriba abajo. Por las fotos que me había mandado ya se veía preciosa, pero en persona prometía mucho más. Carol, en cambio, seguía viviendo con sus padres. Siempre decía que como la comida de su madre ninguna, y que no pensaba irse a vivir sola para acabar alimentándose de precocinados, porque —según sus palabras— no sabía ni freír un huevo.

Quince minutos después llegamos a la casa de Rubén. Al bajar del coche, me quedé maravillada. No era enorme, pero sí preciosa: de dos plantas, con un porche encantador y lleno de detalles que hablaban del esfuerzo que él había puesto en la reforma. Rubén, orgulloso, se adelantó para abrir la puerta y nos hizo un gesto teatral.

—Pasen, señoritas, a mi dulce morada —dijo con una sonrisa que le iluminaba la cara.

—¡Vaya pasada! —exclamé al entrar, mirando a mi alrededor—. Desde luego, las fotos que me mandaste no le hacen justicia. Te ha quedado la reforma espectacular.

—Acompañadme arriba, dejamos las maletas y os hago un tour por la casa. Así os enseño dónde está todo y podéis campar a vuestras anchas —dijo Rubén, levantando las cejas con gesto divertido.

Subimos la escalera hasta la segunda planta, donde estaban las habitaciones. Había tres, bastante amplias y luminosas. Nos mostró las que serían las nuestras y también el baño del pasillo, que compartiríamos las dos. Luego nos llevó a su dormitorio, y ahí sí que nos dejó con la boca abierta.

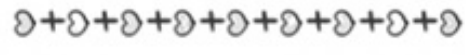
Era una habitación enorme, con unos ventanales impresionantes que dejaban entrar toda la luz del mundo. La decoración era moderna y elegante, con muebles blancos que resaltaban el azul cobalto de la ropa de cama y las cortinas. Todo combinaba a la perfección, dándole un aire sofisticado sin perder calidez. El baño que estaba dentro era otro espectáculo: un lavabo de dos senos y una ducha tan grande que podrían entrar tres personas sin rozarse. Sofía y yo nos miramos alucinadas, y las dos coincidimos en que aquel cuarto era de revista.

Después bajamos a la planta de abajo y Rubén nos enseñó el resto de la casa. El salón, con una chimenea de piedra y sofás enormes, parecía sacado de un catálogo. La cocina era otro sueño: una isla central amplia, muebles en blanco con detalles amarillos que daban vida al espacio, y cada utensilio de cocina que pudiera imaginarse. No pude evitar pensar que aquello sería la envidia de cualquier amante de la cocina.

Pero lo que más nos conquistó fue, sin duda, el jardín. Tenía un pequeño rincón con hamacas y, al lado, una barra de bar perfectamente equipada. Era el lugar ideal para montar barbacoas con amigos o reuniones familiares. El ambiente allí fuera era tan acogedor que se notaba el cariño y el esfuerzo que Rubén había puesto en cada detalle de la casa.

Cuando terminó el tour, nos dejamos caer en las hamacas con un refresco en la mano. El aire fresco de la tarde nos envolvía y, por fin, pudimos relajarnos. Nos pusimos a charlar para ponernos al día de nuestras vidas. Porque sí, hablábamos muy a menudo por teléfono, pero no era lo mismo. Nada se comparaba con volver a estar juntos, cara a cara, riendo y compartiendo como en los viejos tiempos.

Capítulo 7



Zaida

Sofía y yo les pusimos al día de todos los líos del hospital; nos explayamos tanto que a veces parecía que estábamos representando una obra de teatro. Les contamos las andanzas que se traían entre manos mi abuela y la tía de Sofía, con las que Rubén y Carol rieron hasta llorar, porque con esas dos las anécdotas estaban aseguradas. «¿Cuál de las dos está más loca?», preguntó Rubén secándose las lágrimas de la risa. Y la verdad es que no sabríamos qué responder: juntas eran dinamita.

Después fue Rubén quien tomó la palabra. Nos contó que su experiencia en el hospital donde estaba haciendo el MIR no estaba siendo como había imaginado. Entre algunos compañeros había roces, envidias tontas y malos rollos constantes que convertían la mayoría de los días en un desgaste agotador. Tanto, que ya se estaba planteando pedir un cambio de hospital y terminar su residencia en otro sitio.

Sofía, que llevaba rato lanzándole miraditas de esas que delatan más de lo que deberían, no tardó en soltarle, con un guiño descarado:

—Eso tiene fácil solución. Vente al nuestro. Mejor compañía no vas a encontrar. Además, mi casa tiene una habitación vacía y prometo que seré tan buena compañera de piso que no querrás marcharte nunca.

«¡Toma ya con la niña Sofía!», pensé yo, mordiéndome el labio para no soltar la carcajada. Aquello no fue una indirecta… eso fue un disparo directo a portería y con gol incluido por toda la escuadra.

Cuando llegó el turno de Carol, nos habló de su trabajo y de lo mucho que disfrutaba en los juzgados. Sin embargo, yo la conozco demasiado bien: en cuanto le vi el brillo nervioso en los ojos y esa forma de morderse el labio, supe que nos estaba ocultando algo. Y no tardó mucho en soltar la bomba.

—Chicos, tengo algo que contaros. Algo que me ha costado muchísimo decidir y espero de verdad que sea lo correcto, porque tengo muchas esperanzas e ilusión en que salga bien —dijo con una sonrisa nerviosa, mientras jugueteaba con el borde de su copa.

—Venga, larga por esa boquita, guapa, que nos tienes a todos con el alma en vilo. ¿No será que te casas, no? —saltó Rubén, poniéndose muy serio, aunque todos sabíamos que por dentro se estaba partiendo de risa.

—¿¡Pero tú estás chalado o qué te pasa!? —contestó Carol entre carcajadas —. ¡Por supuesto que no me caso! ¿Con quién iba a casarme? Si hace tanto tiempo que no cato varón, que tengo más telarañas ahí abajo que una casa decorada para Halloween.

Las carcajadas fueron generales. Sofía casi se atraganta con la cerveza y yo tuve que secarme las lágrimas de tanto reír.

—Vale, entonces, si no te casas, no tienes novio y mojas menos que un paraguas en pleno agosto… la cosa no va por lo personal. ¿Es laboral, tal vez? —dije yo, con intriga.

—Premio para la señorita Zaida. Así es, es laboral. ¿Listos? Pues ahí va la bomba… —Tomó aire profundamente y lo soltó de golpe—. Me han ofrecido un puesto irrechazable en un bufete muy importante y, después de pensarlo mucho y darle mil vueltas, he decidido aceptar. Ea, ya lo he dicho.

Se hizo un silencio espeso durante unos segundos, lo justo para procesar la noticia, pero enseguida saltamos los cuatro como un resorte, abrazándola y felicitándola entre gritos de alegría. Yo incluso llegué a levantarla del suelo. Era imposible no compartir su entusiasmo: esa oportunidad pintaba increíble.

Cuando nos separamos, sin embargo, notamos que su cara seguía seria. Nos miramos de reojo entre todos, intentando adivinar qué era lo que faltaba

en aquella historia.

—¿Qué pasa, Carol? ¿No estás contenta? ¿O es que te has arrepentido de haber aceptado? —le pregunté preocupada, porque ese nerviosismo no encajaba con la emoción de la noticia.

—No es eso, Zaida. Es que hay algo más… quizá lo más importante de todo —respondió, con los ojos brillantes y lágrimas contenidas.

—¡Chica, suéltalo ya, que me tienes de los nervios! —dijo Rubén, moviéndose inquieto en la hamaca.

—Es en Nueva York —susurró ella tan bajito que apenas se oía, aunque todos lo escuchamos como si nos hubiera gritado al oído.

El impacto fue inmediato. Nos quedamos mudos un instante, procesando lo que aquello significaba.

—¿En Nueva York?… Pero eso está a tomar por culo de aquí —alcancé a decir, con el corazón encogido—. ¿Estás segura de querer marcharte? Es un cambio muy grande, y encima irías tú sola…

Carol bajó la cabeza, pero sus labios esbozaron una sonrisa nerviosa. Rubén, que no soportaba la tensión, se levantó de golpe.

—A ver, cuéntanos todo con pelos y señales, que aquí estamos todos con el alma en vilo. Aunque espera, que esto no se digiere con agua. Voy a por una botella de vino y unas copas. Necesitamos munición para todo lo que nos vas a contar —dijo, desapareciendo rumbo a la cocina.

Minutos después estábamos sentados en la zona de relax del jardín, con copas en mano y unos platillos de picoteo sobre la mesa. El aire de la noche era fresco, la luz cálida del porche nos envolvía y todos esperábamos, en silencio expectante, a que Carol arrancara a hablar y nos pusiera al tanto de todo lo que se traía entre manos.

Carol nos contó cómo había empezado todo. Su jefe —uno de los socios principales del bufete donde trabajaba— tenía un primo abogado con un despacho muy importante en Nueva York, compartido con otros dos socios.

Aquel hombre, Michael, había venido de vacaciones a España hacía un par de meses y se había pasado varias veces por la oficina.

En una de esas visitas, se ofreció a echar una mano con un caso complicado en el que el equipo llevaba semanas atascado. Carol trabajó con él codo con codo y, entre los dos, encontraron una solución que nadie más había sido capaz de ver. No solo ganaron el caso: también forjaron una complicidad sorprendente.

—Después de eso —continuó Carol— empezó a venir casi a diario. Entre cafés y charlas de pasillo fuimos cogiendo confianza, y hace unos diez días me ofreció un puesto en su bufete. El sueldo prácticamente duplica el que tengo aquí, llevaría mis propios casos y… bueno, también me ofrecen vivienda en el mismo edificio que las oficinas.

Se hizo un silencio lleno de miradas cruzadas. Carol bajó la vista, nerviosa, mientras nosotros procesábamos la noticia.

—Al final acepté —añadió con un hilo de voz—. Lo pensé mucho, pero… si no sale bien siempre puedo coger la maleta y volver.

El silencio se prolongó unos segundos más, hasta que Rubén rompió la tensión con una carcajada.

—¡Venga, alguien que diga algo ya, porque me estáis poniendo de los putos nervios con esas caras! —saltó Carol, que no paraba de pasearse de un lado a otro del jardín.

—Zaida, te cedo el honor —dijo Rubén, aún riéndose—. Sé buena y dilo en voz alta.

—Gracias, hombre, por dejarme a mí ser la que cante como un pajarillo… —respondí rodando los ojos.

Carol se detuvo en seco, cruzada de brazos, con un mohín que me hizo sonreír.

—¿De qué coño estáis hablando?

Inspiré hondo, disfrutando el momento, y solté con una sonrisilla traviesa:

—Venga, yo lo digo… Ese tío está coladito por ti hasta los huesos. Y lo que es todavía más evidente: tú estás igual o peor.

—¡¡¡Estáisss locos!!! ¿Pero de dónde demonios sacáis semejante idea? —chilló Carol, roja como un tomate.

Sofía soltó la carcajada que llevaba aguantando rato. Yo me acerqué a mi amiga, la abracé por los hombros y le susurré:

—No te lo tomes así. Es que por cómo hablas de él… se nota, Carol. Y créeme, nos parece algo maravilloso.

Carol suspiró, tapándose la cara con ambas manos.

—Puede que tengáis un poquito de razón —admitió—. Pero por eso mismo estoy cagada de miedo. No sé si al final pasará algo entre nosotros, pero si pasa y sale mal… me voy a dar un batacazo de los que hacen época.

—Amiga, no puedes pensar en lo que pasará si no funciona —le dije mirándola a los ojos—. Ese puente lo cruzaremos si llega. Ahora lo que tienes que hacer es disfrutar de la oportunidad. No dejes pasar algo que puede ser el amor de tu vida. Arriésgate, líate la manta a la cabeza y cruza el charco.

Las lágrimas que había estado conteniendo se desbordaron por fin. Carol lloraba como una niña pequeña.

—Gracias, chicos… De verdad. Lo peor de todo esto es lo mucho que os voy a echar de menos. A vosotros, y a mi familia.

Rubén, que no soportaba el drama, se levantó de golpe.

—¡Basta de lloros, que nos vais a deprimir a todos! Lo que toca es celebrar. Estas dos solo están aquí cinco días, y tú tampoco te quedarás mucho más, ¿verdad?

Carol asintió despacio.

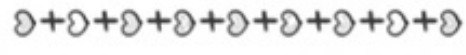
—Pues no. No te equivocas. Mi vuelo a Nueva York sale en tres días. Así que sí: vamos a salir a cenar, a brindar y a bailar hasta que nos duelan los pies.

La frase encendió a todos. Sofía fue la primera en correr hacia las escaleras, y Carol la siguió entre risas. En cuestión de segundos estábamos los cuatro peleándonos por quién se duchaba primero.

Mientras subía, sentí un pellizco en el pecho. Me dolía pensar que Carol se iría tan lejos y que ya no podríamos vernos tan a menudo. Pero también estaba muy contenta por ella, tenía el presentimiento de que ese cambio —y quizá ese hombre— iban a traerle toda la felicidad que se merecía.

Una vez listos, pedimos un taxi rumbo al centro de Barcelona. Allí, entre bares, restaurantes y *pubs*, elegiríamos el lugar perfecto para celebrar el inicio de la nueva vida de Carol.

Capítulo 8



Zaida

De todos los sitios que había para elegir, nos decidimos por un bar con una terraza enorme. Tenía estufas repartidas alrededor que daban un calorcito que se agradecía mucho en la época del año en la que estábamos. Para cenar pedimos un montón de tapas para compartir y unas jarras de cerveza que, por supuesto, no serían las últimas de la noche.

Pasamos dos horas cenando, charlando de todo y de nada, pero sobre todo riéndonos sin parar de todas las tonterías que nos salían de la boca. Claro, ayudaba que íbamos ya bastante contentillos por lo que habíamos bebido, mientras nos poníamos hasta arriba con la montaña de comida que habíamos pedido, porque los cuatro éramos de buen comer y no le hacíamos ascos a nada.

Al terminar, caminábamos por la calle entre risas, mirando en qué bar entraríamos para tomar unas copas y echarnos unos bailes, que era algo que nos encantaba a los cuatro. Al final nos decidimos por uno que no estaba muy lleno, así no tendríamos que estar como sardinas en lata y podríamos bailar a gusto.

Rubén y Sofía se fueron a pedir las bebidas, mientras Carol y yo cogíamos sitio cerca de la pista, en una mesa alta con taburetes.

—Zaida, ¿estás viendo lo mismo que yo? —me dijo Carol riéndose.

—¿El qué? ¿Que entre esos dos saltan más chispas que en una hoguera de San Juan? —le respondí, riéndome igual que ella.

—Pues sí. Y espero que hayas traído tapones para los oídos en la maleta, porque te van a hacer falta desde hoy hasta el día que os vayáis.

—¡Qué cabrona eres! Vaya ánimos que me das. Lo último que quiero yo es estar oyendo a esos dos gemir en la habitación de al lado.

—Pues vete haciéndote a la idea, porque es lo que va a pasar. No hay más que mirarlos para saber que esta noche se lo van a pasar de muerte. Yo no les doy ni media hora antes de que se den el primer beso —dijo la muy capulla, soltando unas carcajadas que casi hacían temblar la mesa. Yo me uní sin poder evitarlo.

Así nos encontraron Rubén y Sofía cuando volvieron con las bebidas: dos mojitos para nosotras y dos *gin-tonics* para ellos, además de un platito de picoteo que el camarero les había dado en la barra.

—Chicas… ¿nos contáis el chiste y así nos reímos todos? —preguntó Sofía, mirándonos con la boca abierta al ver el espectáculo que estábamos dando.

—No quieres saberlo, ya te lo digo —le contesté, todavía con la risa floja.

—No seas mala, mujer. Total, ¿qué más da? Ellos son los protagonistas —saltó Carol, secándose las lágrimas de tanto reír.

—Bueno, venga, os lo cuento… —dije yo, viendo las caras expectantes—. Que sepáis que aquí mi amiga dice que vais a estar dándole al «matarile» todos los días que estemos aquí. Y que, además, no vais a tardar ni media hora en daros el primer beso.

Se quedaron helados. La cara de Rubén y Sofía era un poema, como si se hubieran quedado sin aire. Pero claro, Rubén siempre había sido de los que daban un paso al frente. Nos miró muy serio y dijo:

—Hay una cosa en la que os equivocáis de pleno…

—¿Se puede saber en qué, listo? —le retó Carol.

—En esto —contestó él, con una sonrisa pícara—. Fijaos bien.

Y, sin más, se giró, agarró a Sofía por la cintura y le plantó un beso de esos que suben la temperatura del ambiente al menos diez grados. El bar entero parecía haberse parado. Nosotras nos quedamos con la boca tan abierta que la mandíbula casi nos llegaba al suelo. Después de lo que nos pareció una eternidad, la soltó, nos miró y nos guiñó un ojo.

La pobre Sofía no sabía dónde meterse. Estaba más colorada que un tomate y se abanicaba con las manos, mientras nosotras, después del *shock*, no parábamos de silbar y aplaudirles como dos locas.

—¡Dejadlo ya, por Dios! —nos dijo Sofía, riéndose a carcajadas—. ¡Menuda vergüenza me estáis haciendo pasar, cabronas!

A partir de ese momento todo fueron risas, bailes entre todos, más besos de nuestros amigos y miradas cómplices por parte de todos.

Tres horas después subíamos en dos taxis: Carol rumbo a casa de sus padres y yo con la parejita feliz hacia casa de Rubén.

¡¡Dios, qué dolor de cabeza tenía!! El sol entraba a raudales por la ventana, cegándome los ojos. «¿Quién me mandaría a mí no cerrar las cortinas anoche?», pensé, mientras me maldecía a mí misma. Aunque claro, para cerrar cortinas no estaba yo con la tajada que llevaba…

Me arrastré hasta el baño sin hacer ruido, porque estaba segura de que la parejita seguiría durmiendo después de la «sesión de deporte» nocturna. Me metí bajo la ducha, dejando que el agua fría me despejara un poco antes de bajar en busca de un caldero de café y una pastilla milagrosa.

Ya vestida con ropa cómoda y con un café en mano, me tapé con una manta en el jardín y me dejé caer en una hamaca. No hacía frío, pero estaba destemplada. Estuve allí más de una hora recuperándome hasta que oí voces que venían de la cocina. Cuando entré, me encontré a Rubén y Sofía con la

misma cara resacosa que yo, aunque con un brillo en los ojos que decía mucho.

Nos sentamos los tres en la isla de la cocina compartiendo el segundo café para mí y el primero para ellos. Entre risas recordamos los mejores momentos de la noche anterior: las tonterías que habíamos dicho, los bailes, las carcajadas… todo. Cuando terminamos, Rubén y Sofía subieron a ducharse y yo les comenté que quería escribirle a Miguel para ver si podíamos comer juntos. Así también les dejaba un poco de intimidad, que falta no les hacía.

Subí a mi habitación y le mandé un mensaje.

Zaida: *¿Te apetece que comamos juntos hoy?*

La verdad era que lo echaba de menos; siempre me había tratado con tanto cariño y había sido como un padre para mí. No tardó ni un minuto en contestar.

Miguel: *Claro, en una hora en el restaurante de siempre, cerca de la clínica.*

Me vestí con calma, escogiendo ropa cómoda pero arreglada, y me maquillé lo justo para no parecer una muerta viviente después de la noche que llevaba encima. Antes de salir, les avisé a los chicos de que seguramente no volvería hasta la noche. Sofía me lanzó un beso desde las escaleras y Rubén levantó un pulgar, como diciéndome que disfrutara.

Tomé un taxi hacia el centro. El corazón me latía con fuerza mientras veía pasar las calles de Barcelona; volver allí siempre removía recuerdos.

Cuando llegué al restaurante, Miguel ya estaba esperándome. Se levantó nada más verme y me estrechó entre sus brazos. No pude contener las lágrimas, y en sus ojos brillaba la misma tristeza; los dos pensamos en lo mismo, en la misma persona: mi madre.

—Cada día la echo más de menos —susurré contra su hombro, intentando no romperme del todo.

—Y yo, hija —respondió él, con la voz rota mientras me acariciaba la espalda—. Me está costando acostumbrarme a esta vida sin ella. Trabajábamos juntos, vivíamos juntos… estaba en cada rincón. Ahora la casa se me hace demasiado vacía.

Me separé despacio, asintiendo, porque sabía perfectamente lo que quería decir. La ausencia de mi madre era un agujero que nada podía tapar.

—¿Y con tus hijos? —pregunté con cuidado mientras nos sentábamos.

—Mal, desde lo que pasó con Silvia el día del entierro, apenas la veo, y Roberto… bueno, Roberto siempre fue su perrito faldero; se puso de su parte —Miguel se pasó una mano por la cara y apretó la mandíbula con rabia—. Y, por supuesto, doña Cecilia no ayuda: se encarga de repetirme a diario que parece mentira que defienda a una niñata que no lleva mi sangre antes que a mis propios hijos. —Sentí un pellizco en el estómago.

—Miguel, no quiero que acabes mal con tus hijos ni con tu madre por mi culpa —le dije, mirándolo a los ojos mientras jugueteaba con la servilleta—. Por favor, no vuelvas a mencionar mi nombre en esa casa; así te evitarás muchos problemas.

—La cuestión no es esa —replicó, con el ceño fruncido y los ojos llenos de firmeza—. No voy a defender lo indefendible, aunque sea mi hija la que lo haya hecho. Tú y yo sabemos que lo de aquel día no tiene nombre. Y lo peor es que sé que lo hizo adrede, que buscó hacerte daño justo cuando estabais a punto de volver a casa.

—Prefiero dejar eso en el pasado y no volver a pensar en lo que vimos —suspiré, tragándome un nudo—. Y te voy a decir algo que jamás repetiré en voz alta: en el fondo estoy agradecida a Silvia. Gracias a ella abrí los ojos y descubrí la verdadera cara de Adrián.

—Ahí no puedo quitarte razón —dijo Miguel, chasqueando la lengua con rabia—. Mi hija tiene lo suyo, pero ese desgraciado nos tuvo engañados a todos con esa sonrisa de niño bueno. Lo único que me da un poco de paz es que tu madre se fue sin enterarse de nada. Porque si hubiera sido ella la que entraba ese día y no Carmen… al día siguiente salíamos hasta en las noticias.

Eso sí —añadió con una sonrisa amarga—, tu abuela se contuvo muchísimo, aunque nunca en mi vida había escuchado tantos insultos juntos.

—Madre mía, sí. —No pude evitar soltar una carcajada al recordarlo—. Desde arriba yo solo escuchaba cómo les gritaba de todo menos bonitos. Si hubiera tenido a mano una sartén, se la hubiera estampado.

Miguel rio conmigo, aunque sus ojos seguían empañados. Por un instante sentí que mi madre estaba allí, en ese silencio compartido que decía más que mil palabras.

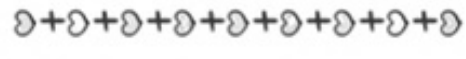
Me despedí de Miguel después de pasar el día juntos, entre confidencias, recuerdos y algunas risas que consiguieron suavizar la tristeza. Hablamos, aclaramos muchas cosas y quedamos en seguir con nuestras llamadas semanales de siempre, pero también en vernos en persona cada vez que tuviéramos la oportunidad.

—No quiero que nos perdamos, Zaida —me dijo al abrazarme con fuerza —. Tu madre estaría feliz sabiendo que seguimos cuidándonos.

—Eso nunca pasará, Miguel —le aseguré con un nudo en la garganta—. Tú eres mi familia, aunque no corramos la misma sangre.

Él sonrió con ternura, me besó la frente y nos despedimos con la promesa de no soltarnos nunca del todo. Mientras me alejaba, sentí una punzada de melancolía, pero también cierta paz: al menos, aún nos teníamos el uno al otro.

Capítulo 9



Zaida

El tercer día en el que estábamos en Barcelona fuimos todos a despedir a Carol, que se marchaba rumbo a su nueva vida junto a Michael, al que habíamos conocido el día anterior, cuando montamos una pequeña fiesta de despedida con barbacoa incluida en casa de Rubén.

Me pareció un hombre espectacular en todos los sentidos. Era muy alto —bueno, a mi lado lo parecía aún más—; con su metro noventa y cinco me hacía sentir como una niña chica cuando estábamos juntos. Tenía el pelo rubio muy claro y unos ojos azules que parecían sacados de una revista de moda. Y ese cuerpo trabajado de gimnasio… en fin, que mi amiga tenía buen ojo y mejor gusto.

Pero no era solo físico. Durante toda la tarde que compartimos, me pareció un hombre maduro, con las ideas claras, educado y con unos valores que ya casi no se ven. Además, por la forma en que miraba a Carol, tuve claro desde el primer momento que nuestras suposiciones eran ciertas: estaba enamorado de ella hasta el tuétano. No tardarían mucho en estar juntos del todo, en cuanto uno de los dos se decidiera a dar el primer paso.

En el aeropuerto hubo risas, pero también muchas lágrimas mientras los abrazábamos, haciéndoles prometer que mantendríamos el contacto y que, en las próximas vacaciones, viajaríamos a Nueva York a verlos.

—Y no te olvides de lo más importante, ¿eh? —le dijo Rubén riéndose.

—Miedo me da preguntar a qué te estás refiriendo —contestó ella, alzando una ceja.

—Pues a las invitaciones de la boda, claro. Que las mandes con tiempo para poder organizarnos —respondió él, muerto de risa.

—¡La madre que te parió! ¿Pero tú estás tonto? —replicó Carol entre carcajadas—. Ni boda ni ocho cuartos. Anda, déjame en paz… no sea que sea yo la que reciba la tuya antes.

—No te enfades, mujer —intervino Michael, divertido—. Que el muchacho tiene razón: habrá que mandárselas con tiempo, por si tienen que pedir los días libres en el hospital.

Y sin darle tiempo a responder, la tomó de la nuca y la besó allí mismo, en medio de la terminal del aeropuerto.

—¡Ole, ole y ole! —dije riéndome—. ¡En nada me veo eligiendo pamela para dos bodas!

—Ahora en serio, Michael —añadí después—, cuídala mucho. Me pareces el hombre perfecto para Carol, y me alegro de corazón por vosotros.

Sofía y Rubén asintieron y la abrazaron también, repitiendo mis palabras. Los vimos caminar de la mano en dirección a la puerta de embarque, y, con una sonrisa cómplice entre los tres, no hizo falta decir nada más. Sabíamos que serían felices.

Nos montamos en el coche, todavía con lágrimas en los ojos, para irnos a casa a descansar después del madrugón épico para llegar al aeropuerto. Habíamos decidido que ese día no saldríamos: estaríamos de relax, pediríamos comida… vamos, de vagancia total.

✤ ✤ ✤ ✤

Nuestra última noche antes de volver a Madrid, en cambio, quisimos aprovecharla al máximo. Fuimos a cenar fuera, a un restaurante italiano que nos encantaba a todos, uno de esos en los que el olor a masa recién hecha y

salsa de tomate te envuelve nada más cruzar la puerta. Pedimos varias *pizzas* para compartir, un plato de pasta para cada uno y un lambrusco que entraba solo. Reímos, brindamos y, entre bocado y bocado, hablamos de todo y de nada. Eso sí, ya veríamos si la cabeza se ponía de acuerdo después, porque con la cantidad de vino que cayó, corríamos el riesgo de acabar tirados en medio de la calle sin saber muy bien cómo habíamos llegado allí.

Cuando llegamos a la discoteca, me quedé con la boca abierta: madre mía, ¿de dónde había salido tanta gente? No cabía un alfiler. Como pudimos, nos acercamos a la barra entre empujones y pisotones, intentando no perder a nadie por el camino. Pedimos una copa cada uno —yo, fiel a mi mojito; ellos, como no, con sus *gin-tonics*— y nos dirigimos a la pista para bailar un poco… o al menos intentarlo. Entre risas, saltos y empujones, pasamos casi una hora moviéndonos al ritmo de la música, hasta que el calor se volvió insoportable. Sentía el sudor resbalar por mi cuello, así que decidí que necesitaba mojarme la cara con urgencia antes de derretirme del todo.

—¡Chicoooos! Voy al baño, espero encontrar el camino de vuelta, después —les grité para que me oyeran. Asintieron con la cabeza y me fui.

Atravesar la pista fue una auténtica odisea. Ni los mejores trapecistas de un circo hacían tantos malabarismos como me tocó hacer a mí para poder avanzar. Veinte largos minutos después conseguí llegar al baño, y al ver el panorama, tuve muy claro que hacer pis sería una tarea imposible. Así que me conformé con echarme agua en la cara y en la nuca para refrescarme un poco antes de salir de allí.

Al salir, iba tan ensimismada, pensando en lo que me esperaba para volver hasta mis amigos y mirando al suelo que choqué contra alguien. Ya me veía en el suelo de culo, pero dos manos fuertes me agarraron por la cintura y evitaron mi caída. Lo que no evitaron esas manos, más bien provocaron, fue el escalofrío que me recorrió de arriba abajo. Y cuando alcé la mirada para dar las gracias a mi salvador, me encontré con dos ojos negros que conocía muy bien, esos que tantas noches se colaban en mis sueños.

Nos quedamos los dos enganchados por nuestras miradas y, de repente, todo a nuestro alrededor pareció desaparecer. No había ruido, ni gente, ni

música… solo nosotros dos, observándonos como si fuéramos las únicas personas en el mundo.

El fuerte ruido de un vaso al caer al suelo, justo a nuestro lado, rompió la burbuja en la que nos habíamos metido. Él me agarró un poco más cerca y fue el primero en hablar, susurrándome al oído.

—Zaida… ¿qué tal todo? No te pregunto cómo estás, porque eso ya lo veo —dijo con una sonrisa ladeada—. Preciosa como siempre, aunque confieso que me gustaba más lo que llevabas puesto en nuestro primer encuentro.

Muerta. Así me quedé con esas palabras. Tuve que tragar saliva y contar hasta diez para poder contestar algo medianamente coherente.

—Hola, Pablo. Todo bien… He venido a pasar unos días a Barcelona para ver a unos amigos, pero ya me marcho mañana al mediodía. —Ni sé cómo pude soltar todas las palabras seguidas sin tartamudear. Este hombre era peligroso para mí… y para mi cerebro, que funcionaba a la mitad de su capacidad cuando él estaba cerca.

—Vaya mala suerte la mía… —murmuró, con esa carilla de pena que casi me hizo reír—. Eso quiere decir que no podemos ni siquiera charlar un rato si te vas mañana.

—Si quieres, podemos charlar ahora… —Me atreví a decir, sin saber de dónde había sacado el valor—. Bueno, claro, si no tienes mejor plan o estás acompañado, quiero decir.

—La respuesta a lo primero es: por supuesto, no podría haber nada que me apeteciera más. Pero fuera de aquí, por favor. —Sonrió—. Y, por lo segundo, puedes estar tranquila: he venido con dos compañeros del hospital.

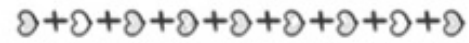
Solté el aire de golpe, sin darme cuenta de que lo había estado conteniendo. Temía una negativa, pero su respuesta me hizo sonreír como una idiota.

—Bien. Voy a decirles a mis amigos que me voy. ¿Nos vemos en la puerta de salida en… diez minutos? —le dije, mordiéndome el labio.

—Estupendo. Fuera te espero —contestó con una sonrisa tan irresistible que me temblaron las piernas.

Me abrí paso entre la gente hasta encontrar a mis amigos, y cuando por fin los localicé, les expliqué que me había encontrado con un conocido y que iba a tomar una copa con él a otro sitio, más tranquilo. Les prometí que al día siguiente les contaría todo. Nos despedimos con dos besos y, antes de dejarme ir, me dijeron que tuviera cuidado al volver.

Capítulo 10



Zaida

Cuando llegué a la calle, lo vi: Pablo estaba apoyado en la pared, esperándome. A medida que me acercaba, pude verlo mejor —dentro de la discoteca apenas había luz—, y madre mía… estaba guapísimo. Bueno, la verdad es que siempre lo había sido, pero allí, bajo la farola, era otra historia.

Llevaba unos pantalones azul oscuro y una camisa blanca que le marcaba todos los músculos de los brazos. En una mano sostenía una parka del mismo tono que se puso en cuanto me vio aparecer.

—Estoy lista, ya les he dicho que me marchaba. ¿Dónde vamos? Eso sí, que sea un sitio sin mucho ruido, por favor; ya he tenido bastante por hoy.

—Entonces conozco el sitio perfecto. Vamos, tengo el coche en la otra calle —me dijo, agarrándome de la mano y tirando suavemente de mí para que caminara a su lado.

Nos subimos al coche y apenas hablamos en todo el trayecto. Solo sonaba una música suave de fondo, y las miradas que cruzábamos decían mucho más que cualquier palabra.

Cuando aparcó y bajé del coche, me quedé tan tiesa como un palo. El color se me fue de la cara al reconocer dónde estábamos.

¡A su piso! Me había traído a su maldito piso… aquel en el que tantas veces había estado con su hermano.

Hice amago de dar media vuelta, pero Pablo me sujetó de la cintura antes de que pudiera moverme y, con voz serena, dijo…

—Zaida, respira. Sé lo que estás pensando, pero por favor, confía en mí. Dame la oportunidad de enseñarte algo y, si cuando estemos arriba quieres irte, yo mismo te llevaré donde me digas —me dijo casi rogando.

—Está bien, voy a darte una oportunidad para que me muestres eso que quieres enseñarme… aunque sigo pensando que no ha sido buena idea venir precisamente a este lugar —dije a regañadientes.

Subimos en el ascensor hasta el último piso, el mismo donde estaba su piso. Bien lo sabía yo, con la de veces que había venido aquí con Adrián, y se me estaba revolviendo el estómago solo de pensarlo. Solo tenía ganas de salir corriendo.

Cuando abrió la puerta y pasamos dentro, no me caí de la impresión porque me sujetó a tiempo. Él soltó una carcajada al ver mi cara de sorpresa, que no era para menos, porque yo sabía que estábamos en el piso correcto —además había abierto con su llave—, pero habría jurado que era la casa de otra persona. No había absolutamente nada de lo que recordaba.

Los muebles eran nuevos, los colores de las paredes distintos, incluso la distribución había cambiado. Ahora era un espacio abierto enorme, con un salón precioso, decorado con un gusto exquisito, y una cocina con isla de desayuno que era de ensueño.

Seguí caminando hasta la puerta de la habitación que solíamos usar su hermano y yo cuando veníamos. No tuve valor para abrirla. Pablo lo hizo por mí, y me quedé estupefacta: no había cama, ni mesillas, ni nada de eso. Ahora era un gimnasio, con un montón de aparatos bien colocados.

Por último, me enseñó la que era su habitación, que por supuesto, no tenía nada que ver con la anterior. Había unido una habitación contigua para aprovechar todo el espacio, y el resultado era impresionante: un vestidor enorme, paredes en tonos claros, una cama *king size* y un baño completo.

Después de ver todo, nos dirigimos al salón para sentarnos en los cómodos sofás en forma de L que tenía, pero antes me preguntó si quería una copa de vino. Asentí con la cabeza y, mientras yo me acomodaba en una parte del sofá, él preparó las copas y se sentó a mi lado, entregándome la mía.

—¿Qué te parece la reforma que he hecho? —preguntó, ansioso—. Por tu cara sé que te he sorprendido, pero no sé si te ha gustado.

—Y tanto que me he sorprendido, mucho… muchísimo. Pero para tu tranquilidad te diré que, para bien. Es una pasada lo bonita que ha quedado, me encanta —le dije sonriendo.

—Me alegro de que te guste el cambio —dijo acercándose despacio, con voz baja, casi ronca—. Espero que podamos crear nuevos recuerdos… que borren los antiguos que tenías de este lugar.

Durante unos segundos nos quedamos mirándonos, estudiándonos el uno al otro, en una batalla de miradas que prometían muchas cosas sin necesidad de pronunciar ni una sola palabra.

No sé quién de los dos dio el primer paso, pero al segundo siguiente estábamos besándonos como si se fuera a acabar el mundo.

Lentamente, me fue quitando la ropa. Primero el vestido, luego las botas, las medias… hasta dejarme solo en ropa interior. Mis manos, temblorosas, buscaron su camisa, desabrochándola con calma, recreándome al acariciar su pecho, sus brazos, su abdomen. Después vinieron sus pantalones, su calzado. Quedó frente a mí, apenas cubierto por el bóxer, que, por cierto, le quedaba de muerte, marcándole un culo respingón y duro que era una maravilla. Y no digamos el bulto que se le marcaba por delante, ¡uf, hizo que mi temperatura subiera varios grados de golpe! No pude evitar sonreír: aquel hombre era la viva imagen de la tentación.

Entre beso y beso —porque no habíamos dejado de besarnos ni un solo instante—, seguimos explorando nuestros cuerpos con las manos, reconociéndonos en cada roce. Pablo me alzó en brazos, y yo, casi sin pensar, enrosqué las piernas a su cintura mientras nos llevaba al dormitorio.

Me tumbó en la cama lentamente y, sin dejar de mirarme a los ojos, me quitó el sujetador. Se relamió los labios y empezó a deslizar sus besos desde mi cuello hasta mi clavícula, para luego descender hasta mis pechos, los cuales torturó todo lo que quiso, lamiendo y mordiendo mis pezones con firmeza, pero sin hacerme daño.

Cuando lo consideró, bajó la cabeza y, con los dientes, arrastró mi tanga hasta quitármelo por completo. Besando mis muslos, siguió ascendiendo hasta llegar a mi centro. Con la primera lamida que me dio, de arriba abajo, ya estaba a punto de estallar de placer; y ese momento no tardó en llegar, cuando lentamente introdujo primero un dedo, luego dos, moviéndolos con una maestría que me hizo enloquecer, mientras absorbía mi pequeño punto de placer.

Con mis manos enredadas en su pelo, mientras me devoraba, no pude —ni quise— contener el gemido que escapó de mi boca cuando tuve el mejor orgasmo de mi vida.

Subió lentamente para besarme y probarme en sus labios; me encendió todavía más. Un momento después se separó de mí para quitarse el bóxer y, cuando lo vi en todo su esplendor, madrecita de mi vida, no me santigüé de milagro. Lo que sí hice fue tragar saliva, porque decir que estaba bien dotado sería quedarme corta.

Él, al ver mi cara, dejó escapar una risita, el muy canalla, y mientras se ponía un preservativo no apartó su mirada de la mía en ningún momento, ni siquiera cuando me agarró por detrás de las rodillas, acercándome a él para penetrarme.

Cuando estuvo dentro de mí por completo, los dos suspiramos a la vez, porque supimos en ese instante que eso no era solo sexo. Sus embestidas, primero lentas, fueron volviéndose más fuertes y rápidas, hasta que llegó mi segundo orgasmo, tan bueno o más que el anterior, y, unos segundos después, él me siguió, soltando un gruñido que dejaba claro lo mucho que le había gustado.

Sin salir de mí, me alzó en brazos y nos llevó a la ducha, donde, con mucha delicadeza, me dejó resbalar por su cuerpo y abrió el agua. Reguló la

temperatura y, después de deshacerse del preservativo, nos introdujo a los dos bajo la ducha.

Con jabón en las manos, empezó a acariciar todo mi cuerpo con mucho mimo. Yo también cogí jabón y comencé a acariciarlo, todo ello sin dejar de besarnos. Me separé de su boca y fui besando su cuerpo lentamente hasta que me arrodillé y besé su glande, pasando mi lengua en círculos por todo él antes de succionarlo, para después introducirlo entero en mi boca, tomando un ritmo que lo estaba enloqueciendo por la forma en que gemía.

—Para, para, no quiero acabar en tu boca, por favor —me dijo mientras sujetaba mi pelo y me hacía levantar.

Cuando estuve en pie, fue él quien se arrodilló y, cogiendo mi pierna para ponerla en su hombro, volvió a degustarme hasta que me corrí. Se levantó y, dándome la vuelta, dejó mis manos apoyadas en los azulejos de la ducha; con su rodilla me separó las piernas y, tras ponerse un preservativo, me embistió por detrás.

El deseo se desató de nuevo entre los dos; yo, con mi cara girada, tragándome sus gemidos y los míos, no podía dejar de besarle mientras él daba largas estocadas a un ritmo frenético, hasta que llegamos a la cima los dos al mismo tiempo.

Abrí los ojos desorientada, sin saber dónde estaba, hasta que noté un cuerpo caliente a mi lado. Entonces todas las imágenes de lo ocurrido durante la noche vinieron a mi cabeza de golpe. Mi corazón empezó a latir de forma desbocada y un miedo irracional se instaló en mí.

Como pude, y sin hacer el mínimo ruido, salí de la cama, cogí mi ropa interior que estaba allí y fui hacia el salón, donde me vestí lo más rápido que pude. Me fijé en que, sobre la mesita del salón, había una libreta y un bolígrafo. Arranqué una hoja, escribí deprisa y dejé la nota encima de la isla de la cocina. Bajé las escaleras corriendo lo más rápido que pude hasta salir a la calle y buscar un taxi que me llevara hasta casa de Rubén.

Media hora después entraba en casa de mi amigo, donde estaban él y Sofía en la cocina tomando un café. En cuanto vieron mi cara, dejaron las tazas

sobre la mesa y corrieron hacia mí. Me abrazaron sin decir nada, y fue entonces cuando me derrumbé. Las lágrimas que llevaba conteniendo desde que salí del piso de Pablo brotaron sin control, empapándome las mejillas. Ellos no dijeron ni una sola palabra; simplemente me sostuvieron, dejándome llorar hasta que el temblor de mis manos cesó y pude empezar a hablar.

Les conté con quién había estado, dónde y lo que había pasado aquella noche, aunque, por supuesto, sin entrar en los detalles más íntimos. Ellos me escucharon en silencio, sin una sola interrupción, sin juzgar ni preguntar, dándome justo lo que necesitaba: comprensión. Saqué fuera todo lo que llevaba dentro, todo aquello que me estaba pesando como una losa.

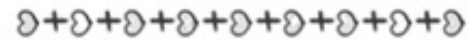
Solo cuando terminé de hablar y notaron que mi respiración se había calmado, Sofía se atrevió a romper el silencio.

—¿Y ahora qué, Zaida? —me preguntó con voz suave, aunque en sus ojos se veía la preocupación.

Tomé aire despacio, intentando que no se me quebrara la voz.

—Ahora nada, Sofía —dije al fin, mirando al suelo—. No puede haber ni pasar nada más… porque nunca debí enamorarme del hombre que siempre supe que estaba prohibido para mí. —Tragué saliva, sintiendo cómo el nudo en el pecho volvía a apretarse—. El hombre que, por desgracia, es el hermano de quien fue mi perdición.

Capítulo 11



En la actualidad…

Pablo

Vaya mierda de día que llevo. Bueno, más bien de año, si tengo que ser sincero. Aunque no todo ha sido malo, la gran mayoría sí —pienso mientras sigo empaquetando mis cosas en cajas para la mudanza.

Aún recuerdo perfectamente el día, hace justo un año, en que todo empezó a torcerse. Había salido de un turno larguísimo en el hospital, de esos en los que lo único que deseas es llegar a casa y dormir dos días seguidos. Estaba sentado en el coche, a punto de arrancar, cuando sonó mi móvil.

—¿Mamá? ¿Ocurre algo? Es raro que me llames sabiendo que estoy trabajando —dije al contestar.

—Pablo, hijo… ¿acabas de salir del turno, verdad? Pues ven a casa, por favor. Te necesitamos aquí. —Su voz me puso los pelos de punta. No auguraba nada bueno.

—Tranquila, voy enseguida —respondí, ya con el corazón acelerado, y colgué.

Durante el trayecto se me pasaron mil cosas por la cabeza: que alguno de los dos estuviera enfermo, que hubieran tenido un accidente doméstico… o que mi hermano hubiera vuelto a liarla, algo que, por desgracia, se había vuelto demasiado habitual.

Por muchas cosas que se me pasaron por la mente, ninguna se acercaba —ni de lejos— a lo que realmente me encontré cuando llegué a casa de mis padres quince minutos después: algo que cambiaría mi vida tal y como era, para siempre, desde el momento en que crucé la puerta.

Entré en la casa de mis padres con mi propia llave, la que conservaba para no tener que llamar cada vez que venía. Miré primero en la cocina, que estaba vacía, así que me dirigí al salón con paso apresurado. Lo que vi allí me dejó petrificado.

Mi madre estaba sentada en su mecedora favorita, con lo que *parecía* un bebé en brazos —qué coño, no lo parecía, lo *era*—, intentando calmar sus llantos sin éxito mientras le susurraba palabras tranquilizadoras. Mi padre, por su parte, estaba sentado en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y las manos en la cabeza, con una expresión de preocupación que hizo saltar todas mis alarmas.

—¡Mamá! ¿Qué pasa aquí? ¿De quién es ese bebé? —le dije muy alterado.

—Es una niña, se llama Eva… y es tu sobrina —me contestó con lágrimas en los ojos.

Tuve que sentarme al lado de mi padre, porque del tembleque de piernas que me entró por poco no me caigo. Dios mío… de todas las cagadas que mi hermano liaba últimamente, esta se llevaba la palma sin lugar a duda. Tomé aire, conté hasta diez para reunir el valor y, al final, le dije a mi madre:

—¿Me dejas cogerla? Lo mismo consigo calmarla, ya sabes que se me dan bien los niños —dije sonriendo.

Se levantó despacio, vino hacia mí y puso a Eva en mis brazos. Os juro por lo más sagrado que nunca en la vida me había sentido igual. En el momento en que la tuve entre mis brazos y nuestras miradas se cruzaron, supe que estaba perdido. Unos sentimientos que nunca habían estado ahí aparecieron de repente: un amor totalmente incondicional y una sensación muy fuerte de protección se apoderaron de mí.

—Hola, Eva… soy el tío Pablo —le dije bajito, para no asustarla más de lo que ya parecía estar.

Y lo que pasó a continuación nos dejó a los tres pasmados. Su llanto cesó al instante; me miró fijamente, sonrió y, con su pequeña manita, acarició mi cara. Segundos después, cayó rendida en un profundo sueño.

—¿Qué demonios acaba de pasar? Lleva una hora aquí sin parar de llorar ni un solo segundo, ¡y a ti te han bastado dos para que parezca la niña más en paz del mundo! —dijo mi madre totalmente desconcertada.

—No tengo ni idea, la verdad. Estoy igual de sorprendido que tú… y ahora, por favor, contadme qué está pasando y qué hace ella aquí.

Mi madre empezó a contarme lo poco que sabía: que mi hermano se había presentado hacía poco más de una hora con la niña en brazos, completamente alterado, diciendo que era su hija; que su madre había muerto hacía unos días y que él, según sus propias palabras, no podía hacerse cargo de semejante «problema». Les soltó todo aquello sin más, con la frialdad que solo él podía tener, y antes de que mis padres pudieran reaccionar, ya les había dejado allí plantados, con la pequeña llorando desconsolada. Les dijo que se ocuparan ellos o que me llamaran a mí, que hiciera lo que quisiera, pero que él no pensaba hacerse responsable de nada.

A medida que me lo contaba, la sangre me hervía por dentro y el cabreo se acentuaba más por momentos. ¿Cómo se podía ser tan desgraciado y tratar así a su propia hija? No me entraba en la cabeza el comportamiento de mi hermano. Pero, vamos, que iba a ir a buscarlo para pedirle toda clase de explicaciones; no pensaba dejar las cosas así.

Tumbé a Eva con cuidado sobre la cama de mis padres, arropándola con una mantita para que no pasara frío. Sin decir nada más, les aseguré a mis padres que volvería con respuestas y salí de allí como un huracán, con la sangre hirviendo y el corazón latiéndome en las sienes.

Durante las dos horas siguientes recorrí media ciudad. Pasé por todos los lugares donde sabía que mi hermano solía refugiarse: bares, garitos, el gimnasio, incluso el parque donde solía echarse las tardes de farra con los

colegas. Nadie sabía nada o, si lo sabían, se hacían los locos. Hasta que por fin di con él, en un bar de mala muerte, bebiendo y ligando con la camarera, tan campante como si lo que acababa de hacer no fuera con él. Verlo así me puso de una mala hostia… que lo hubiera matado a palos allí mismo.

Lo agarré de la camiseta, arrastrándolo hacia la calle para hablar con él.

—¡¡¡Mírame a la puta cara y dime qué mierda está pasando!!! —le grité, sujetándolo con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos—. ¿De dónde ha salido esa niña? ¿Por qué coño no dijiste nada hasta ahora?

—Tranquilízate, hermano, que se te va a reventar la vena del cuello y me vas a pringar de sangre —dijo con una sonrisa socarrona, como si todo aquello le divirtiera.

—Déjate de hostias, Adrián, y habla de una puta vez —le espeté entre dientes, apretando los puños—. Te juro que estás acabando con la poca paciencia que me queda.

—Está bien, está bien, no te pongas así. —Se pasó una mano por el pelo, con ese gesto suyo de siempre, y añadió—. Te contaré lo que sé de la cría… aunque no es mucho, la verdad. Yo también la he visto hoy por primera vez.

—Pues empieza ya —le dije, sentándome en el bordillo de la acera, intentando contener las ganas de pegarle—. Y que sea la puta verdad.

Él hizo lo mismo, dejándose caer a mi lado.

—Esta tarde se presentó en el bar en el que estaba la abuela de la niña, diciéndome que su madre había muerto la semana pasada de una sobredosis o algo así. Me dijo que no podía hacerse cargo de ella porque estaba enferma, que el problema era mío y que me buscara la vida.

»Así que la cogí, la llevé a casa de los viejos y les dije que se encargaran ellos o tú. Ya sabes que yo no tengo ni idea de críos… ni ganas de aprender, te lo aseguro. Y si no os hacéis cargo, la dejo en una iglesia o donde sea. Asunto resuelto.

Se quedó tan ancho, con la misma expresión de siempre, como si acabara de contarme que había perdido el autobús.

—¿Pero tú te oyes, imbécil? —le solté, sintiendo cómo me temblaba la voz de pura rabia—. ¡Estás hablando de tu hija, joder! No de un gato callejero. Además, ¿estás seguro de que es tuya? —le pregunté, con un nudo en el estómago.

—Pues al cien por cien no estoy seguro, pero caben muchas posibilidades de que sí. Me estuve acostando con la madre una temporada y las fechas coinciden. La abuela me ha dicho que tiene nueve meses. Además, si la has visto, habrás notado que se parece a mí: tiene mis mismos ojos.

—Sí, los he visto —dije con un nudo en la garganta—. Tiene tus ojos, tus rasgos… y la mala suerte de haberte tenido por padre. Sabes que mamá y papá ya no están para cuidar de una niña tan pequeña, y yo tengo mi vida, mi trabajo, mis guardias. ¿Qué pretendes? ¿Que lo deje todo para arreglar tus cagadas?

—Pues si tú no quieres quedártela, yo menos —replicó levantándose del bordillo y estirándose con pereza—. Así que vamos a por ella, llamamos a asuntos sociales y que se la lleven. Fin del problema.

Me quedé mirándole unos segundos, incapaz de reconocer en él a la persona con la que había crecido. Luego me levanté, furioso, y lo seguí de vuelta a casa de nuestros padres.

Cuando llegamos, Eva seguía dormida, ajena a todo aquel desastre. Mi madre la observaba con ternura, mi padre con una mezcla de tristeza y cansancio. Adrián volvió a contar lo mismo de antes, palabra por palabra, pero añadió algo que me dejó helado: que la abuela le había dicho que la niña estaba enferma, aunque no tenía ni idea de qué.

En cuanto oí eso, un nudo me apretó el pecho. Me acerqué a Eva sin pensarlo y la tomé en brazos.

—Hola, preciosa —le susurré al oído mientras la mecía con suavidad—. Ven conmigo, que ya veremos qué te pasa, pequeñaja.

En ese momento, cuando dejó de llorar y me sonrió con esos ojitos verdes tan suyos, lo supe con absoluta claridad: no podía abandonarla. Aunque no

llevara mi sangre, ya era mía.

Salí al salón, donde los demás me esperaban en silencio, con la tensión marcando cada respiración. Eva dormía plácidamente en mis brazos, ajena a todo el caos que la rodeaba. La observé un momento, con su carita tranquila apoyada en mi pecho, y supe que no había marcha atrás. Tomé aire y, sin apartar la vista de ella, hablé con determinación.

—Me quedaré con ella —dije con voz firme—. Pero quiero hacerlo bien. Quiero que Adrián me dé la custodia legal para poder ser su padre oficialmente y evitar futuros problemas.

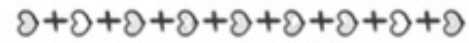
Mi madre soltó un suspiro de alivio, llevándose las manos a la cara, mientras mi padre asentía con los ojos brillantes de emoción. Adrián, en cambio, ni se inmutó; más bien pareció encantado de poder lavarse las manos del asunto.

—De acuerdo —dijo encogiéndose de hombros—. Si eso te hace feliz, la niña es toda tuya.

Lo dijo con una tranquilidad que me revolvió el estómago, pero en el fondo me daba igual. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba haciendo algo correcto, algo que realmente importaba.

Mis padres respiraron más tranquilos, y el ambiente, aunque seguía cargado, pareció aliviarse un poco. El siguiente paso estaba claro: debía llevar a Eva al hospital. Tenía que comprobar si lo que había dicho su abuela era cierto, si realmente estaba enferma. Y si lo estaba, haría todo lo que estuviera en mi mano —y más— para cuidarla y protegerla, porque, aunque no fuera mi hija biológica, ya era mía en todos los sentidos que importaban.

Capítulo 12



Pablo

Cuando me presenté en el hospital con Eva, mis compañeros se quedaron a cuadros. Les expliqué un poco la situación por encima, recalcando lo más importante: que en unos días pasaría a ser mi hija oficialmente, y que lo más urgente en esos momentos era averiguar qué le pasaba a mi pequeña. Por la amistad y la camaradería que había forjado con ellos durante todos los años que llevaba trabajando allí, no dudaron ni un segundo. Se volcaron con Eva desde el primer momento, organizando todas las pruebas necesarias para descubrir qué estaba ocurriendo.

Los resultados llegaron dos días después… y mi mundo se vino abajo.

Mi pequeña tenía atresia biliar, un trastorno poco frecuente que afecta al funcionamiento del hígado y que, si no se trata a tiempo, puede llegar a ser mortal. Por desgracia, ya íbamos con mucho retraso. Tras largas charlas con mis colegas, valorando cada posibilidad y revisando todos los escenarios posibles, coincidimos en que la mejor opción en ese momento era una operación llamada *cirugía de Kasai*. Con suerte, podría funcionar y darle a Eva algo más de tiempo, alargando su vida lo máximo posible. Si no… la única alternativa sería un trasplante, y eso ya eran palabras mayores.

Preparamos todo lo necesario para que la cirugía pudiera realizarse la semana siguiente, porque en su caso el tiempo era oro. Cada día que pasaba, su estado empeoraba y las posibilidades de éxito se reducían.

El día de la operación fue, sin lugar a duda, uno de los peores de mi vida. No recuerdo haber pasado tantos nervios jamás. Aun estando acompañado por mis padres, mis amigos y mis compañeros, las horas que mi niña pasó en el quirófano se me hicieron eternas. Caminaba por los pasillos como un alma en pena, mirando el reloj cada dos minutos, deseando que alguien saliera con noticias.

Cuando por fin el cirujano salió para hablar conmigo, mi corazón se aceleró. Y, aunque intenté prepararme para cualquier cosa, las noticias no fueron tan buenas como esperaba. La operación había salido bien y Eva estaba estable, pero al abrirla habían comprobado que el estado de su hígado era mucho peor de lo que imaginábamos. Aunque la intervención le daría algo de tiempo, su esperanza de vida se reducía drásticamente.

La palabra *trasplante* volvió a estar sobre la mesa.

A partir de ese momento comenzó una carrera contrarreloj. Había que evaluar todas las opciones posibles en cuanto a la donación, un proceso complicado dada la edad y la delicada situación de Eva. Lo mejor sería encontrar un familiar compatible que pudiera donar una parte de su hígado; era la opción menos invasiva y la que ofrecía más probabilidades de éxito.

Mis padres, mi hermano —a regañadientes, como siempre— y yo nos sometimos a las pruebas de compatibilidad. Y, por una vez en la vida, la suerte estuvo de nuestro lado: yo era compatible al 98%. Sentí un alivio inmenso. Ya teníamos resuelta una de las partes más importantes, y al menos había una luz al final del túnel.

Después vino el siguiente paso: decidir dónde realizar la intervención.

Revisé todas las posibilidades habidas y por haber. Y, siendo médico, no me cabía duda de que quería que a Eva la operara el mejor cirujano pediátrico en trasplantes hepáticos que hubiera en España. Ese hombre trabajaba en un hospital de Madrid. Pensé mucho en lo que eso implicaba: dejar mi ciudad, mis rutinas, mis pacientes… Pero no había otra opción. Mi decisión estaba tomada.

Así que pedí el traslado de plaza a ese hospital. Allí podrían tratar a Eva con las mejores manos y yo seguiría ejerciendo mi trabajo. En aquel momento, lo único que me importaba era darle a mi hija una oportunidad.

Me dirigí a casa de mis padres para contarles mi decisión. También esperaba encontrar allí a mi hermano para que me firmara los papeles de la adopción que ya tenía en mi poder; así dejaríamos el tema zanjado antes de mudarnos definitivamente.

Al entrar, mi madre vino enseguida hacia mí, con esa sonrisa suya cansada pero dulce.

—Hola, hijo, ¿qué tal va todo? ¿Cómo está la niña? —me dijo, dándome un beso y un abrazo que me supieron a hogar.

—Eso venía a contaros —respondí, dejando escapar un suspiro—. Quiero explicaros cómo están las cosas y la decisión que he tomado. Creo que es la mejor para todos… o al menos eso pienso yo.

—Lo que tú hayas decidido, hijo, no dudamos que será lo mejor —intervino mi padre con calma—. Estoy seguro de que has estudiado todas las posibilidades y has elegido la que crees más acertada. —Me dedicó una sonrisa tranquila que, de alguna forma, me dio fuerzas para seguir hablando.

—Como ya sabéis, la operación no ha sido suficiente para que Eva esté fuera de peligro —dije intentando mantener la voz firme—. Aunque, de momento, puede aguantar una temporada así, el trasplante habrá que hacerlo sí o sí. Y quiero que la operen en Madrid, porque allí está el mejor equipo.

—¿Madrid? —repitió mi madre, abriendo mucho los ojos—. Pero ¿y cómo vas a hacer con tu trabajo aquí? No creo que te den tantos días de permiso.

—No, no me los darían —contesté—, por eso he buscado la mejor solución posible. He pedido un traslado de plaza a ese hospital y he tenido mucha suerte: uno de los pediatras adjuntos ha solicitado también un traslado, así que su plaza ha quedado libre. Esta misma mañana me han comunicado que debo incorporarme en diez días.

—¿Y cómo lo harás con Eva allí tú solo, cuando estés trabajando? —preguntó mi madre, visiblemente preocupada.

—No te preocupes, mamá —le dije con una sonrisa para tranquilizarla—. En ese hospital tienen servicio de guardería las veinticuatro horas para los hijos del personal sanitario. Así que ese problema está resuelto, al menos cuando Eva no esté ingresada.

—Vaya, eso está muy bien. Estará en el mismo sitio que tú todo el tiempo, y podrás verla en los ratos libres que tengas. Además, estará rodeada de médicos constantemente —añadió—, que no es que haga falta, pero da mucha tranquilidad saberlo.

—Sí, es una de las cosas que he tenido muy en cuenta a la hora de decidirme a dar este paso —respondí, intentando mantenerme sereno.

—Pues cuenta con nuestro apoyo en todo lo que necesites. —Mi padre me dio una palmada en la espalda—. Nos tendrás allí siempre que podamos, en cuanto tengamos vacaciones o algunos días libres.

—Otra cosa —añadí, mirando a ambos—. ¿Va a venir mi hermano a comer? Tengo aquí los papeles de la custodia para que me los firme y así dejamos el tema cerrado de una vez.

—Sí, supongo que estará a punto de llegar —respondió mi madre con un suspiro—. Voy a ir poniendo la mesa; si tarda, empezamos sin él, porque con este muchacho no se puede contar para nada.

Nos sentamos y comenzamos a comer sin esperarle. Como siempre, iba a lo suyo, viviendo en su mundo, y a saber cuándo aparecería… si es que lo hacía. Y, como si el universo quisiera darme la razón, justo cuando llegábamos al postre, hizo su entrada triunfal el señorito, con su habitual chulería y esa sonrisa de medio lado que siempre me sacaba de quicio.

—Dichosos los ojos… si está aquí mi hermanito, el salvador de las causas perdidas —soltó nada más entrar, con ese tono burlón que le caracterizaba.

—No me toques los cojones, Adrián —le espeté, sintiendo cómo la rabia me subía por dentro—, y deja de decir que mi hija es una causa perdida, porque lo mismo hoy terminas tú en el hospital.

—Calma, fiera, que era una broma. —Se encogió de hombros con fingida inocencia—. Aunque hay algo en lo que te confundes: no es tu hija, sino la mía.

—Eso será por poco tiempo —respondí, sacando los papeles de una carpeta y extendiéndoselos sobre la mesa—. Para eso estoy aquí. Firma y acabemos con esto.

Cogió los documentos con desgana, los hojeó apenas y, sin leer una sola línea, estampó su firma en todos los lugares necesarios. Me los devolvió con prisa, como si acabara de quitarse de encima un peso insoportable. Lo miré, conteniéndome para no estallar. Era increíble… ¿cómo se podía ser tan insensible, tan cobarde y tan mala persona? Con su actitud no dejaba espacio para pensar otra cosa.

—Pues con esto —dije guardando los papeles con cuidado— ya está todo resuelto. Oficialmente, desde hoy, tú eres solo el tío y yo el padre. Y te aviso: en el futuro no quiero verte aparecer ni para pedir explicaciones ni para reclamar nada. No voy a consentirlo, ¿queda claro?

—Tranquilo, hermano —contestó con una sonrisa burlona—, que eso no va a pasar. Nunca he querido saber nada de esa niña, y te aseguro que mi opinión no va a cambiar.

Lo miré por última vez, intentando que mi mirada dijera todo lo que mis palabras no podían.

—Bien —dije finalmente, poniéndome en pie—, pues con esto resuelto, me marcho. Tengo mucho que preparar antes de la mudanza.

—¿Mudanza? ¿Te has comprado otra casa o qué? Joder, pues sí que cunde el sueldo de pediatra, chaval —dijo Adrián con su tono burlón de siempre.

—¿Qué casa ni qué ocho cuartos? —le respondí con paciencia contenida —. La mudanza es a Madrid. Me voy con Eva a vivir y trabajar allí, porque es el mejor sitio para que la operen y para su posterior recuperación.

—Ahhh, vale… —dijo con una sonrisa cargada de sarcasmo—. Pues anda, lo mismo tienes suerte y es en el mismo hospital donde está la pavisosa de Zaida. Si la ves, dale recuerdos de mis partes. —Soltó una carcajada que me puso los nervios de punta.

Ni siquiera me molesté en contestarle a la chorrada que acababa de soltar. Total, como casi todo lo que salía por su boca cuando nombraba a Zaida era para insultarla o decir alguna grosería, ¿para qué perder el tiempo? Respiré hondo, conteniendo la rabia, y me giré hacia mis padres.

—Me marcho ya, tengo mucho que hacer y que embalar —les dije con calma, intentando dejar atrás el mal momento—. Mandadme las cajas al piso que he conseguido de alquiler en Madrid, por favor. Además, hoy aún no he visto a mi niña, y pienso ir directo al hospital primero.

Me despedí de ellos con un beso y un abrazo, quedando en llamarles para concretar el día de nuestra partida, así podrían acompañarnos al aeropuerto.

Cuando salí de casa, camino del hospital, fue inevitable —como tantas otras veces en los últimos tres años— que la imagen de Zaida y su pelo de fuego se colara en mi cabeza. Si cerraba los ojos, podía verla con total nitidez: su piel, su risa, la forma en que me miraba. Los recuerdos de aquella noche seguían tan vivos, tan frescos, como si todo hubiera ocurrido el día anterior.

Todavía recordaba su olor, su sabor, la calidez de su cuerpo y, sobre todo, su mirada en el momento exacto en que alcanzó el placer. Cómo sus pupilas se dilataron, cómo brillaron sus ojos justo antes de perderse en los míos.

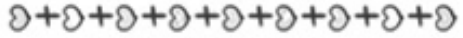
Había pensado en esa noche más veces de las que estaba dispuesto a reconocer. También en la mañana siguiente, cuando desperté con una sonrisa idiota al recordarlo todo… sonrisa que se borró de golpe al descubrir que estaba solo. Me levanté, busqué por todo el piso, pero no estaba. El silencio pesaba, como si las paredes también supieran que algo se había roto.

Entonces la vi: una nota sobre la isla de la cocina. Reconocí su letra al instante, temblorosa y firme a la vez. La leí despacio, con un nudo en la garganta.

«Lo siento. Esto ha sido un gran error. Nunca podrá haber nada entre nosotros. Los fantasmas del pasado estarían siempre presentes y nunca nos dejarían ser felices juntos.»

Me quedé allí, con el papel entre los dedos, sin saber cuánto tiempo pasó. Solo recuerdo que el café se enfrió, y que desde ese día supe que Zaida no volvería a ser un simple recuerdo.

Capítulo 13



Zaida

Sentada con una taza de café entre las manos, miraba por la ventana sin ver realmente nada. Mi cabeza estaba muy lejos de allí, perdida entre los recuerdos de lo que había sido mi vida durante los últimos tres años.

Podría resumirlos fácilmente: habían sido buenos, muy buenos, en casi todos los aspectos. Mi abuela seguía a mi lado con su humor único y sus locuras varias; seguía viviendo con ella, y la verdad es que no podía estar más a gusto.

Y mis amigos… ay, mis amigos. Con ellos he vivido tantas cosas que necesitaría un libro solo para contarlas, pero os haré un pequeño resumen.

Cuando volvimos de aquel viaje a Barcelona —sí, el de hace tres años—, Sofía y Rubén se habían enamorado perdidamente. Su separación fue un drama: los dos parecían almas en pena llorando por las esquinas. Pero Rubén no tardó mucho en reaccionar; en apenas tres meses dejó todo en su ciudad y corrió directo a los brazos de Sofía, que le recibió encantada. Se instaló en su casa y, desde entonces, siguen igual: como dos tortolitos viviendo en su pequeño nido de amor.

Por otra parte, tenemos a Carol y Michael, que volaron rumbo a Nueva York. Allí siguen, trabajando juntos y siendo felices. ¿Os acordáis de que bromeamos con que no tardarían en mandarnos las invitaciones para su boda? Pues ya os adelanto que eso no va a pasar… porque esos dos locos decidieron

casarse hace dos años en Las Vegas, en un viaje exprés. Todavía me acuerdo de cómo nos reímos al ver el vídeo que nos mandaron: puro espectáculo.

Y por último estoy yo.

Sí, por si os lo estáis preguntando, sigo soltera y sin ganas de cambiar de estado. No porque no quiera, sino porque no he encontrado a ningún hombre que me haga replanteármelo. No penséis que he sido una monja todo este tiempo, que tampoco es eso. He salido con algunos chicos durante un tiempo, aunque nunca llegó a cuajar nada serio. También he tenido mis escarceos, noches sueltas… pero hasta ahí.

Sofía siempre dice que la culpa de que no me enamore es porque mi corazón sigue teniendo dueño: el de los ojos negros que me persigue cada noche en mis sueños.

Yo nunca le contesto, porque hacerlo sería admitir que tiene razón.

Y sí, la tiene. Pablo sigue en mi cabeza y en mi corazón, y no parece tener la más mínima intención de marcharse.

—Niña, ¿qué haces ahí en Babia? ¿Esperando a ver si llueve? —La voz de mi abuela me sacó del trance de golpe—. ¡Verás tú, hoy te toca correr si quieres coger el autobús, que llegarás tarde!

—¡La leche! ¡Qué tarde es! —exclamé mirando el reloj.

—Claro que es tarde —replicó ella divertida—. Además, ¿no era hoy cuando tenías una reunión a primera hora con tu jefe? Me dijiste que era muy importante.

—¡¡Dios mío!! ¡Sí, era hoy! —grité poniéndome en pie de un salto—. Ahora sí que me voy corriendo, porque como llegue tarde este hombre es capaz de hacerme limpiar todas las bacinillas del hospital.

Mi abuela soltó una carcajada mientras yo salía disparada hacia la puerta.

Bajé del autobús a toda leche y crucé corriendo la entrada del hospital como una loca. Llegué en tiempo récord, aunque me faltaba hasta el aliento.

Me dirigí directa al despacho de mi jefe y toqué la puerta.

—Adelante —contestó el doctor Díaz desde dentro.

—Buenos días. Siento el retraso —dije, dejándome caer en la silla frente a él.

—Buenos días, Zaida. Espero que, cuando acabemos de hablar, antes de ir a ver a los niños que tenemos que atender hoy, pases por el baño y te peines, porque pareces la Bruja Avería con esos pelos de loca que me traes —dijo riéndose.

Solté una carcajada por la gracia que me hizo la comparación, aunque sabía que no le faltaba razón después de la carrera que me había pegado.

Nuestra relación —esa que empezó el día que me advirtió que su culo no se tocaba (cada vez que lo recordaba me moría de la risa por el bochorno que pasé)— siempre había sido excelente. Había aprendido muchísimo a su lado: cosas buenas y alguna mala también, como lo que se siente al perder a un paciente… y más cuando se trata de un niño.

Podríamos decir que más que colegas éramos amigos. Y yo, que le conocía mejor que nadie, noté enseguida que algo no iba bien; que lo que fuera que me iba a decir en esa reunión tenía que ver con eso. Solo esperaba que no fuera nada malo.

—Bueno, a ver, ¿qué tienes que contarme? Suéltalo ya, que me tienes intrigadísima —le dije con una risa nerviosa.

—Me marcho, Zaida. Hoy es mi último día en el hospital —dijo con tristeza.

—¿Qué coño dices? ¿Dónde te vas y por qué? Y lo peor de todo… ¿cómo me lo dices hoy? Supongo que esto no es algo repentino —le solté mientras notaba cómo se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Venga, pelirroja, tranquila, que no es para tanto. Lo mismo el que me sustituya tiene un buen culo. No será mejor que el mío, porque eso es

imposible, pero quizá el suyo sí puedas mirarlo… y tocarlo —bromeó, intentando hacerme reír.

—Déjate de gaitas y no me hables de culos. Dime, por favor, qué está pasando —le rogué.

—Está bien, ahí va —suspiró—. Lo primero que quiero que sepas es que no ha sido una decisión fácil. Lo he pensado mucho, bueno… lo hemos pensado mucho, porque mi marido se va conmigo, claro. Desde luego, yo no habría aceptado si él no se viniera conmigo.

—Eso está muy bien, me alegro de que vayáis juntos. La siguiente pregunta es: ¿dónde vais?

—A Londres. Me han ofrecido ser el jefe de Pediatría en un hospital infantil de allí; es una gran oportunidad, Zaida, que ni quiero ni puedo rechazar —me dijo con la voz tomada por la emoción.

—Me alegro muchísimo por ti, de verdad. Claro que es una gran oportunidad, y estarías loco si la rechazaras, aunque te voy a echar mucho de menos —le dije mientras me levantaba y le daba un abrazo que hizo que acabáramos llorando los dos.

—Muchas gracias, sé que te alegras de verdad. Yo también te voy a echar mucho de menos. Es más, te diré una cosa que espero no salga de este despacho: eres la mejor MIR que he tenido a mi cargo. Y no es que vayas a ser una gran adjunta algún día, es que ya lo eres —me dijo con sinceridad.

—Si eso es así, es porque he aprendido del mejor, sin duda —le contesté sonriendo.

—Dicho todo esto, ¿qué te parece si vamos a compartir nuestro último día juntos rodeados de pequeños monstruitos?

—Será un auténtico placer, doctor Díaz, compartir turno una última vez con usted —le dije con retintín.

—Una última cosa… lo del culo del sustituto lo decía totalmente en serio. Cuando venga, quiero que me llames para decirme que el mío sigue siendo el

mejor de todos los tiempos del hospital —dijo muerto de risa.

—Anda, cállate de una vez, loco, que ahora ya veo venir lo que va a pasar: el día que lo conozca lo primero que haré será mirar su culo, y ganarme su enemistad para siempre —dije riéndome igual que él—. ¿Por cierto, sabes quién es el adjunto que te sustituirá?

—No tengo ni idea, y aunque lo supiera sabes que no puedo decírtelo; sería confidencial hasta el momento de su presentación. Lo único que he oído, aunque son solo rumores, es que viene de Barcelona y es un buen pediatra. No llegará a mi nivel, por supuesto, pero te las apañarás el año que te queda para terminar, estoy seguro.

—Solo espero que no sea un prepotente mandón. Yo con que me deje trabajar y no me toque mucho las narices me conformo.

—Ya verás como no es así, y tienes suerte por segunda vez de que te toque un buen jefe —me dijo con chulería.

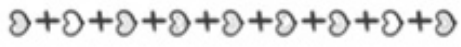
—Anda, tira, que estás de un subidito hoy que no hay quien te aguante. Vamos a ver si el último día es tranquilo por una vez en la historia.

—De ilusiones se vive, bonita. Aquí un día tranquilo no lo hemos tenido nunca; no sé por qué hoy tendría que ser diferente solo porque sea el de mi despedida.

Salimos juntos hacia el pasillo de urgencias y vimos que nos estaban esperando para avisarnos de que había un brote de gastroenteritis y los niños no dejaban de llegar.

«A tomar por culo la tranquilidad», pensé.

Capítulo 14



Zaida

—Madre del amor hermoso —dije suspirando mientras me dejaba caer por la pared, sentándome en el suelo del vestuario al final del turno.

Y yo que tenía la esperanza de que el día fuera tranquilo… No recordaba un día peor desde que llegué a este hospital. Ya ni sabía cuántos niños habíamos atendido a lo largo de la jornada. Entre el brote de gastroenteritis —que debía de haber pillado a la mitad de los críos de la ciudad— y el resto de los casos que fueron entrando, no habíamos parado ni a comer. Un triste sándwich de máquina con una botella de agua, engullido en diez minutos de pie en la sala de descanso, fue todo lo que probé.

Así, tirada en el suelo, me encontró Sofía cuando llegó para cambiarse. Su turno acababa a la misma hora que el mío aquel día. Habíamos quedado en irnos juntas y pasar a recoger a Rubén por la clínica de rehabilitación donde trabajaba, que nos pillaba de camino a casa.

—¿Nena, estás bien? Parece que te ha pasado un autobús por encima —me dijo Sofía al verme en ese estado.

—Un autobús no, pero sí como doscientos niños con vómitos y diarrea —dije haciendo un puchero. Ella soltó una carcajada que se oyó hasta fuera del vestuario.

—Vamos, que has tenido un día muy emocionante… como los míos, cuando se ponen todas de acuerdo para parir al mismo tiempo.

—Exacto. Con la única diferencia de que tú oyes gritos furiosos de madres queriendo cortarles las partes nobles a sus parejas, y yo lloros y más lloros de niños. Que esos no me molestan, por cierto. Son peores las quejas de los padres tocapelotas que los traen.

—Venga, vamos a ducharnos rápido y salir de aquí. Tenemos dos días libres por delante antes de volver a este zoo… digo, hospital —dijo partiéndose de risa.

—Vamos, que estoy deseando salir de aquí cuanto antes. Además, tengo una noticia que contarte. Te pongo al día de camino a buscar a tu novio.

Nos metimos las dos en la ducha, intentando —sin conseguirlo— quitarnos ese olor a hospital y desinfectante que ya parecía formar parte de nosotras. Media hora después cruzábamos las puertas, despidiéndonos de los compañeros que se quedaban y deseándoles un turno tranquilo.

Decidimos ir andando hasta la clínica donde trabajaba Rubén. Era un paseíto, pero no nos importaba: así nos daba el aire y nos despejábamos. Con el cansancio que teníamos, si llegamos a subir al autobús, estoy segura de que nos habríamos quedado dormidas antes de que arrancara. No sería la primera ni la última vez que nos pasaba.

Por el camino le fui contando la conversación que había tenido con el doctor Díaz en su despacho, y que todavía no sabía quién sería mi nuevo jefe cuando volviéramos en dos días. La incertidumbre me tenía nerviosa, la verdad. Solo esperaba llevarme bien con el nuevo adjunto y que no me diera muchos problemas a la hora de trabajar. Ya tenía cogida mi rutina, estaba acostumbrada a la manera en que hacía las cosas el doctor Díaz, y a estas alturas tener que adaptarme a otro jefe iba a ser, como poco, estresante los primeros días.

—¿Entonces no tienes ni idea de quién será el nuevo? —me preguntó Sofía mientras caminábamos.

—Ni la más mínima. Solo me ha dicho que se rumorea que viene de Barcelona, y poco más. Ya sabes cómo es la gente: pían mucho sin tener ni idea —contesté encogiéndome de hombros.

—Pues esperemos que sea un doctorcito cañón, de esos que te quiten las telarañas que llevas acumulando ahí abajo, guapa —dijo, soltando una carcajada.

—¿Pero qué dices, loca? Te recuerdo que será mi jefe. Ni se me ocurriría acostarme con él, por muy bueno que esté. Si la cosa no sale bien, después tendría que verle la cara todos los días durante los diez meses que me quedan de residencia. Y eso sí que sería un infierno.

—Bueno, en eso tienes razón —respondió Sofía riendo—. Tener que verle el careto después de un lío sería una tortura diaria.

—Además —añadí divertida—, yo y mis telarañas estamos muy a gusto solitas. Me hacen compañía y me dan calorcito por las noches.

—Pues mira, en tu cumpleaños, que es dentro de dos meses, te voy a regalar un cacharrito que te las quite y te dé otro tipo de calor… de esos que vienen con gemidos incorporados —dijo guiñándome un ojo.

—Déjate de cacharritos, anda, y deja de preocuparte por mis telarañas. Te repito que estoy bien como estoy. Mira a ese hombretón que tienes ahí apoyado en la pared esperándote: seguro que él no deja que se te acumule ninguna —le dije señalando a Rubén.

—Como lo sabes, amiga… —respondió con una sonrisa traviesa—. Me tiene bien servidita.

Sofía se tiró a los brazos de su chico y le plantó un beso de los suyos.

—¿Qué tal, Zaida? —me dijo Rubén al separarse de ella—. Traes una cara de muerta que podrías salir en el rodaje de *The Walking Dead* sin necesidad de maquillaje.

—Así mismo me siento hoy, muerta. Voy caminando por inercia. Cuando pille la cama, no pienso soltarla hasta que me toque volver al trabajo —dije entre risas.

—Pues venga, te acompañamos a casa antes de que te caigas de culo en plena calle —añadió Sofía, cogiéndome del brazo.

Me acompañaron hasta la puerta de casa de mi abuela. Nos despedimos con un abrazo y un beso antes de que siguieran su camino. Yo entré y, como siempre, la señora Carmen me estaba esperando con una tortilla de patatas recién hecha y un zumo. Charlamos un rato mientras cenaba, y luego me fui directa a mi habitación. Me di una ducha rápida, me puse un pijama fresquito y, creo, que ni llegué a apoyar del todo la cabeza en la almohada cuando ya estaba dormida.

Catorce horas seguidas dormí. ¡Dios mío, qué bien me sentaron! Me levanté como nueva, me di otra ducha, me puse ropa cómoda y bajé a la cocina. Allí estaba mi abuela esperándome con una taza de chocolate caliente y unos churritos. Madre mía, cómo me cuidaba. Si es que a esta mujer había que quererla sí o sí.

Charlamos mientras desayunábamos. Le conté todo: los últimos acontecimientos en el hospital, la marcha del doctor Díaz, la llegada del nuevo adjunto del que aún no sabía nada, y el jaleo de niños del día anterior. Ella, por su parte, me contó que estaba planeando un viaje con el IMSERSO junto a la tía de Sofía, y que pensaban ir esa misma tarde a la agencia a elegir destino. Me alegré muchísimo por ellas y la animé a que cogieran uno largo, de un mes, para que pudieran disfrutar bien de la playita y volver cargadas de historias que contar.

No pensaba moverme de casa en los dos días que tenía por delante, y así se lo hice saber a mi abuela y a mis amigos con un mensaje: que pensaba dedicarme a descansar, leer y desconectar del mundo. Les deseé que ellos también disfrutaran de su merecido descanso.

Cogí un libro que tenía a medias y que me estaba enganchando una barbaridad. Me tumbé en el sofá, con una mantita sobre las piernas, y me perdí en la lectura. Cuando quise darme cuenta, era ya la hora de comer. Me preparé algo rápido —mi abuela se había ido a comer fuera con su amiga— y volví al sofá, dispuesta a seguir leyendo “un capítulo más”, aunque ya sabía que eso nunca se cumplía.

Cuando regresó, me encontró exactamente en el mismo sitio y en la misma postura que me había dejado. Cenamos juntas mientras me contaba que al final se había decidido por ir a Benidorm y que saldrían en dos días, en

autobús. Recogimos la cocina, charlamos un ratito más y cada una se fue a la cama.

✣ ✣ ✣ ✣

Y sin saber cómo, ya estaba subida al autobús camino del hospital. Qué rápido se habían pasado esos dos días de descanso, entre cama, sofá y más cama. Había ayudado a mi abuela a hacer la maleta para su viaje, disfrutado de sus comidas —esas delicias que solo ella sabía preparar— y, por supuesto, me había despedido antes de salir, porque esa misma noche ella se iría rumbo a la playa. No podría verla hasta dentro de unas semanas, ya que me tocaba un turno largo.

Si dijera que no estaba nerviosa por conocer a mi nuevo jefe, mentiría. Llevaba todo el fin de semana dándole vueltas a lo mismo: ¿Nos entenderíamos bien trabajando juntos? ¿Sería agradable o un estirado de bata blanca? ¿Me dejaría hacer las cosas a mi manera, como el doctor Díaz? ¿Y si no me soportaba?

Preguntas y más preguntas que se repetían en mi cabeza una y otra vez. En el fondo sabía que no tenía sentido torturarme, que simplemente tendría que adaptarme a lo que viniera… y a él. Pero había un presentimiento agarrado a mi estómago, una sensación extraña, como un aviso silencioso que no me dejaba tranquila.

Llegué al hospital, me cambié en el vestuario y saludé a mis compañeros, tanto a los que entraban como a los que salían, poniéndome un poco al día de lo ocurrido en mis dos días de ausencia. Como aún tenía algo de tiempo antes de empezar el turno, me fui a la sala de descanso a por un café: o me despejaba o me ponía más nerviosa, pero necesitaba uno sí o sí.

Allí me encontró el jefe de residentes, que se acercó con una sonrisa.

—Zaida, el doctor Torres, ya está aquí. Te espera en su despacho para conoceros y poneros al día con los casos. Y suerte, que nunca viene mal el primer día.

—Gracias, la voy a necesitar —contesté con una mueca.

Respiré hondo, conté hasta diez y traté de calmar las mariposas —o murciélagos— que me revoloteaban en el estómago. Cuando el café se acabó, no tuve más excusas. Me puse en marcha.

Llamé a la puerta del despacho y, al escuchar el «adelante», entré. Me quedé de pie frente al escritorio. El hombre que estaba sentado al otro lado tenía la cabeza agachada, concentrado en unos papeles. Fui la primera en hablar.

—Buenos días, doctor Torres. Soy la MIR 4, Zaida García. Estaré a su cargo durante mi último año de residencia —dije, intentando sonar más segura de lo que me sentía.

El hombre frente a mí levantó la cabeza lentamente al oír mi saludo y, cuando nuestras miradas se cruzaron, por poco no me caigo redonda en el sitio. Unos ojos negros —que conocía demasiado bien— me miraban fijamente, y en ellos pude ver muchas cosas: sorpresa, dolor y algo más que no fui capaz de identificar.

Durante lo que me parecieron horas, por lo menos para mí, ninguno de los dos dijo absolutamente nada, solos nos miramos perdidos cada uno en sus propios pensamientos. Al final fue él el que rompió el silencio.

¾Buenos días, doctora García, soy el doctor Torres, su nuevo adjunto ¾me dijo con una seriedad y una indiferencia que me partió en dos.

¿De verdad me iba a tratar como que no nos conociéramos de nada habiendo estaba dentro de mí, no una, sino varias durante aquella noche? ¾me dije a mi misma.

—¿Así quieres que sea esto a partir de ahora? ¿Que hagamos como si no nos conociéramos? —le pregunté aguantando las lágrimas, que ya estaban a punto de salir de mis ojos.

—Han pasado más de tres años desde la última vez que nos vimos. Creo que ninguno de los dos somos los mismos de entonces y, sinceramente,

tampoco nos conocíamos tanto ni tuvimos apenas trato el uno con el otro —me contestó con una frialdad que me remató por completo. Con esas palabras dejó bien claro lo que yo había sido para él: un polvo más, algo olvidable.

—Está bien, doctor Torres, me ha quedado clarísimo su punto de vista, aunque no sea el mismo que el mío. Lo respetaré —dije, porque qué remedio me quedaba; si él quería tratarme así, yo no podía hacer nada.

—Estupendo. Pues si ya está todo aclarado, ¿le parece que nos pongamos a trabajar de una vez antes de que se nos empiecen a acumular los casos?

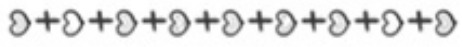
—Por supuesto, para eso estamos aquí —le respondí, sentándome en la silla y cogiendo los historiales que tenía encima de la mesa.

—Cuénteme cómo solía ser la dinámica de trabajo con su antiguo jefe. Si me parece bien, seguiremos haciéndolo así.

Le estuve contando durante unos veinte minutos cómo solía trabajar con el doctor Díaz, cómo nos repartíamos los casos, cómo actuábamos en caso de exceso de urgencias y demás cosas relacionadas con el día a día en esa sala. Al terminar, me dijo que estaba conforme y que seguiríamos del mismo modo. Levantó la mano invitándome a salir para que empezara mi turno.

Salí de allí corriendo y me metí en el primer baño que encontré, rompiendo a llorar como hacía mucho tiempo que no lo hacía, con un dolor en el pecho que no me dejaba ni respirar.

Capítulo 15



Pablo

Cuando salió por la puerta, expulsé todo el aire que llevaba conteniendo y me agarré la cabeza, pasándome las manos por el pelo varias veces. ¡Madre mía! Con todos los hospitales que había en Madrid, tenía que ir a parar precisamente al suyo… y, por si eso fuera poco, encima resultaba ser mi residente durante el próximo año. ¿Se podía tener más mala suerte?

Sé que me había pasado con la manera en que la traté, pero tenía que marcar las distancias desde el primer momento, o esa mujer sería mi perdición.

Cuando estuve más calmado, y después de echar un vistazo a los casos que teníamos para ese día, salí del despacho rumbo a la sala de urgencias para empezar mi turno. Al fondo vi a Zaida hablando con la que supuse que sería la madre de algún niño, y lo que vi en su mirada me retorció las entrañas: sus ojos estaban hinchados, seguramente de haber llorado, y tenía la expresión triste y llena de dolor.

Aparté la vista y decidí centrarme en el trabajo, porque si no iba a mandar todo a la mierda y hacer una locura, como llegar hasta ella, abrazarla y besarla hasta quedarme sin aire. Porque aunque el dolor de su marcha y sus palabras en aquella nota seguían presentes en mi cabeza, en cuanto habló en el despacho me di cuenta de que daba igual el tiempo que hubiera pasado: seguía enamorado de ella. Y eso hacía que doliera aún más, porque no hay peor tortura que amar a alguien que no siente lo mismo.

Al finalizar el turno, cuando salía de los vestuarios listo para ir a recoger a Eva y volver a casa, choqué de frente con Zaida. Al ver con quién había tropezado, murmuró un «lo siento» y agachó la cabeza para seguir su camino hacia la salida. Algo dentro de mí se removió y, antes de pensar en lo que estaba a punto de hacer, las palabras salieron solas de mi boca.

—Zaida, espera un momento, por favor.

Ella se volvió, sorprendida.

—¿Ahora soy Zaida y no la doctora García? —preguntó con tono mordaz.

—Quería pedirte disculpas por cómo te he hablado esta mañana. Creo que el impacto de tenerte delante me superó.

—Disculpas aceptadas. Hasta mañana, doctor —me respondió en un tono que dejaba claro que estaba conteniendo todas sus emociones.

—Espera, por favor. Quería pedirte algo... Bueno, más bien pedirte que me acompañes un momento a un sitio.

—¿Perdona? Después de todo lo que me has dicho esta mañana, dejando claro que quieres guardar las distancias conmigo, ¿ahora quieres que vaya contigo? Vete tú a saber a dónde.

—Pues sí. Y además, ya te he pedido disculpas por ser un gilipollas, pero esto es importante, de verdad. Puede afectar a nuestro trabajo y prefiero que lo sepas desde el principio, para que luego no haya sorpresas.

Cuando dije eso, vi en su mirada la curiosidad instalándose poco a poco.

—Está bien, pero que sea rápido, tengo algo de prisa —me contestó. Yo asentí.

Salimos juntos del área de urgencias y seguí el camino hacia la guardería del personal médico, donde Eva me estaba esperando. Zaida me miraba extrañada; supongo que pensaría que íbamos a salir del hospital, no a otra ala del edificio.

Cuando llegamos, las chicas que trabajaban allí ya tenían a Eva lista, porque les había mandado un mensaje un rato antes avisándolas de mi llegada. Una de ellas se acercó con la niña en brazos y me la entregó.

—Aquí tiene a su hija, doctor Torres. Es una niña buenísima: se ha comido todo y ha dormido su siesta. Aunque está un poco molesta; yo creo que en pocos días asomará algún diente.

La cara de Zaida cuando oyó que la niña era mi hija no tuvo precio. Estuve a punto de soltar una carcajada.

—Gracias por todo, chicas. Mañana vendremos a la misma hora. Que paséis buena noche —les dije mientras sentaba a Eva en su carrito.

Salimos a la calle. Zaida seguía sin decir una sola palabra, parecía en *shock*. Así que fui yo quien rompió el silencio.

—¿No piensas decir nada? ¿Ni siquiera preguntar algo?

—Sinceramente, estoy tan impactada que no sé ni qué decir. Desde luego, no se puede negar que sea tuya: se parece un montón a ti… y además es preciosa. Aunque esos ojos… —dijo sin terminar la frase, mordiéndose el labio.

—Son como los de Adrián, puedes decirlo en alto. No creo que por nombrarlo vaya a materializarse aquí. Dios nos libre de tal cosa —contesté con una media sonrisa amarga.

—Pues sí, se parece mucho a él. También podría pasar por su hija perfectamente —me dijo, todavía observando a la pequeña.

—Porque lo es —le dije. Su cara era un poema digno de enmarcar al oírme.

—¿Perdona? Creo que no te he oído bien. ¿Has dicho «porque lo es»? Porque yo he escuchado a la chica de la guardería decir que es tu hija. —Se la veía completamente perdida, y tuve que contener la risa al ver su cara de desconcierto.

—Y has oído bien lo que ha dicho la chica, porque lo soy —dije, ya sin poder aguantar la risa.

—¿Te estás quedando conmigo? Porque de verdad que no entiendo nada —dijo, empezando a enfadarse.

—Adrián es su padre biológico, y yo soy su padre adoptivo —le expliqué al fin, bajando un poco el tono. No quería que sonara como una confesión, sino como una verdad que había aprendido a asumir con orgullo.

—¡Madre mía! ¿Cómo has llegado a esta situación? ¿Es que Adrián está muerto? ¿Y la madre? Bueno… si es que quieres contármelo, claro.

Asentí despacio y comencé a contarle todo: la llamada de mis padres, mi sorpresa al encontrarme con la niña, el rechazo de Adrián, la muerte de la madre y la decisión —esa decisión que me cambió la vida— de quedarme con Eva. Le expliqué cómo había firmado los papeles de adopción, cómo la había tenido en mis brazos por primera vez y supe que ya no podría soltarla jamás. Ella escuchaba sin pestañear, con las manos entrelazadas, como si temiera romper el hechizo.

—Di algo —le pedí, porque durante todo mi relato no había abierto la boca.

—Solo voy a decir dos cosas —respondió al fin—. La primera: lo que has hecho es algo maravilloso, que dice mucho del hombre que eres. Eva tiene muchísima suerte de tenerte como padre. Y la segunda: Adrián sigue siendo el mismo cabrón egoísta de siempre, pero con esto se ha superado. No se puede ser más rastrero; hay que tener un corazón muy negro para deshacerse de su propia hija así.

Yo solo pude asentir a sus palabras.

—Hay algo más, Zaida. El motivo por el que los dos estamos aquí —dije con la voz tomada.

—El tono en el que has dicho eso no me gusta nada. ¿Qué ocurre, Pablo? —me preguntó preocupada.

Le conté entonces la odisea que habíamos vivido desde que llevé a Eva al hospital: todas las pruebas, la operación, los nervios, el diagnóstico nada alentador, las pruebas de compatibilidad, la búsqueda del mejor equipo de cirujanos pediátricos… y finalmente mi decisión de pedir el traslado y mudarme a Madrid. Me escuchó hasta el final sin interrumpirme, igual que antes. Cuando terminé, tenía las mejillas llenas de lágrimas. Bueno, los dos las teníamos.

Entonces hizo algo que me descolocó, pero que le agradecí con toda el alma, porque lo necesitaba: me abrazó. No un abrazo por compromiso, sino de los de verdad, de esos que te transmiten calma y te dicen sin palabras que no estás solo. Cuando nos separamos y nos limpiamos las lágrimas, me miró a los ojos y me dijo:

—Pablo, cuenta conmigo para lo que sea. Tanto en el trabajo como fuera de él. Si necesitas que te eche una mano con Eva o con cualquier otra cosa, pídemelo, por favor. Me gustaría ayudarte en lo que pueda.

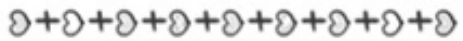
—Te agradezco tu ofrecimiento de corazón, Zaida. Estamos solos aquí, y la verdad es que eso me acojona un poco. Mis padres solo podrán venir de visita de vez en cuando, y me encantaría tener una cara amiga cerca.

—Pues cuenta conmigo. ¿Amigos? —dijo, extendiéndome la mano.

—Amigos —le respondí, estrechándosela.

Nos despedimos en la parada del autobús que ella tomaba para ir a su casa. Yo me dirigí a la mía, un apartamento frente al hospital que había encontrado a muy buen precio: amueblado, amplio y con una ubicación perfecta. En caso de que Eva necesitara atención urgente, en dos minutos estaríamos en urgencias. Subimos, cenamos algo ligero y nos preparamos para dormir. Caímos rendidos los dos.

Capítulo 16



Zaida

Todo el camino en el autobús hasta llegar a casa no pude dejar de darle vueltas a todo lo que me había contado Pablo. Pensaba en lo mal que lo tuvo que pasar —y en lo mal que aún lo debía estar pasando— con la enfermedad de Eva. Se le notaba en la voz, en la forma en que bajaba la mirada cuando hablaba de ella, ese brillo apagado que solo tienen las personas que viven con el miedo constante de perder algo que aman.

Podía imaginarlo, solo, con su hija en brazos, esperando cada resultado médico como si el corazón le latiera entre las manos. El miedo a que llegara el momento de la operación, a que algo saliera mal, a no despertar de la anestesia y dejarla sola. La incertidumbre de no saber cómo serían los próximos meses, las posibles complicaciones, la recuperación lenta, el riesgo de rechazo… Sabíamos demasiado bien —los dos— lo que todo eso implicaba, y por eso dolía aún más.

Por otra parte, no podía dejar de pensar en Adrián. Madre mía… ¿cómo podía una persona ser así? Egoísta, vacío, incapaz de sentir empatía. Un tipo que solo se quería a sí mismo y que no tenía la más mínima consideración por nadie.

Me hervía la sangre solo de recordar todo lo que había hecho.

Y entonces la pregunta inevitable me golpeó: ¿cómo pude estar dos años con semejante personaje?

La respuesta me llegó tan clara como un bofetón: porque fui una ingenua. Una tonta enamorada a la que manipuló desde el principio.

Lo entendía ahora, mirando atrás con otra perspectiva. Cómo me envolvía con sus carantoñas, con esas palabras vacías que usaba como si fueran promesas. Cómo me hacía creer que necesitaba mi ayuda para todo, y yo, tan idiota, le hacía los trabajos de la facultad, le pasaba mis apuntes, le cubría las espaldas. Lo poco que había conseguido aprobar, lo había hecho gracias a mí… o a otras chicas igual de tontas que yo.

Y no fue distinto en nuestra relación. Se aprovechó de que nunca había estado con nadie antes, me hizo creer que lo que teníamos era «normal», cuando en realidad era una cadena invisible que me ataba a su egoísmo. Solo salíamos cuando él quería, donde él quería. Me dejaba tirada con excusas absurdas, inventando enfermedades de su madre o exámenes que nunca existieron.

Ahora lo veía todo tan claro… lo de Silvia no fue una excepción, sino una costumbre. Ella era una más de tantas.

Y, sin embargo, gracias a Pablo —a aquella única noche que se quedó grabada en mi piel y en mi memoria— supe lo que era el sexo de verdad: el deseo compartido, el respeto, la ternura. Con él todo fue distinto, real. Me hizo sentir viva, deseada, segura. Y eso lo cambió todo.

Con Adrián, en cambio, todo fue vacío. Frío. Un ejercicio mecánico en el que solo él encontraba placer. Nunca se preocupó por mí, ni por lo que yo sentía. Y ahora, recordándolo, me hervía la sangre por haberlo permitido, por haberme dejado humillar sin decir nada.

Sacudí la cabeza con fuerza. No quería seguir revolcándome en ese pasado que ya no merecía ni un pensamiento más. Si mi madre o mi abuela hubieran sabido la mitad de lo que pasé con él, me habrían puesto de tonta para arriba… y con toda la razón.

Estaba tan perdida en mis pensamientos que casi se me pasa mi parada. Me levanté de golpe, bajé del autobús y, en lugar de ir a casa de mi abuela, eché a andar en dirección a casa de mis amigos.

Necesitaba hablar con alguien. Soltar todo lo que me estaba carcomiendo por dentro, toda esa mezcla de sorpresa, pena y rabia que me había dejado el día.

Toqué el timbre y crucé los dedos para que estuvieran en casa, esperando no interrumpirles ninguna velada romántica. Por suerte, fue Sofía quien abrió la puerta, envuelta en un albornoz y con el pelo húmedo.

—Eh… Hola. ¿Os pillo en mal momento? O mejor dicho, ¿interrumpo uno bueno? —pregunté con una sonrisa pícara al verla así, en albornoz y con el pelo todavía húmedo.

—Para nada, tonta. Tú nunca interrumpes. Y si lo hubieras hecho, ya sabes que aquí hay confianza para decirte: «Zaida, vuelve luego, que mi chico me está haciendo ver las estrellas ahora mismo» —dijo Sofía riéndose a carcajadas.

¾¡¡Rubén!! Pon otro plato en la mesa y saca un par de botellas del bueno, que tenemos invitada. Y por la cara que trae, creo que las vamos a necesitar —gritó Sofía desde el pasillo.

Puse los ojos en blanco y pasé con ella, dejando mi abrigo y mi bolso en el perchero de la entrada.

Al llegar a la cocina, allí estaba mi amigo entre los fogones, preparando una lasaña de carne que olía que alimentaba. En cuanto el aroma me golpeó, mi estómago rugió con tanta fuerza que los tres lo oímos. No recordaba la última vez que había comido, y el hambre me mordía por dentro.

—¿Zaida, vas poniendo la mesa mientras Rubén termina y yo me visto, por favor? —preguntó Sofía.

—Por supuesto, ve tranquila. Yo me encargo. Eso sí, no tardes mucho o solo llegarás para fregar los platos, porque tengo un hambre voraz.

—No te lo crees ni tú. ¡Por la lasaña de mi chico mato! —gritó mientras se marchaba riendo por el pasillo.

—Zaida, ¿qué ocurre? —preguntó Rubén, bajando el fuego—. No es normal que te presentes sin avisar. Y no me malinterpretes, sabes que los dos estamos encantados de que vengas cuando quieras, pero… esto no es normal en ti, y eso quiere decir que algo no va bien.

—Y no te falta razón —admití mientras colocaba los platos y los cubiertos —. Tengo la cabeza que me va a explotar y necesitaba hablar con alguien. Llevo todo el día con una opresión en el pecho que no me deja ni respirar. Tengo mucho que contaros.

—Está bien —respondió él con serenidad—. Terminamos esto, cenamos y sueltas todo lo que llevas dentro, que me estás empezando a acojonar — añadió descorchando la botella.

Cinco minutos después apareció Sofía, ya vestida con ropa cómoda. Terminamos de poner la mesa y nos sentamos, mientras Rubén nos servía unas porciones de lasaña tan generosas que cualquiera diría que pensaba engordarnos aposta. Sacó del horno pan de ajo, y el olor nos hizo salivar.

Yo llené las copas de vino y bebí un trago largo antes de probar la lasaña. Estaba deliciosa, como siempre. Mi amigo tenía una mano en la cocina que ya la quisiera yo para mí.

Durante la cena hablamos de todo un poco: del trabajo, del viaje de mi abuela, de la llamada de Carol desde Nueva York —nos había prometido venir pronto con Michael—. Sofía insistió en que cenáramos tranquilas y que después, con calma, le contara qué me traía tan removida por dentro.

Tras la cena, recogimos entre los tres y pasamos al salón, donde cada uno se sirvió una tarrina XL de helado: Rubén, plátano con chocolate; Sofía, vainilla con cookies; y yo, mi favorito de siempre, chocolate con menta. Ellos siempre tenían una tarrina guardada para mí en su congelador, como si fuera parte del inventario.

Nos sentamos en el suelo, al estilo indio, cuchara en mano y la tele apagada. El silencio solo lo rompía el sonido de las cucharas golpeando el cartón. No era la primera vez que terminábamos empachados, pero el helado

tenía para nosotros algo casi terapéutico: lo curaba todo, al menos por un rato.

Fue Rubén quien, después de un rato de silencio y cucharadas compartidas, se decidió a romper el hielo:

—Bueno, ¿nos vas a contar ya qué es eso que te está reconcomiendo por dentro, o tengo que sacarte las palabras con un gancho? —preguntó Rubén arqueando una ceja mientras metía la cuchara en su helado.

—¿No tendrá que ver con cierto adjunto que ha llegado nuevo hoy y del que se rumorea que su culo le hace la competencia a su predecesor? —añadió Sofía con una sonrisilla maliciosa.

—La respuesta a tu pregunta es sí, es por él. Y respecto a los rumores, te puedo asegurar que son erróneos: no le puede hacer la competencia al doctor Díaz por la sencilla razón de que su culo es mil veces mejor —contesté tan tranquila, metiéndome otra cucharada de helado en la boca.

—¿Perdona? —Sofía casi se atraganta con su helado—. Es el primer día que estáis trabajando juntos y ya te ha dado tiempo a verle el culo para decir eso con tanta seguridad. Además, con el pijama del hospital se intuye lo que hay debajo, pero nunca puede una estar segura del todo —dijo, con la mirada fija en mí, esperando una explicación.

—Es que yo he visto ese culo sin pijama —susurré bajito, más para mí que para ellos… pero me oyeron igual.

Rubén abrió los ojos como platos, mientras Sofía pegó un salto en el sofá.

—A ver, a ver, que me estoy poniendo muy nerviosa con todas las cosas que se me están pasando por la cabeza ahora mismo. ¿No me jodas que, después de meses sin follar y acumulando ahí todas esas telarañas que debes tener, el primer día que llega tu nuevo jefe te lo has tirado en el hospital? ¡Dime que no, por favor, porque me caigo muerta aquí mismo! —exclamó Sofía llevándose la mano al pecho.

Yo solté una carcajada tan fuerte que casi se me cae el helado.

—Pues no, en eso te equivocas. No ha sido en el hospital —le respondí, guiñándole un ojo.

Rubén nos miraba a las dos, moviendo la cabeza de un lado a otro, como si estuviera siguiendo una final de tenis.

—¿Entonces dónde coño ha sido? —insistió Sofía, ya desesperada—. Y lo más importante: ¿cuándo? Porque al acabar el turno has venido directa aquí. No te ha podido dar tiempo… a no ser que ese hombre sea de los de «aquí te pillo, aquí te mato» y duren treinta penosos segundos.

—En su casa —dije con total naturalidad, saboreando mi helado—. En su casa fue donde le vi el culo, entre otras muchas cosas. Y te puedo asegurar que no es del club de los rapidillos… más bien todo lo contrario.

Los dos se quedaron mirándome con la boca abierta, congelados en mitad del movimiento.

—Vale… a ver si me aclaro —dijo Rubén al fin—. Te has tirado a tu nuevo jefe, pero no ha sido hoy. Eso quiere decir que ya lo conocías, y que ese polvo no es reciente… ¿Eso es, no?

—Premio para la señorita —le dije, alzando mi cuchara a modo de brindis.

—Vale, aclarado este punto, solo nos falta saber lo más importante —dijo Sofía, ansiosa por conocer la respuesta—: ¿quién coño es tu nuevo adjunto?

—Pablo —dije en un susurro apenas audible.

—¿Pablo? ¿Qué Pablo? Porque nosotros solo conocemos a uno que se llame así… y que tú te hayas tirado. Y, hasta donde sabemos, ni vive, ni trabaja aquí —dijo Rubén entre sorprendido y divertido.

—Pues ahora sí. Vive y trabaja aquí —contesté bajito, llevándome las manos a la cara.

—¡¡No me jodas!! —gritó Sofía—. No me lo puedo creer, el destino es un hijo de puta que se dedica a vacilarnos a lo grande.

—Pues a mí ni pizquita de gracia me hace todo esto, ya te lo digo —protesté indignada.

—No seas mentirosa —replicó Sofía sin perder la sonrisa—. Niégame que, cuando lo has visto, después del *shock* inicial —porque te conozco, y no te has desmayado de milagro—, se te han mojado las bragas recordando cierta noche en sus brazos.

—No sabría explicarte lo que he sentido al verlo —admití bajando la mirada—. Ha sido un popurrí de emociones que me ha dejado fatal. Y más aún después del recibimiento que me ha dado.

—¿Y cómo te ha recibido? —preguntó Rubén frunciendo el ceño—. No me digas que te ha echado en cara lo de la nota y que desaparecieras sin decir nada.

—No, ha sido mucho peor —confesé con un hilo de voz—. Hubiera preferido mil veces una recriminación, un grito, un «¿por qué?», antes que la indiferencia. Pretendía hablarme como si no nos conociéramos de nada.

Sofía abrió la boca, atónita. Rubén, en cambio, suspiró despacio.

—Yo no es que quiera darle la razón, ni mucho menos, pero largarte así, dejándole una nota como aquella… no estuvo bien, Zaida —dijo con tono suave pero firme.

—Lo sé. Claro que lo sé. Fui una cobarde —asentí, con los ojos ardiendo —. No quise enfrentarme a él a la mañana siguiente. Ser hermano de quien es, me condicionó demasiado. Y ahora, más que nunca, sé que la cagué. Los dos no se parecen ni en el blanco de los ojos… sobre todo después de lo que me ha contado cuando hemos salido del hospital.

—¿A qué te refieres? ¿Qué te ha contado? —preguntaron los dos al unísono.

Respiré hondo y les conté todo: La enfermedad de Eva. El rechazo de Adrián hacia su hija. Cómo Pablo había dado un paso al frente desde el primer momento, asumiendo una responsabilidad que no le correspondía,

convirtiéndose en su padre. La operación, el resultado incierto, el trasplante que estaba por venir, y el motivo real de su traslado a Madrid.

Mientras hablaba, pude ver en sus caras la misma mezcla de sorpresa, rabia y ternura que yo había sentido al escucharlo por primera vez. Cuando terminé, el silencio se adueñó de la habitación. Un silencio necesario, denso, que nos permitió digerir todo lo que acababa de salir de mi boca.

Fui yo quien lo rompió, con lágrimas cayéndome sin permiso.

—Fui una idiota. Una cobarde. Me marché sin darle la oportunidad de explicarse, sin pelear por lo que sentía. Si hubiera hablado con él aquella mañana… quizá ahora estaríamos juntos. Pero eso ya nunca lo sabré.

Sofía me tomó de la mano, apretándola con cariño.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —me preguntó con voz suave—. Porque está clarísimo que sigues enamorada de ese hombre como el primer día. Eso lo vemos todos.

—¿Y qué podría hacer, Sofía? —pregunté encogiéndome de hombros—. Ese hombre tiene su vida, su hija, y un mundo de problemas sobre los hombros. No creo que esté en el mismo punto que yo.

—Eso no lo sabes —intervino Rubén con serenidad—. No puedes hablar por él.

Asentí despacio.

—Le he dicho que puede contar conmigo como amiga. En el trabajo, con Eva, para lo que necesite. Lo demás… si el tiempo quiere, ya se verá.

Los dos asintieron, aprobando mi decisión sin juzgar. Después de un rato más de charla —mezcla de consuelo, bromas y silencios— me despedí de ellos y caminé de regreso a casa.

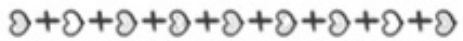
El cansancio me pesaba en cada paso, pero era el cansancio del alma más que del cuerpo.

Al entrar, el silencio me envolvió; se notaba demasiado la ausencia de mi abuela, con su voz y su energía llenando cada rincón.

—Cuando le cuente todo esto… —murmuré, dejándome caer en la cama —, va a alucinar en colores.

Y con esa idea en la cabeza, me quedé dormida sin darme cuenta.

Capítulo 17



Zaida

Abrí los ojos y mi primer pensamiento fue para él.

Para Pablo.

El día anterior, mientras me contaba todo, no pude evitar fijarme en los cambios que había en él desde la última vez que nos vimos. Llevaba el pelo un poco más largo, y entre los mechones se adivinaban algunas canas que, lejos de restarle atractivo, se lo sumaban. Sus ojos —esos que me enamoraron desde la primera vez que los vi— seguían siendo los mismos, profundos, oscuros y capaces de leerme el alma. Pero ahora los rodeaban unas ojeras suaves, el reflejo de tantas noches sin dormir, de la preocupación constante. También estaba algo más delgado, quizá por los disgustos, pero su sonrisa… su sonrisa seguía siendo la misma: traviesa, peligrosa, capaz de desarmar a cualquiera.

Cuando terminé de hacer un escaneo mental a Pablo en mi cabeza, me levanté y me fui directa a la ducha. Después de veinte largos minutos, bajo los chorros de agua y ya bien espabilada, me senté en la cocina a tomarme el primer café del día. Aproveché ese momento para llamar a mi abuela; quería saber si habían llegado bien y si ya estaban instaladas.

Me contó que el viaje se les había hecho un poco largo, pero que había merecido la pena, que aquello era precioso y tenían una habitación con vistas al mar que era una auténtica pasada. Ya habían hecho nuevas amistades y ese

día tenían programada una excursión para visitar varios pueblos de los alrededores.

Me alegré mucho por ella y quedamos en que la llamaría al día siguiente. Había decidido no contarle nada de lo que estaba pasando; la conozco demasiado bien, y sé que si lo supiera estaría preocupada por mí y sería capaz de suspender las vacaciones para volver a casa. No lo veía justo: merecía descansar y desconectar, bastante hacía ya por mí el resto del año.

Cuando llegué a la puerta del hospital, coincidí con Pablo y Eva, que entraban justo en ese momento. Se me escapó una sonrisa al verlos: ella, con su abrigo rosa y una coleta despeinada; él, empujando el carrito con esa mezcla de ternura y cansancio que solo un padre tiene.

—Buenos días, chicos. ¿Qué tal hemos amanecido? —dije, agachándome para besar la mejilla de Eva y acariciar su cabecita—. Ella me devolvió el gesto con una sonrisa tan dulce que me derritió.

—Buenos días, Zaida. Vaya suerte que tienes, Eva —bromeó Pablo con una media sonrisa—. Te llevas toda la atención de nuestra amiga; a mí ni un beso me da.

Me puse más colorada que una amapola. No me esperaba para nada que soltara eso, y su tono —entre divertido y tierno— no ayudó a calmarme.

—Eh… ¿Vais a la guardería, no? ¿Puedo acompañaros? —pregunté, buscando una salida digna a mi rubor.

—Sí, claro —respondió él, sonriendo—. Me encantaría que las chicas te conocieran, y que tuvieran tus datos por si algún día pasara algo y no pudieran localizarme. Si no te importa, claro.

—Por supuesto que no. Ya te dije ayer que podías contar conmigo para lo que fuera.

—Gracias —me dijo con voz baja, sincera—. Espero no tener que molestarte mucho.

—No sería ninguna molestia, Pablo. Si me he ofrecido, ha sido de corazón, no para quedar bien. —Cuando le dije eso, me miró de una manera que hizo que mi cuerpo temblara.

—Está bien… pero gracias de todas maneras. Vamos, o se nos hará tarde.

Llegamos a la guardería y me presentó a las chicas, que eran majísimas. Les explicó quién era yo y que, en todo lo referente a Eva, tenía la misma autoridad que él para recogerla o cualquier otra cosa; que, en caso de no localizarle, podían llamarme a mí. Nos despedimos de Eva, que se quedó haciendo pucheros al vernos marchar, y me dio una congoja tremenda verla así: casi acabo llorando con ella.

Salimos de allí rumbo al ala de urgencias para empezar nuestro turno. El panorama era desolador: la sala de espera estaba llena de niños y padres con cara de desesperación. Al ver aquello, cruzamos una mirada; no hicieron falta palabras, nos entendimos al instante. Sabíamos perfectamente lo que nos esperaba: un día largo y agotador.

Horas después…

Por fin había terminado el turno. Madre mía, no nos equivocamos: fue un día infernal. Caminaba con paso cansado hacia los vestuarios cuando Pablo me detuvo, tomándome suavemente del codo.

—Zaida, si no estás muy cansada… ¿te apetece cenar con Eva y conmigo? —Se le notaba nervioso al preguntarlo; su gesto de rascarse la nuca lo delató.

¿Cansada? No, estaba reventada. Pero me dio igual. Por supuesto que me apetecía pasar un rato con ellos. Me quedé mirándole, fingiendo pensarlo, lo que pareció ponerle aún más tenso. Dio un paso atrás, abrió la boca —seguramente para decirme que lo entendía si prefería descansar—, pero no le di tiempo.

—Por supuesto que sí. No creo que ahora mismo haya nada que me apetezca más —le respondí con una sonrisa. Y si la mía era grande, la suya podría haber iluminado todo el hospital.

—Vale… Te espero aquí cuando salgamos de las duchas y recogemos juntos a Eva, ¿te parece bien?

—Genial. Me daré prisa, tengo muchas ganas de ver a la pequeñaja —asintió y se alejó murmurando entre dientes. Aun así, llegué a oír lo que decía: algo como «ahora empezaré a tener celos de mi propia hija». Entré en la ducha con una sonrisa tonta en la cara.

De camino a recoger a Eva, fuimos comentando algunos de los casos del día. En cuanto llegamos y la niña nos vio, se lanzó a mis brazos con una risa contagiosa. Pablo me miró con una ceja alzada, y yo solté una carcajada que acabó contagiándole. Terminamos los tres riendo como locos.

Me preguntó si me parecía bien que fuéramos a su casa, así Eva estaría más a gusto entre sus cosas. Propuso pedir algo de cena y, mientras llegaba, aprovecharía para bañarla. Me pareció perfecto; estaríamos más cómodos los tres.

El piso estaba justo enfrente del hospital. Era grande, con una distribución moderna y acogedora: cocina y salón en un mismo espacio amplio, cálido, lleno de vida. La habitación de Eva era una auténtica maravilla: tenía de todo, desde juguetes adaptados a su edad hasta una cuna enorme con un móvil musical precioso de animalitos colgantes. La suya, me explicó, estaba justo al lado; así podía tenerla siempre cerca. Aunque confesó, sonriendo con ternura, que muchas noches acababan durmiendo juntos, sobre todo cuando ella estaba pachucha.

De cena pedimos comida china, en eso no hubo debate: a los dos nos encantaba. Mientras llegaba, lo acompañé al baño para bañar a la niña, y no sabría decir quién de los tres se lo pasó mejor entre risas, salpicones y juegos. Lo que sí sé es que, al terminar, estábamos los dos empapados. Mi pelo chorreaba y la ropa no estaba mucho mejor.

Pablo, entre risas, tuvo que dejarme un chándal suyo que me quedaba como un saco. Puso mi ropa en la secadora mientras Eva, ya limpita y en pijama, balbuceaba feliz en brazos de su padre. Aquella escena —tan simple, tan dulce— me desarmó por completo.

Disfrutamos muchísimo de la cena; habíamos pedido como para un regimiento: rollitos de primavera, cerdo agridulce, ternera con salsa de ostras, tallarines en fuente quemada y, de postre, helado. Mientras nosotros comíamos, Eva gateaba feliz por el suelo, lanzando pequeñas risas que llenaban el salón. Pablo y yo no le quitábamos ojo; cada movimiento suyo nos arrancaba una sonrisa.

Cuando terminamos, recogimos todo y nos sentamos en el sofá. Al momento, Eva vino gateando hasta mí y levantó los brazos pidiéndome que la cogiera. La acuné contra mi pecho y, en apenas cinco minutos, se quedó profundamente dormida, con esa paz que solo tienen los niños.

—Está encantada contigo, te la has ganado en apenas unas horas —dijo Pablo con una voz llena de ternura y emoción.

—A mí me tiene enamorada —le respondí sonriendo—. Tiene una alegría dentro que es contagiosa… además de ser preciosa.

—Sí que lo es. Cuando sea mayor, voy a tener que ir detrás de ella espantando moscones —bromeó, y no pude evitar soltar una carcajada.

—Para eso queda mucho tiempo, hombre. Mira tú en lo que estás pensando… ¡Vaya agonías! —le dije entre risas.

Nos reímos un rato, pero de pronto se quedó callado. Su expresión cambió, y una sombra cruzó su mirada. Pasaron unos segundos antes de que hablara, con la voz más baja, casi rota.

—¿Todo va a salir bien, verdad? Porque la vida no puede ser tan hija de puta como para poner semejante ángel en mi camino y luego quitármelo. No sería capaz de vivir sin ella.

Sus palabras me desgarraron por dentro. Sentí un nudo en el estómago, una punzada en el pecho. Me acerqué despacio y, sin pensarlo demasiado, le acaricié la mejilla.

—Claro que todo va a salir bien —le dije con la mayor seguridad que pude fingir—. No tengo ninguna duda. Además, ya le he pedido a mi madre que

cuide de vosotros y os eche una mano… o dos, si hace falta.

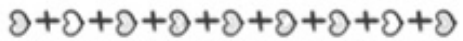
Me levanté despacio, con la niña en brazos, y la llevamos juntos a su habitación. Cuando la tumbamos en la cuna, nos quedamos allí, uno al lado del otro, observándola dormir. Su respiración tranquila, el leve movimiento de su pecho, la media sonrisa que se le escapaba incluso dormida… Era imposible no emocionarse.

Nos quedamos así un rato, sin hablar, hasta que un pequeño suspiro de Eva nos sacó del trance. Fui a la cocina a coger mi ropa de la secadora y vestirme para marcharme. Pablo me acompañó a la puerta.

Nos despedimos con dos besos… demasiado cerca de la comisura. Un roce mínimo, casi imperceptible, pero suficiente para dejarme el corazón al galope.

Salí de allí con una sonrisa y una sensación en el pecho que no recordaba haber sentido en mucho tiempo: calma, esperanza… y algo más que me dio miedo nombrar.

Capítulo 18



Pablo

La última semana había ido de maravilla. En el trabajo no habíamos tenido casos graves y el equipo de urgencias funcionaba como un reloj: todos nos entendíamos con solo mirarnos, y eso hacía que todo fluyera sin esfuerzo.

Con Zaida daba gusto trabajar. Aunque seguía siendo una MIR 4, apenas necesitaba consultarme nada. Su nivel era mucho más alto que el de muchos adjuntos que había conocido, y eso me llenaba de orgullo. Ya lo intuía desde la primera vez que la vi: sería una gran pediatra… y no me había equivocado. Tenía una entrega total y una forma de tratar a los niños que me desarmaba —siempre con una sonrisa, siempre con palabras suaves—. Su humanidad se respiraba a metros de distancia.

Aquella semana había venido tres veces a cenar con nosotros. Esos ratos se habían convertido en pequeños oasis en medio del caos del hospital: la hora del baño, las risas, el agua salpicando por todas partes… Siempre acabábamos calados, pero felices. Eva la adoraba. Se lanzaba a sus brazos antes que a los míos, y verla así, riendo con ella, me provocaba algo tan tierno como punzante. A veces, cuando las observaba juntas, no podía evitar imaginar cómo sería si realmente fuéramos una familia.

No había querido sacar el tema de la nota. Aquella nota que me dejó tres años atrás, cuando desapareció sin una explicación. Pero seguía clavada dentro de mí, como una astilla. Sabía que, tarde o temprano, tendría que hablarlo con ella, aunque temiera que su respuesta me destrozara de nuevo.

Estaba en el despacho, revisando historiales mientras tomaba un café, cuando sonó el teléfono. Era una llamada del hospital de Barcelona. Necesitaban que viajara lo antes posible: quedaban papeles de antiguos casos sin firmar y no podían cerrar los expedientes sin mi presencia.

Solo serían un par de días, pero no quería llevarme a Eva. Los viajes la agotaban, y dejarla con desconocidos no era una opción. Necesitaba una solución, y rápido.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que no oí los primeros golpes en la puerta. Cuando por fin levanté la vista, Zaida ya asomaba la cabeza, riéndose.

—¿Qué pasa, doctor Torres? ¿Tan enfrascado está usted leyendo informes o es que se ha quedado dormido? Porque casi tengo que echar la puerta abajo para que me oiga —bromeó, aunque su sonrisa se desvaneció al ver mi expresión—. ¿Qué ocurre, Pablo? ¿Es por Eva? —preguntó enseguida, preocupada.

—Sí, y no. Me han llamado de mi antiguo hospital, tengo que viajar mañana y pasado. No quiero llevar a la niña, pero necesito dejarla con alguien de confianza. ¿Conoces alguna niñera disponible a tan poco aviso?

Ella sonrió de medio lado.

—Por supuesto que conozco a alguien de total confianza y con disponibilidad inmediata.

—Perfecto, ¿puedes darme su número? La llamo ahora mismo.

—No hace falta —dijo, levantando las cejas—. La tienes delante. ¡Tachan! Yo me quedo con Eva. Ya sabes que tengo libres los próximos dos días.

Me quedé helado por un instante.

—Zaida, te lo agradezco de verdad, pero no puedo pedirte algo así. Tendrás otros planes, y…

—No me lo estás pidiendo, me ofrezco yo —me interrumpió—. Piénsalo: ¿con quién va a estar mejor la niña que conmigo? Ya me conoce, nos

llevamos genial, sé sus rutinas y, si pasa algo, sabré reaccionar.

No pude evitar sonreír.

—Con esos argumentos me has convencido. Si se queda contigo, estaré mucho más tranquilo.

—Pues solucionado. Solo te voy a pedir una cosa, y no sé si te parecerá bien.

—Después del favor que me haces, no puedo negarte nada. Bueno, salvo una parte de mi hígado, que ya la tengo prometida a la otra mujer de mi vida… —Me quise morir al decirlo, pero ella fingió no oírlo.

—Tranquilo, no necesito tanto. Con tu sangre bastaría, por si tengo que hacer algún sacrificio —bromeó con una sonrisa traviesa.

Solté una carcajada, agradeciendo que rompiera el momento de tensión que se había creado. Con Zaida era así: podía pasar de la ternura a la ironía en cuestión de segundos, y siempre conseguía desarmarme.

—Está bien —respondí, aún riendo—, entonces, ¿qué quieres? Pide, estoy a tu entera disposición.

—Yo creo que lo mejor para Eva —empezó, ya más seria— es no sacarla de su entorno. Aquí tiene sus juguetes, su cuna, sus rutinas… Si la lleváramos a mi casa sería más complicado. Por eso creo que deberíamos quedarnos en tu casa. Así será más fácil para ella… y también para mí.

Me quedé mirándola unos segundos, sopesando sus palabras. Tenía toda la razón del mundo, pero escucharla decir «*deberíamos quedarnos en tu casa»* hizo que mi imaginación se activara sin permiso.

—Estoy de acuerdo contigo —asentí finalmente—. En casa están todas sus cosas; si la lleváramos a la tuya, necesitaríamos un camión de mudanzas.

—Bien, pues cuando salga, iré a mi casa a por una mochila con ropa y mi neceser. Así me ahorro el madrugón de mañana.

—Perfecto. —Intenté sonar natural, aunque por dentro sentía una mezcla de nervios y una emoción que no sabría explicar—. De verdad, no sabes cuánto me ayudas con esto.

—No me lo agradezcas tanto —replicó ella con una sonrisa ladeada—. Sabes de sobra que lo hago encantada.

—Lo sé… y, aun así, te lo agradezco —dije más bajo, sin poder apartar la vista de ella.

Hubo un silencio corto, pero cargado. De esos que no incomodan, solo pesan un poco. Ella se recolocó la coleta, se mordió el labio con esa costumbre suya que me volvía loco, y al final, rompiendo el momento, añadió:

—Bueno, doctor Torres, me voy antes de que empiece a arrepentirme del favor que acabo de ofrecerle.

—Nos vemos luego, doctora García —respondí en el mismo tono, pero con una sonrisa que me traicionó.

Salió del despacho con paso ligero, y la seguí con la mirada hasta que desapareció en el pasillo. Me quedé allí un rato, sin moverme, con una sensación extraña entre el pecho y el estómago.

Era tranquilidad, sí… pero también expectación.

Sabía que dejar a Eva con ella era la decisión correcta, pero al mismo tiempo, la idea de tener a Zaida bajo mi techo esa noche me ponía el corazón a mil.

Intenté concentrarme en los historiales que tenía sobre la mesa, pero no había manera. Cada vez que alzaba la vista, la imaginaba moviéndose por mi cocina, riéndose mientras Eva chapoteaba en la bañera, o sentándose en mi sofá con las piernas cruzadas y una copa de vino en la mano.

Suspiré, rendido. Si seguía por ese camino, no iba a avanzar nada.

Me obligué a volver a los informes, aunque mi cabeza ya tenía su propio plan: pasar aquella noche con ella y con Eva, verlas juntas, y quizá —solo quizá— recordar cómo era sentirse en casa de verdad.

Ya tenía la cena lista en el horno cuando sonó el timbre anunciando la llegada de Zaida. Fui corriendo a abrir la puerta, con ese nerviosismo tonto que no recordaba haber sentido desde hacía mucho tiempo. Al verla en el umbral, con una sonrisa tímida y el cabello aún húmedo por la ducha, tuve que contenerme para no quedarme mirándola más de la cuenta. La saludé con dos besos que rozaron el límite entre la educación y el deseo, y la ayudé a llevar sus cosas hasta la habitación de Eva, donde había preparado una cama al lado de la cuna.

«Estaría mejor en mi cama», pensé y sonreí para mis adentros, aunque enseguida sacudí la cabeza. «*Tiempo al tiempo»*, me dije. Me había propuesto que eso pasara, y si algo tenía claro, era que esta vez no dejaría escapar la oportunidad.

Cuando llegamos a la cocina, Eva nos esperaba sentada en su trona, golpeando con una cuchara el borde de la bandeja. En cuanto vio a Zaida, soltó un chillido de alegría y alzó las manos, reclamando su atención. Ella fue hacia la niña con una sonrisa que iluminó toda la estancia y se la comió a besos, arrancándole carcajadas. «*Qué suerte tenía la pequeñaja»*, pensé, observándolas con el corazón encogido.

Le ofrecí una copa de vino, que aceptó encantada, y nos sentamos a la mesa. La merluza al horno desprendía un aroma delicioso que llenaba la cocina con un calor hogareño que hacía tiempo no sentía.

—Madre mía, esta merluza está buenísima, no sabía yo que tuvieras este talento oculto de ser tan buen cocinero —me dijo relamiéndose.

—Tengo muchos talentos, algunos tú ya los has conocido —respondí antes de poder evitarlo.

Apenas terminé la frase, ella desvió la mirada, se sonrojó y se concentró en trocear la zanahoria para dársela a la niña. Yo fingí estar muy ocupado con el

vino, pero en realidad estaba intentando controlar la sonrisa idiota que se me había escapado.

Cuando terminamos de cenar, Eva estaba que se caía de sueño. Zaida la acunó con delicadeza y, en menos de cinco minutos, la niña se rindió al cansancio. La llevamos a la cuna.

Después, la invité a sentarse conmigo en el sofá para tomar una copa más de vino y charlar un rato. Me dijo que sí, pero que antes se pondría el pijama. Mientras ella se cambiaba, yo serví el vino y bajé la intensidad de la luz. No sé por qué, pero necesitaba que el ambiente fuera… tranquilo.

Cuando entró en el salón, se me escapó el aire. Ese pijama, de tela suave y clara, dejaba entrever la curva de su cuerpo con una sutileza que me resultó devastadora. Toda la sangre se me concentró en una sola parte de mi cuerpo, y menos mal que el pantalón era ancho, porque no había manera de disimularlo.

Se sentó a mi lado, con la copa entre las manos, y me miró fijamente.

—Bueno, y cuéntame… ¿no has dejado a nadie importante en Barcelona? —preguntó, directa, sin rodeos.

Desde luego, era más valiente que yo. Esa pregunta llevaba tres años en el aire, esperando el momento adecuado para salir.

—No, a nadie —contesté con sinceridad—. No te voy a decir que haya sido un monje, porque mentiría. Pero nada digno de mención. Rollos de una noche, mujeres que duraban lo que un caramelo en la puerta de un colegio. ¿Y tú? ¿Tienes a alguien en tu vida? —pregunté, con la voz más temblorosa de lo que me habría gustado.

—Lo mismo que tú —respondió—. Nada reseñable. No he tenido suerte, supongo. Tendré que esperar a que aparezca el hombre de mi vida.

Y si no pegué un salto de alegría, fue solo por no quedar como un imbécil.

—Lo mismo está más cerca de lo que crees —susurré, sin atreverme a mirarla.

—Puede ser —dijo bajito—. Lo mismo ya lo tuve cerca y lo dejé marchar por cobarde.

Sus palabras nos golpearon a los dos como una confesión velada.

—O puede que el cobarde fuera él por dejarte marchar —repliqué, y en su mirada vi un destello de tristeza que me encogió el alma.

—No lo sé —dijo, suspirando—. Puede que lo que hicimos mal en el pasado podamos hacerlo mejor en el presente.

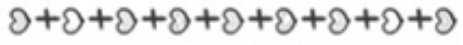
—Estoy seguro de que las cosas serán diferentes —le aseguré, casi en un hilo de voz.

—Eso espero… Y ahora, si no te importa, creo que me voy a ir a la cama. Estoy cansada, y la charla se está poniendo demasiado intensa. —Se levantó con una media sonrisa.

—Sí, yo también estoy cansado. Mañana tengo que madrugar para ir al aeropuerto —dije, acompañándola hasta el pasillo.

Nos deseamos las buenas noches con un beso en la mejilla que duró un poco más de lo prudente. Cuando me tumbé en la cama, supe que me esperaba una noche larga. No solo porque ella dormía al otro lado de la pared, sino porque sus palabras seguían dándome vueltas en la cabeza, reabriendo cada herida y cada deseo que creía dormido.

Capítulo 19



Zaida

Cuando abrí los ojos estaba totalmente desorientada. El lugar me resultaba extraño y la cama, desde luego, tampoco era la mía. Intenté centrar la mirada en la oscuridad que me rodeaba, que no era total, porque un pequeño halo de luz entraba por la ventana que tenía a mi izquierda, dibujando sombras suaves sobre las paredes. Entonces la vi: en la cuna que estaba cerca de mí, estaba Eva, dormida plácidamente, con una sonrisa de felicidad en su carita, tan serena que parecía un pequeño ángel. Aquella visión me desarmó por completo y, sin poder evitarlo, sonreí también.

Me levanté con todo el cuidado del mundo para no despertarla y me dirigí al baño para darme una ducha. Cuando terminé, me puse una camiseta larga que me llegaba a medio muslo y salí despacio, todavía con el pelo húmedo. En la casa reinaba un silencio tranquilo, de esos que dan paz, solo roto por algún ruido lejano que venía de la cocina.

Al entrar, allí estaba él, de espaldas a mí, sentado en la isla de la cocina, tomándose un café mientras leía algo en su móvil. Llevaba unos vaqueros azul claro y una camisa azul celeste que le quedaban tan bien que podían hacer sombra a cualquier modelo de revista. Se movía con calma, concentrado, ajeno a que lo observaban. Sin que me viera, me quedé un rato apoyada en el marco de la puerta, recreándome la vista y pensando que empezar el día así debería considerarse un privilegio. Me abaniqué con la mano la cara, de los calores que me estaban entrando solo con verle.

—¿Si quieres hacerme un escaneo completo, me levanto y me doy un par de paseos? —me dijo con una sonrisa ladeada.

Yo me ruboricé de la cabeza a los pies porque me había pillado, y lo sabía perfectamente.

—Bu… buenos días. —Tartamudeé intentando recomponerme y sin ser capaz de decir nada más.

—¿Quieres un ca…? —No pudo terminar la frase cuando se giró y me vio.

Si mi escaneo había sido descarado, el suyo no se quedó atrás. Me recorrió de arriba abajo, despacio, muy despacio, como si quisiera grabar en sus retinas cada detalle de mi cuerpo. Yo, paralizada, solo era capaz de seguirle con la mirada, notando cómo esos ojos oscuros parecían desnudarme sin tocarme. Un calor abrasador se instaló dentro de mí y sentí cómo el aire se volvía más denso entre los dos.

Después de unos segundos —que a mí me parecieron horas—, carraspeó, apartó la mirada y se removió inquieto en la silla.

Y yo sonreí para mis adentros, sabiendo que, al menos por un instante, yo también le había descolocado tanto como él a mí.

Cogí una taza del armario de la cocina, la llené hasta arriba de café y me senté frente a él, decidida a romper ese silencio cargado de electricidad.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —le pregunté, intentando sonar natural mientras le daba el primer sorbo al café.

¾En dos horas, pero voy bien de tiempo, no voy a facturar equipaje, solo llevaré una bolsa de mano, así me ahorro la larga cola y voy directo a la puerta de embarque.

Nos quedamos un momento en silencio, disfrutando de nuestros cafés.

—¿Qué tal has dormido? Espero que Eva no se haya despertado muchas veces y no te haya dejado dormir, aunque normalmente duerme del tirón —me preguntó, y noté la preocupación sincera en su voz.

—No se ha despertado en toda la noche, es un ángel. Y, respondiendo a tu pregunta, he dormido bien. He echado un poco de menos mi cama, pero, aun así, he descansado.

—Me alegro por ambas cosas —dijo levantándose y metiendo la taza en el lavavajillas—. Voy a coger mi cazadora y la bolsa para marcharme. Prefiero no ir con el tiempo justo, por si pillara mucho tráfico de camino —añadió, saliendo de la cocina hacia su habitación.

Terminé mi café y salí al pasillo para despedirlo antes de que se marchara.

—Bueno, pues me voy ya. Mañana estaré aquí sobre las ocho de la tarde, más o menos. Llegaré justo a tiempo para el baño de Eva. Cualquier cosa que surja, por favor, llámame, ¿sí?

—Vete tranquilo, no va a pasar nada. Hoy vamos a pasar un día de chicas estupendo. La voy a llevar de compras. —Al oírme decir eso, puso los ojos en blanco y soltó un pequeño bufido.

—Dios mío… pronto empiezas a malcriármela. No te vayas a volver loca y le compres mil cosas, que tiene de todo.

—Um… déjame pensarlo un momento. Lo único que te puedo decir es que no haré promesas que sé, que no voy a cumplir —contesté con una sonrisa traviesa, y él soltó una carcajada.

—Tienes un peligro… en muchos sentidos, añadiré —dijo mirándome con una intensidad que me dejó sin aliento.

Se acercó lentamente, como un felino acechando a su presa. Me tomó de la nuca y me atrajo hacia él, tan cerca que sentí su respiración rozar mis labios antes del beso. Al principio fue suave, lento, una caricia que me hizo olvidar dónde estaba. Mordisqueó mi labio con esa mezcla de ternura y deseo que me desarmaba por completo. Tardé apenas dos segundos en reaccionar, pero cuando lo hice le respondí con la misma pasión contenida que llevaba demasiado tiempo callando.

Su otra mano se deslizó bajo mi camiseta, acariciando mi espalda hasta posarse en mi cadera, empujándome contra él. La erección que noté a través de sus pantalones encendió aún más mi piel. No sé cuánto duró aquel beso, solo sé que cuando nos separamos, los dos respirábamos agitados, mirándonos como si el mundo se hubiera detenido. En sus ojos vi algo más que deseo: una promesa, una certeza silenciosa de que aquello era solo el principio.

Cuando logró serenarse, se puso la cazadora, cogió la bolsa que había quedado en el suelo tras nuestro arrebato y, con un suave beso en los labios, se giró para irse. Pero antes de desaparecer por las escaleras, se volvió, me miró y dijo solo una palabra:

—Mañana.

Una única palabra… y mis piernas temblaron aún más. «Mañana» no era solo una promesa; era una declaración, un punto de partida.

Un pequeño lloriqueo me sacó de la ensoñación. Corrí hacia la habitación de Eva, y allí estaba, de pie en la cuna, con los ojitos aún húmedos y las mejillas sonrosadas. Al verme, su llanto se detuvo de golpe y una sonrisa enorme iluminó su carita.

—Tata Za —dijo mientras estiraba los brazos hacia mí.

Y yo me derretí, literalmente, al oírla llamarme así.

—¿Qué le pasa a la niña más bonita del mundo? ¿Tienes hambre? —le pregunté entre risas, llenándola de pedorretas en el cuello hasta hacerla reír a carcajadas.

—¿Papá? —preguntó mirando detrás de mí, como si esperara verlo aparecer por la puerta.

—Papá hoy estará trabajando, pero estaremos las dos solas. Vamos a pasar un día estupendo y a comprar muchas cosas bonitas. Pero primero, un buen desayuno para tener energía, ¿vale?

La llevé a la cocina, le preparé una papilla de cereales y se la comió en un visto y no visto. Cuando terminó, la vestí con ropa cómoda y calentita; mientras yo me arreglaba, la dejé en el suelo para que gateara a sus anchas. Ya se ponía de pie con facilidad, así que cualquier día daría su primer paso.

Una vez listas, la monté en su carrito para salir a la calle y dirigirnos a unos grandes almacenes que no quedaban muy lejos. Antes de bajar, le mandé un mensaje a Sofía contándole nuestros planes, por si ella y Rubén querían unirse a nosotras para comer. Mientras esperaba su respuesta, abroché bien la chaqueta de Eva y le coloqué el gorrito, que enseguida intentó quitarse entre risas. Me contestó enseguida: estarían encantados de pasar parte del día con nosotras y se unirían a la hora de comer.

Recorrimos un montón de tiendas de ropa y juguetes. Eva iba maravillada, mirando y señalando todo con esos ojitos inquietos que no se perdían detalle. Le compré un montón de ropa y algunos juguetes, pero el que más le gustó fue un conejito de orejas largas que, en cuanto lo tuvo en las manos, ya no lo soltó en todo el camino, dándole abrazos y besos todo el rato.

Cuando viera Pablo la cantidad de cosas que había comprado, seguro que me soltaría un sermón, pero me daba igual. Estaba disfrutando como una enana, consintiendo a mi niña.

Mi niña, sí, porque aunque no era mía, ya la sentía como tal. Era increíble la rapidez con la que se había ganado mi corazón. Solo esperaba que las cosas entre Pablo y yo fueran bien, porque no soportaría separarme de ella con todo lo que la quería.

A media mañana paramos en una cafetería donde el olor a café recién hecho y bollería acabaron por atraparnos. Yo me pedí un *muffin* de chocolate con un capuchino bien espumoso, y a Eva le di un zumo con unas galletas para que almorzara. Aunque la muy pillina, sentada en mi regazo, pellizco a pellizco, terminó comiéndose más *muffin* que yo, con toda la cara pringada de chocolate y una sonrisa que iluminaba el local.

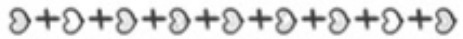
Saqué el móvil y no pude resistirme a hacerle una foto. Se la mandé a Pablo con el texto: «*Día de chicas con sabor a chocolate.»*

Me contestó enseguida con varios emojis: el de tapándose la cara, seguido del de la risa y, al final, uno de un beso. No pude evitar sonreír al verlo; era tan fácil imaginar su expresión al recibirla, entre divertido y rendido.

Una vez terminamos el almuerzo —y después de pasar por el baño para limpiar los restos de nuestra aventura chocolatera— seguimos recorriendo tiendas. En una, me di un par de caprichos; en otra, encontré una camisa para Pablo que me hizo detenerme en seco. En cuanto la vi en el escaparate, supe que le quedaría perfecta. Era sencilla, pero con ese aire elegante que parecía hecho para él. Sonreí al imaginarlo con ella, con las mangas remangadas y esa forma suya de caminar tan segura.

Después de una mañana de lo más ajetreada, nos dirigimos al lugar donde habíamos quedado con mis amigos. Habíamos decidido darnos un pequeño homenaje: hamburguesas con patatas. No era lo habitual en nuestra dieta, pero de vez en cuando no estaba mal romper las reglas… y aquel día, sin duda, lo merecía.

Capítulo 20



Zaida

Cuando mis amigos nos vieron aparecer tan cargadas de bolsas, se echaron las manos a la cabeza y estallaron en carcajadas.

—¡Pero bueno, Zaida! —dijo Sofía entre risas—. ¿Has dejado algo en las tiendas o te las has traído enteras?

Me dieron dos besos y, acto seguido, se agacharon para saludar a Eva, que les devolvió el saludo con un abrazo y un beso lleno de babas y ternura. Por la cara que pusieron ambos, supe al instante que la niña los había conquistado, igual que me pasó a mí la primera vez que la vi.

Nos sentamos en una mesa un poco apartada, para poder hablar con tranquilidad. Coloqué a Eva en una de las tronas que el local tenía para los más pequeños, y enseguida empezó a mirar a su alrededor con curiosidad, encantada con el bullicio y las luces del sitio.

Pedimos refrescos para todos y dos raciones de patatas para compartir. Yo me decanté por una hamburguesa completa con beicon; Sofía pidió la misma que yo, y Rubén una especial con huevo frito que, según él, «era la joya de la casa».

Le pedí a una camarera, muy amable, si podía calentarme el puré que llevaba preparado en un táper para Eva. Me sonrió y me dijo que no me preocupara, que me lo traerían caliente junto con el resto de los platos.

Eva se comió el puré sin dejar ni una cucharada, y después no paró de picotear de nuestras patatas, tan contenta como si aquello fuera un festín. Era una niña que comía de maravilla, sin manías, con ese apetito sano que daba gusto ver. Nosotros, mientras tanto, disfrutábamos de las hamburguesas —que estaban realmente buenísimas— y de la conversación, que giraba en torno a ella.

—Bueno, ya hemos comprobado que con la pequeña te llevas de maravilla —dijo Sofía con ese tonito de burla tan suyo—, pero… ¿qué pasa con el padre? ¿Se te cae la baba de la misma manera?

—Se me cae igual o más —respondí, y sentí cómo las mejillas se me encendían de golpe—. A vosotros no puedo mentiros.

Rubén soltó una pequeña risa antes de decir:

—Llevas enamorada de ese hombre desde el día que lo conociste, Zaida. Lo raro sería que no fuera así.

—Lo sé, el problema es que no sé si él siente lo mismo, se que me desea, pero el deseo y el amor son dos cosas muy distintas, no quiero volver a pasar por lo mismo de hace tres años y llorar hasta el cansancio pensando porque no salía de mi cabeza ni un solo segundo.

Sofía apoyó un codo sobre la mesa y me miró con esa mezcla de ternura y determinación que solo ella tenía.

—Eso tiene fácil solución, amiga. Cuando vuelva, siéntate con él y háblalo. Pon las cartas sobre la mesa. Dile lo que sientes, lo que siempre has sentido, sin miedo. Si Pablo no siente lo mismo y solo quiere pasar un buen rato, al menos lo sabrás, y podrás decidir si te compensa o no. Pero vivir con la duda… eso sí que no.

—Es justo lo que pensaba hacer —admití finalmente—. Ya no puedo seguir callándomelo. Todo esto me está consumiendo por dentro, y necesito saber si hay algo real entre nosotros… o si solo soy yo.

Les conté lo que había pasado aquella misma mañana, justo antes de que Pablo se marchara. Cómo me había besado en la puerta, con una pasión que me dejó temblando, de esas que te borran el mundo entero por unos segundos. Nadie me había besado así desde aquella noche que pasamos juntos. Y luego… esa palabra. *«Mañana.»* Solo una palabra, pero cargada de tantas cosas que me había estado rondando la cabeza todo el día, haciéndome sentir nerviosa, ilusionada y asustada a partes iguales.

Sofía y Rubén estaban convencidos de que Pablo sentía lo mismo que yo, que lo suyo se veía a la legua. Pero yo no lo tenía tan claro. Después de todo lo que viví con su hermano, era imposible no tener miedo. Me había vuelto desconfiada, siempre esperando el golpe, con las defensas altas para que nadie volviera a hacerme daño. Sabía que no era justo comparar a Pablo con Adrián —eran polos opuestos—, pero las heridas que deja la decepción no se curan tan fácilmente.

Después de comer y hablar durante casi dos horas, dimos una vuelta por el centro comercial. Eva se quedó dormida en su sillita, agotada de tanto paseo, mientras nosotros caminábamos sin prisa, disfrutando de la tarde. Como aún era pronto, nos sentamos en una cafetería a tomar helado; con lo que nos gustaba a los tres, era imposible no caer en la tentación. Cada uno pidió su sabor favorito.

Cuando nos despedimos, ya empezaba a refrescar. Octubre había llegado con su aire fresco, y en cuanto entramos en casa, el calorcito del piso nos supo a gloria.

Llené la bañera con agua caliente y mucha espuma, como a Eva le gustaba, y como estábamos solas, me metí con ella. Decir que nos lo pasamos bien sería quedarse corta: jugamos con todos los muñequitos, nos hicimos coronas de espuma y nos reímos hasta dolernos la barriga.

Cuando el agua empezó a enfriarse, salimos, nos secamos y nos pusimos los pijamas nuevos que había comprado: iguales, de princesas, con las mismas coronitas doradas estampadas.

Tumbadas en la alfombra del salón, jugamos a construir torres con los bloques de colores para luego tirarlas de un golpe, como a ella le encantaba.

En uno de esos momentos de pura felicidad, saqué el móvil y nos hice un par de fotos. Salíamos con el pelo despeinado, las mejillas coloradas y la alfombra llena de piezas, pero estábamos radiantes. Se las mandaría a Pablo más tarde, para que viera lo bien que lo estábamos pasando.

Mi teléfono sonó justo cuando estábamos cenando en la cocina. Era Pablo. Me estaba haciendo una videollamada, algo que, en el fondo, ya esperaba. Sabía que no podría irse a dormir sin ver a su pequeña.

—Hola, ¿qué hacen mis chicas? —dijo nada más descolgar.

Ese «*mis chicas*» me descolocó por completo. No supe si lo había dicho sin pensar… o si lo había pensado demasiado.

Apoyé el teléfono en la encimera y me coloqué al lado de Eva para que pudiera vernos a las dos. En cuanto lo reconoció, la niña soltó un gritito de alegría que nos hizo reír a ambos.

—¿Papá? ¡*Muaa*! —Le lanzó un beso con la mano, tan efusiva que casi tiró el puré.

—Sí, cariño, soy papá —respondió él con una sonrisa que le iluminó la cara—. Ya veo que te estás cenando todo, así me gusta, que te portes bien. Y te mando muchos *muasss* —añadió, imitando el gesto de ella.

Eva no tardó en señalarme y decir entre risitas:

—Tata Za.

Yo me eché a reír, pero Pablo arqueó una ceja, divertido y un poco sorprendido.

—¿Y eso? ¿De dónde ha salido? ¿Por qué te llama así?

—No lo sé —contesté encogiéndome de hombros—, pero me encanta.

—Pues nada, a partir de ahora serás *tata Za* para todos —dijo riéndose, el muy capullo.

—Muy gracioso estás tú, ¿eh? —le reproché con una sonrisa—. Anda, déjate de tonterías. ¿Qué tal ha ido todo?

Su expresión cambió al instante. La sonrisa se borró y noté una sombra en su mirada. Lo supe sin necesidad de que dijera una sola palabra.

—Todo bien —respondió tras un breve silencio—. Solo me quedan un par de cosas que resolver mañana por la mañana y ya quedará todo zanjado.

No me convenció ni por un segundo. Lo conocía demasiado bien.

—¿Qué ocurre, Pablo? —pregunté, frunciendo el ceño—. Sé que hay algo que no me estás contando, te lo veo en la cara.

Él soltó una pequeña risa, intentando quitarle peso al asunto.

—No sé si me gusta que me conozcas tanto, eso de que puedas leerme solo con mirarme…

—No cambies de tema y contesta —insistí—, que me estoy poniendo nerviosa.

—No es nada importante —suspiró—. Al salir del hospital fui a comer a casa de mis padres… y allí estaba Adrián. Tuvimos un encontronazo, nada más.

—¿Nada más, dices? —bufé, llevándome la mano a la cabeza—. Conociéndolo, seguro que nada bueno te dijo.

—Y no lo ha sido —respondió finalmente, bajando un poco la voz—. Pero no tengo ganas de hablar de ello ahora… ya te lo contaré en otro momento, ¿vale? Quédate tranquila.

Sabía que no lo haría, que no podría quedarme tranquila sabiendo que había tenido un enfrentamiento con Adrián, pero respeté su decisión y cambié de tema.

—Está bien. Cuando quieras hablar, sabes que puedes contar conmigo —le dije con suavidad.

—Gracias… —respondió, esbozando una media sonrisa—. Ahora cuéntame, ¿qué tal habéis pasado el día vosotras?

Le conté todo: las compras, la comida con mis amigos, el baño de espuma y lo bien que nos lo habíamos pasado tirando torres de bloques por toda la alfombra. Mientras hablaba, podía verlo sonreír cada vez más, con ese brillo en los ojos que solo le salía cuando hablaba de su hija.

—Vamos, que no me habéis echado ni un poquito de menos —dijo fingiendo estar dolido, con un puchero que era digno de una foto.

Me hizo tanta gracia su expresión que empecé a reírme a carcajadas, y Eva, al verme, se unió enseguida, contagiada por mis risas.

—Míralas, ellas dos, que bien se lo pasan a mi costa —dijo entre risas—. Veréis mañana cuando llegue… la paliza de cosquillas que os voy a dar a las dos.

—Perdona, es que me ha hecho mucha gracia tu puchero —le contesté aún riendo—, pero no nos reímos de ti, ¿verdad, Eva?

La niña respondió con un «¡nooo!», que nos sacó otra carcajada.

—Por cierto —añadió Pablo con una sonrisa—, estáis preciosas con esos pijamas a juego.

—Pues te hemos comprado uno igual para ti. Mañana te lo pones y vamos los tres a conjunto —le dije muy seria, intentando no reírme.

Me miró con una cara de horror tan divertida que no pude contenerme.

—¿No hablas en serio? Dime que no, por favor.

—Claro que no —respondí entre risas—, pero ha merecido la pena decírtelo solo por ver tu cara.

—Puf… menos mal —dijo soltando un suspiro exagerado.

—Pablo, te voy a colgar, que Eva se está quedando dormida sentada en la trona —le avisé, viendo cómo la niña cabeceaba.

Él asintió, sonriendo con ternura al verla.

—Yo también voy a acostarme ya, que estoy reventado —dijo justo antes de soltar un bostezo.

—Sí, se te nota en la cara —bromeé—. Buenas noches, y que tengas un buen vuelo mañana.

—Zaida… —Su tono cambió, más bajo, más serio—. Tengo muchas ganas de que llegue mañana para veros. Os he echado de menos hoy. Además, tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Lo sé —le respondí con una sonrisa suave—. Que descanses. Y oye… nosotras también te hemos echado de menos. Hasta mañana.

—Hasta mañana, mis niñas —dijo él, guiñándome un ojo antes de colgar.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos más, sonriendo como una tonta. Aquel «mis niñas» seguía resonando en mi cabeza mientras cogía a Eva en brazos y la llevaba hasta la cuna. La arropé con cuidado, le di un beso en la frente y me tumbé en la cama de al lado. No tardé nada en quedarme dormida; las emociones del día nos habían dejado agotadas.

Al día siguiente tenía pensado salir con Eva al parque y disfrutar del aire libre, pero en cuanto abrí las cortinas, vi que llovía a mares. Caía tanta agua que parecía que el cielo se estuviera desahogando después de años sin hacerlo.

—Bueno, princesa, parece que hoy toca plan de chicas en casa —le dije, y ella respondió con un aplauso entusiasmado, como si entendiera perfectamente la idea.

El día transcurrió tranquilo, con el sonido de la lluvia golpeando los cristales como banda sonora. Jugamos a todo lo que se nos ocurrió: torres de bloques, pelotas, canciones infantiles. La risa de Eva llenaba el salón y el

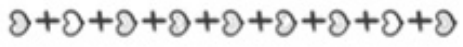
corazón se me encogía de ternura cada vez que me miraba con esos ojos enormes, llenos de vida.

Por la tarde estábamos en la alfombra jugando con unas pelotas, cuando de repente una de ellas rodó un poco más lejos. Eva, decidida, se agarró al borde del sofá, se incorporó tambaleándose y, sin pensárselo dos veces, dio sus primeros pasos para ir a por ella. Me quedé paralizada por la emoción, con el corazón latiendo a mil por hora.

Cogí el móvil a toda prisa para grabar ese momento único, de esos que sabes que no se repiten, para que Pablo pudiera verlo después todas las veces que quisiera.

Así estuvimos el resto de la tarde: yo siguiéndola de cerca por si le flaqueaban las piernas, y ella, valiente y obstinada, dando pasos cada vez más firmes y seguros. Cuando lograba alcanzar su objetivo, levantaba las manitas y aplaudía entusiasmada, y yo la imitaba entre risas y emoción, sintiéndome la persona más orgullosa del mundo.

Capítulo 21



Pablo

El viaje en avión entre Barcelona y Madrid no era largo, pero a mí se me estaba haciendo eterno, como si estuviera cruzando medio mundo. Sabía perfectamente por qué: las ganas de llegar a casa y ver a mis chicas. Sí, mis chicas, lo había dicho bien. Una ya lo era por completo, y la otra… esperaba que lo fuera a partir de esa misma noche. Solo de pensarlo, se me dibujó una sonrisa tonta que no fui capaz de borrar durante todo el vuelo.

En el hospital había ido todo según lo previsto. Revisamos los informes, corregimos los errores pendientes y dejamos todo cerrado para no tener que volver a hacer ese viaje en una temporada. Todos sabían, al igual que yo, que pronto no podría moverme de Madrid: el estado de Eva, aunque estable, empeoraría con el tiempo, y el trasplante tendría que hacerse en cuanto aparecieran los primeros síntomas. Esa idea, por mucho que intentara mantenerme positivo, me oprimía el pecho cada vez que la pensaba.

Lo que no había salido tan bien fue la comida en casa de mis padres. Al principio se sorprendieron de que no llevara a Eva conmigo, pero cuando les expliqué que era un viaje exprés y que volvería al día siguiente, lo entendieron enseguida. Aun así, su expresión cambió por completo cuando mencioné con quién se había quedado.

Conocían a Zaida, claro. Durante los años que ella estuvo con mi hermano, la habían tratado mucho, y le habían cogido un cariño enorme. Les dio pena saber cómo terminó todo y no haber vuelto a verla. Cuando les conté que nos habíamos reencontrado en el hospital y que ahora trabajábamos juntos —yo

como su adjunto, ella como mi residente—, mi madre sonrió de esa forma suya tan suelta, como si ya lo supiera todo antes de que yo lo dijera.

Les hablé de cómo me ayudaba con Eva, de lo bien que se llevaban, de lo atenta y dulce que era con la niña… pero no dije ni una palabra de lo que yo sentía por ella. No hacía falta. En cuanto terminé de hablar, mi madre me miró en silencio, con esa mezcla de ternura y picardía tan suya, y sin abrir la boca me lo dejó clarísimo: *te has guardado lo más importante, pero yo ya lo sé*.

Ya me estaba levantando de la mesa, dispuesto a marcharme a mi casa —la que aún conservaba allí, por si alguna vez volvíamos de visita—, cuando Adrián hizo acto de presencia. Y, para variar, no en su mejor estado.

—¿Hombre, hermanito? ¿Qué te trae por aquí? No me digas que no tienes suficiente con tu hígado y vienes a pedirme a mí un riñón —soltó con esa voz cargada de sarcasmo que siempre había sabido usar para tocarme las narices.

El olor a alcohol me golpeó incluso antes de verle bien la cara. Cerré los puños con fuerza bajo la mesa, intentando mantener la calma. No pensaba caer en su juego, no delante de mis padres, que bastante sufrían ya cada vez que presenciaban una de nuestras discusiones.

—Solo estoy de paso —dije con voz neutra—. He venido a resolver unos asuntos del hospital.

—¿Y la mocosa con quién la has dejado? —replicó con una sonrisa torcida —. No me lo digas, déjame que lo adivine.

El tono y esa mirada suya me pusieron en alerta.

—La mocosa —dije despacio, marcando cada palabra— es mi hija. Y se llama Eva, por si se te ha olvidado.

—¿Cómo podría olvidarlo? —Rio con desdén—. Y solo es tu hija porque yo quiero, no lo olvides.

Mi paciencia pendía de un hilo. El olor a alcohol mezclado con su soberbia me revolvía el estómago.

—El que no debe olvidarlo eres tú, Adrián. Es mía. Ahora y para siempre.

Me levanté, cogí la cazadora y me giré hacia mis padres para despedirme con un beso. Pero, como siempre, mi hermano no supo quedarse callado.

—Recuerda, hermanito —dijo con voz ronca, arrastrando las palabras—, que la mujer con la que has dejado a tu hija una vez fue mía. Y si quisiera, sé qué botones tocar para que, con un chasquido de dedos, volviera a serlo.

¿Cómo narices se habría enterado él de que Eva estaba con Zaida? Porque si lo sabía, seguro que también sabía que trabajábamos juntos. La sangre me hirvió.

En dos pasos estuve frente a él. Lo agarré de la camisa y lo estampé contra la pared con tal fuerza que el marco de una foto tembló.

—Ni se te ocurra volver a decir su nombre —le solté entre dientes, con la voz baja pero llena de furia—. Ni se te ocurra volver a acercarte a ella. Porque te juro, Adrián, que esta vez no habrá nadie que me detenga.

—Tranquilo, fiera. Yo ya la usé bastante; te dejo que disfrutes de mis sobras. Pero si me aburro, no descarto haceros una visita. Lo mismo te llevas una sorpresa al saber que ella no me ha olvidado. Fui su primero en todo, y eso nunca se olvida, hermanito. —Apreté los puños con fuerza, sabiendo que, por desgracia, algunas de las cosas que decía eran verdad, y eso era lo que más me quemaba por dentro.

—Grábatelo bien en la cabeza, porque no te lo voy a volver a repetir: no te acerques ni a mi hija ni a Zaida. Nunca. Y sí, es una amenaza, por si no te ha quedado claro.

Por el rabillo del ojo vi cómo mi madre contenía las lágrimas y mi padre se pasaba las manos por el pelo, visiblemente afectado por todo lo que acababa de escuchar. Sabía perfectamente lo que pensaban, porque era lo mismo que se me pasaba a mí por la cabeza: ¿en qué momento mi hermano se había convertido en alguien tan despreciable, capaz de disfrutar haciendo daño solo por el placer de ver sufrir a los demás?

La voz del comandante, anunciando que en breves momentos tomaríamos tierra, me devolvió al presente y me ayudó a apartar los recuerdos del día anterior. Guardé el móvil, un libro y la media bolsa de gominolas que había comprado en el aeropuerto dentro de la mochila, respirando hondo para centrarme.

Cuando llegué a la puerta de casa, desde fuera ya se oían las risas de las dos. Aquella mezcla de voces, dulce y cálida me provocó una sensación en el pecho que no sabría explicar: paz, felicidad… hogar.

Abrí la puerta despacio, intentando no hacer ruido para sorprenderlas, pero en el segundo paso pisé uno de los ositos de goma de Eva y el pequeño silbido del juguete delató mi presencia. Las dos se giraron al instante. Lo que ocurrió después me desarmó por completo: con pasitos torpes y tambaleantes, Eva caminó hacia mí, bajo la mirada orgullosa de Zaida, que sonreía mientras avanzaba detrás de ella.

Me arrodillé en el suelo, esperando con el corazón encogido a que mi pequeña llegara hasta mí. Cuando lo hizo, la abracé con fuerza, y en ese momento las lágrimas me vencieron sin remedio.

Zaida se acercó despacio y, sin que hiciera falta decir nada, la invité con la mano a unirse a nosotros. Nos abrazamos los tres, formando un pequeño nudo de amor y alivio que me dejó sin aliento. El abrazo se rompió solo cuando Eva empezó a moverse, ansiosa por seguir explorando su mundo recién descubierto.

Me incorporé, y Zaida, con una ternura infinita, me limpió las lágrimas con la yema de los dedos. Su sonrisa me desarmó, y no lo pensé más: me lancé a sus labios. Ella me devolvió el beso con la misma intensidad, con las mismas ganas contenidas.

Al separarnos, la tomé de la mano y la guie hacia el sofá. Me senté y la coloqué sobre mi regazo, manteniendo nuestras miradas unidas. Solo entonces, con el corazón un poco más tranquilo, fui capaz de hablar.

—¿Pero esto cuándo ha pasado? —le pregunté, todavía incrédulo, señalando a Eva, que estaba de pie a nuestro lado.

—Ha sido esta tarde, mientras jugábamos con las pelotas —me explicó Zaida, con la voz cargada de emoción.

—¡Madre mía! ¡Y yo me lo he perdido! —me lamenté.

Zaida sacó el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros, buscó algo durante un par de segundos y me lo tendió con una sonrisa.

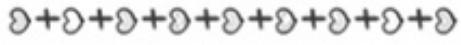
—Solo te has perdido el directo, pero te lo he grabado para que lo veas todas las veces que quieras —dijo, divertida.

—¡Dios mío! Eres maravillosa, de verdad, muchísimas gracias. Si me hubiera pasado a mí, me habría quedado paralizado y lo último en lo que habría pensado sería en coger el móvil para grabarlo —le respondí, antes de rozar sus labios con un beso suave, casi de agradecimiento.

—De nada —contestó con una sonrisa cálida—. Sé que no es lo mismo, pero al menos así lo tendrás de recuerdo ¾me dijo dejándome un me beso en la mejilla.

Se recostó contra mi costado, y nos quedamos así un buen rato, en silencio, embobados los dos mientras veíamos a Eva trotar de un lado a otro con esas piernecitas que parecían de gelatina.

Capítulo 22



Zaida

Mientras Pablo se daba una ducha, me ofrecí a preparar la cena para los tres. A Eva le hice un huevo revuelto con zanahorias cocidas cortadas en trocitos, y para nosotros unos filetes de pollo empanado con pimientos del piquillo y patatas fritas —de las que Eva también daría buena cuenta, porque le encantaban.

Cuando él llegó, recién duchado y oliendo a gloria bendita, nos encontró a las dos sentadas en la isla de la cocina, con los platos llenos y esperándole para empezar. Bueno… Eva ya llevaba un rato picando y se había terminado casi todas las zanahorias. Vaya saque que tenía la niña, daba gusto verla comer.

—Qué buena pinta tiene todo, Zaida. Muchas gracias, la verdad es que tengo un hambre voraz —dijo Pablo con una sonrisa, sentándose a la mesa.

—Pues venga, a comer antes de que se enfríe. Bueno, a tu niña no le da tiempo, porque come como si se lo fueran a quitar —dije riendo.

—Sí, la verdad es que con ella no tengo problema. Come bien, de todo lo que le ofreces… y además duerme fenomenal. He tenido suerte; si me hubiera salido como otros niños, que se pasan la noche de juerga, llegaría todos los días al hospital con cara de oso panda.

—Es verdad. Las dos noches que he dormido con ella, ni un ruido ha hecho. Sí que has tenido suerte, es un amor en todos los sentidos.

—Me alegra que lo hayas pasado bien y que no te haya dado ningún problema.

—Ninguno. Se ha portado de maravilla. En el centro comercial no rezongó en ningún momento, iba fascinada, mirando todo con curiosidad.

—Sí, ya he visto lo bien que lo pasasteis… por la cantidad de cosas nuevas que hay en su habitación. No deberías haberle comprado tantas cosas —me dijo, riñéndome con una sonrisilla.

—Pero si han sido cuatro cosas de nada. Si por mí fuera, me habría traído medio centro comercial. Todo me parecía poco. Tenían ropa tan bonita para ella que no me pude resistir, y los juguetes le han encantado, sobre todo el conejito.

—Sí, ya lo he visto… No lo suelta ni para cenar. Mírala: con una mano come y con la otra agarra el peluche —dijo riendo mientras la observaba hacer malabares para no soltarlo.

—¿Y qué tal todo por Barcelona? Ayer apenas me contaste nada —le pregunté, aún intrigada por lo que había mencionado que había pasado en casa de sus padres.

—Bien, la verdad es que pensé que tardaría más en resolver todos los papeles que me dijeron que se habían quedado pendientes, pero un compañero con el que me llevo muy bien se ofreció a echarme una mano y los terminamos enseguida, revisando todo con lupa para no tener que volver otro día.

Me estuvo contando un rato los problemas que habían estado resolviendo y hablando un poco de los casos médicos que más le habían marcado, pero cuando le pregunté qué tal en casa de sus padres, esquivó el tema con maestría. Se volvió hacia Eva para ayudarla con la cuchara y el huevo, dejándome claro que no tenía intención de contarme qué había pasado en su discusión con Adrián. No quise forzarle a hablar de algo que estaba claro que no le apetecía, así que lo dejé pasar. Cuando quisiera, ya me lo contaría… aunque las ganas de saber siguieron ahí. Conociendo a su hermano, debía de

haber sido algo importante, y seguramente fuera de lugar, para que Pablo se tensara de esa forma. En sus ojos se reflejaban la rabia y el enfado.

Tardamos apenas media hora en terminar la cena. Al ver que Eva no dejaba de bostezar en la trona —normal, después de todo el día jugando—, le dije que fuera él quien la acostara mientras yo recogía la cocina.

Ni diez minutos después regresó, justo cuando yo metía las últimas cosas en el lavavajillas.

—Ha caído rendida en cuanto la he tumbado en la cuna —dijo sonriendo —. Se la veía cansada.

—Tantas emociones y con la barriga llena, la han dejado cao —le respondí riéndome.
—Y tú, qué prisa te has dado… ya tienes todo recogido.

—Sí, ya está todo listo. Voy a vestirme, coger mis cosas y llamar a un taxi. Se ha hecho tarde y aún tengo un buen rato de camino.

Él me miró con una mezcla de sorpresa y algo más que no supe definir del todo. Dio un paso hacia mí.

—O estás tonta… o eres muy ingenua si piensas que voy a dejar que te marches, Zaida —dijo con voz grave mientras se acercaba, acorralándome suavemente contra la isla de la cocina.

—¿Qué…? —Apenas pude pronunciar, antes de que sus labios se fundieran con los míos.

El beso fue tan inesperado como inevitable, cargado de todo lo que ambos habíamos intentado callar.

Mientras me besaba con esas ganas y ese ímpetu que me estaban volviendo loca, agarró mis piernas y se sentó en la isla. Se separó de mi boca unos instantes para quitarme la parte de arriba del pijama, la tiró a un lado, sin mirar siquiera dónde caía, y volvió a besarme mientras con sus manos torturaba mis pechos, pellizcando y tirando de mis pezones, que no podían

estar más duros por la excitación que sentía. Dejó de besarme para ir bajando poco a poco, repartiendo besos desde mi cuello hasta llegar a mis pechos, los que chupó, mordió y besuqueó a placer todo lo que quiso.

Con un movimiento de cabeza, sin decirme nada, me pidió que levantara un poco el culo para poder bajarme los pantalones. Al tirar de ellos, arrastró también las braguitas que llevaba, dejándome completamente desnuda. Se retiró unos instantes para mirarme y me dijo con la voz cargada de deseo:

—La cena estaba buenísima, pero el postre que me voy a comer va a ser una auténtica delicia.

Me empujó levemente para que me recostara un poco y metió su cabeza entre mis piernas, para, a continuación, empezar un reguero de besos y lametazos que hicieron que mis gemidos se oyeran en toda la cocina. Cuando introdujo primero un dedo y después otro, mientras succionaba mi clítoris sin descanso, ni cinco segundos tardé en dejarme ir en un orgasmo que me hizo tocar el cielo. Cuando se retiró, me miró con picardía mientras se chupaba los dedos llenos de mis fluidos, y eso me pareció lo más sexi y erótico que había visto en mi vida.

Me incorporé para agarrarlo y me tiré a su boca para devorarlo como él había hecho conmigo minutos antes, mientras mis manos, que tenían ganas de tocar su piel, tiraron de su camiseta hacia arriba y, con su ayuda, desapareció en el suelo con el resto de mi ropa. Después bajé su pantalón de deporte, que quedó allí tirado también. Agarré su pene y empecé a acariciarlo despacio, de arriba abajo, recreándome en su glande. Fui subiendo el ritmo un poco más, acompasándolo con los gemidos que dejaba en mi boca.

—Para, Zaida, o acabaré en tu mano en dos segundos, como un adolescente, y quiero hacerlo dentro de ti, al menos esta vez. —Yo solo asentí y le solté.

—Mierda, no tengo condones. Espera, ahora mismo vuelvo —dijo, pero le agarré de la mano para que no se marchara.

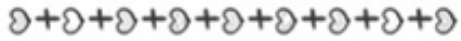
—Tomo la píldora. Si estás limpio, yo también lo estoy. —No contestó ni yo dije nada más, porque se lanzó de nuevo a mis labios.

Mientras me besaba, acercó su pene y, después de jugar un rato en mi entrada, se introdujo en mí de un solo empellón, y los dos gemimos a la vez, compartiendo el mismo placer al estar piel con piel. A partir de ahí, todo se descontroló. Lo que empezaron siendo embestidas suaves y profundas acabaron en rápidas y fuertes, haciendo que en la cocina solo se oyeran gemidos y los choques de nuestros cuerpos. Cuando llegó el momento en que mi vagina empezó a apretarlo, anunciando mi próximo orgasmo, metió la mano entre los dos y pellizcó mi botón, lo que hizo que me dejara ir, arrastrándole a él conmigo en un orgasmo que nos dejó a ambos jadeantes y agotados.

Después de unos minutos en los que seguíamos allí, unidos, recuperando la respiración, me cogió en brazos para llevarme a la ducha de su habitación.

Con el agua cayendo por nuestros cuerpos, mientras nos enjabonábamos el uno al otro, llegó el segundo asalto de la noche. Que no sería el último, porque, una vez secos, nos tumbamos en la cama y, en unos minutos, llegó el tercero, que nos dejó agotados. Eso hizo que, minutos después, cayéramos en brazos de Morfeo, abrazados el uno al otro.

Capítulo 23



Zaida

Unas suaves caricias en mi estómago, seguidas de besos lentos en el hombro, me hicieron abrir los ojos poco a poco. Aún medio dormida, y como estaba de espaldas a Pablo, pude notar cómo su pene, duro y preparado para la acción, me rozaba en los cachetes del culo.

—Buenos días a los dos —dije con voz somnolienta.

—¿A qué dos? —me preguntó extrañado.

—A ti y a tu amigo, que me está saludando por la retaguardia —la carcajada que soltó llenó la habitación.

—Mi amigo y yo te deseamos de la misma manera y queríamos desearte un buen despertar —dijo, volviéndome la cara para besarme.

—Pues estoy encantada de que me saluden así por la mañana. No creo que pueda haber mejor despertar que este.

En nada de tiempo me tenía tumbada en la cama, y cuando me estaba lamiendo los pezones con devoción, la voz de Eva le hizo pararse en seco.

—¡Papáaaa! ¡Tata Zaaa! —gritó desde su habitación.

—Creo que el saludo mañanero lo tendremos que dejar para otro momento —le dije riéndome.

—¡Mierda! Tenía que haber puesto la alarma y despertarme un rato antes. Ahora voy a estar con un dolor de huevos impresionante el resto del día —dijo lamentándose con cara de tragedia.

—Anda, tira para la ducha y que sea con agua bien fría, así tu amigo vuelve a su estado de reposo o no vas a poder ponerte ni los pantalones —le respondí guiñándole un ojo.

—Qué remedio, no me queda otra. Pero esto me lo apunto para que no me vuelva a pasar —dijo levantándose con desgana.

—Yo voy a levantar y vestir a Eva mientras te duchas, ¿vale?

—Está bien, no tardo. Luego, mientras yo preparo el desayuno, te duchas tú. —Me dio un leve beso en los labios antes de marcharse desnudo hacia el baño. No pude evitar quedarme embobada mirándole, siguiéndolo con la mirada hasta que desapareció tras la puerta, y un suspiro se me escapó sin querer.

Ya tenía a Eva lista y sentada en la trona cuando Pablo entró de nuevo en la cocina. Llevaba el pelo húmedo, con ese aire despreocupado que le quedaba tan bien. Se acercó a la niña, le besó la cabecita y le revolvió el pelo con ternura. Esos gestos tan naturales, tan suyos, me derretían. Verlos juntos era de esas cosas que te calientan el alma sin remedio.

Cuando se acercó a mí, me dijo que me fuera a duchar, que él seguía con todo. Al darme la vuelta para marcharme, me agarró del brazo y me giró para darme un señor besazo, diciendo sobre mi boca, con voz ronca:
—Buenos días, pequeña.

No tardé apenas nada en ducharme y vestirme con la única ropa limpia que me quedaba: unos pantalones pitillo blancos y un jersey de cuello barco azul marino, que acompañé con unos botines del mismo color que me encantaban, además de ser comodísimos.

Cuando llegué a la cocina, la mesa ya estaba lista, llena de todo lo que había preparado para el desayuno: café, zumo de naranja, tostadas y, en un platito, un poco de pavo con varias frutas cortadas.

Desayunamos entre risas y bromas, disfrutando del momento los tres. Eva seguía con su conejito en la mano, empeñada en darle un trozo de tostada para que comiera. Madre mía… no quería ni pensar cómo se las apañaría Pablo para quitárselo y poder lavarlo. Seguro tendría que hacerlo de noche, cuando estuviera dormida, porque si no, ya veía yo venir el drama que se iba a montar.

Salimos los tres en su coche camino al hospital, para dejar a Eva en la guardería antes de ir nosotros al ala de urgencias.

Vaya mañana… y nos la queríamos perder. Ni tiempo para ir al baño había tenido. Menos mal que, a la hora de la comida, la cosa pareció calmarse un poco y pude escaparme a la cafetería del hospital, la que estaba reservada solo para el personal sanitario. Me senté a comer algo, aunque no tenía demasiada hambre, así que pedí un pincho de tortilla y una botella de agua.

No había terminado de sentarme cuando apareció Sofía, que al verme me hizo un gesto con la cabeza para avisarme de que iba a pedir algo y enseguida vendría a sentarse conmigo.

—Vaya mañana de locura, chica. Creo que se han puesto de parto todas las parturientas de la ciudad. Ha llegado un momento en que ya no sabía ni con cuál de ellas hablaba. No sé si anoche hubo luna llena o han echado algo en el agua que acelera las contracciones, te lo juro —dijo desplomándose en la silla.

—Pues en urgencias la cosa ha estado parecida, ni sé cuántos niños he atendido hoy.

—Espero que la tarde esté más tranquila, porque si no, van a tener que llevarme a casa en grúa.

—Pues que vayan pidiendo una doble para que nos lleve a las dos, porque estoy igual que tú —le dije, y acabamos las dos riéndonos a carcajadas.

—Bueno, y después de las quejas iniciales sobre el exceso de trabajo, vamos a lo importante: ¿qué tal ayer la vuelta de Pablo?

—Ehhh… bien. Muy bien, en realidad.

—Anda, y se queda tan pancha la tía, soltando ese *muy bien* y ya está. Ya estás largando por esa boquita, que por tus ojeras veo que ha sido una noche larga, y no creo que sea porque hayáis estado jugando a las cartas.

—A ti, a cotilla, no te gana nadie, hija. Lo que se han perdido los platós de televisión de los programas de salseo por no tenerte en nómina.

—Déjate de gaitas y empieza a hablar, que me tienes en un sinvivir.

—Tampoco hay mucho que contar. Llegó a última hora de la tarde, cenamos los tres y me quedé allí a dormir.

—¿Tú me estás vacilando o qué? Después de haberte dado unos buenos meneos —porque se te nota en la piel brillante que los hubo, y bien dados— me lo resumes con esa frase de mierda —dijo fingiendo indignación, lo que me hizo poner los ojos en blanco.

—Está bien… te haré un resumen rápido y un poco más concreto, sin entrar en detalles íntimos, ¿vale? Después de cenar y acostar a la niña, hubo tema. Que resumido es: cocina, ducha y cama. ¿Te vale así?

—No jodas… ¿En serio? ¡Coño con el pediatra! Sí que te cogió con ganas, en tres escenarios distintos. Claro que, para quitarte las telarañas que tenías ahí, no le quedaba más remedio que *tripitir* y usar una excavadora —dijo la muy pelleja, y las dos estallamos en carcajadas.

—¡¡¡Serás cabrona!!! Si lo llego a saber, no te cuento nada, que ya veo que vas a empezar con tus bromas para cachondearte de mí.

—Hija, me ha salido del alma —dijo entre risas—. Ya sabes que muchas veces no filtro lo que digo, pero todo es desde el cariño, ya lo sabes.

—Lo sé. Sé que me quieres, igual que yo a ti… y que yo y mis telarañas te preocupamos al mismo nivel —respondí riéndome, arrastrándola conmigo.

—Ahora hablando en serio, ¿tuvisteis la conversación? Aunque visto lo visto, no creo que os diera tiempo.

—No, no hablamos de nada. Y me da miedo hacerlo, Sofí. No quiero hacerme falsas esperanzas, pero ayer me sentí tan bien… Era como si desde el momento en que entró por la puerta todo fuera lo más normal del mundo, como si lleváramos así mucho tiempo. Parecíamos una familia. Por lo menos yo así lo sentí. Y como hablemos y me diga que solo quiere ratos de diversión, me voy a llevar un chasco de aúpa.

—Pues disfruta lo que puedas de momento, pero sabes que mucho más no puedes dejarlo pasar. Cuanto más tiempo pase, más enamorada estarás de los dos, y si las cosas no salen como esperas… la hostia que te vas a pegar será mayor.

—Lo sé —suspiré—. Buscaré el momento adecuado y le pediré que hablemos.

No había terminado de decir la frase cuando el busca de Sofía pitó. Lo sacó del bolsillo de la bata y, al mirarlo, puso una cara de horror que me hizo reír.

—¡¡¡Toma ya!!! Otras tres que acaban de ingresar y vienen bastante dilatadas. Se acabó el descanso, que tengo que ir a ayudar a poblar el mundo —dijo mientras nos levantábamos las dos.

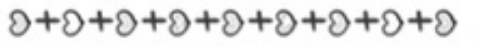
—Que te sea leve —le dije mientras nos separábamos, cada una, rumbo a su puesto.

Cuando regresé a la sala de urgencias, la cosa parecía bastante tranquila: solo había un par de niños esperando los resultados de unas pruebas que aún tardarían un rato en llegar.

—Zaida, el doctor Torres te andaba buscando. Le dijimos que habías ido a comer; nos pidió que, cuando volvieras, fueras a su despacho, que quería hablar contigo de no sé qué caso —me dijo Mary, una de las enfermeras. Le di las gracias y me fui a buscarlo.

Al entrar en su despacho, Pablo estaba escribiendo en el ordenador. Al verme, dejó el teclado, se levantó y vino hacia mí. Pensé que iba a besarme, pero me esquivó para cerrar la puerta con pestillo. Y entonces sí: me empotró contra la pared y me besó con una pasión que me dejó sin aire.

Capítulo 24



Pablo

En cuanto la vi entrar por la puerta del despacho, me puse duro al instante. Llevaba toda la mañana pensando en ella, en hacerla mía. Aunque me había dado una larga ducha fría cuando Eva nos interrumpió, no se me había pasado el calentón.

La tenía empotrada contra la pared, besándola, mientras mis manos amasaban su culo —ese que me volvía loco—, mientras ella tiraba de mi pelo, porque estaba igual de excitada que yo.

Cuando nos separamos para tomar aire, me hizo retroceder hasta que choqué con el borde del escritorio. Me desabrochó los pantalones y, al verla arrodillarse ante mí, me puse aún más duro —si eso era posible— sabiendo lo que iba a hacer.

Me bajó los pantalones y el bóxer de un tirón, besó la punta del glande, sacó la lengua y dio el primer lametazo, haciéndome jadear.

—Doctor, procure guardar silencio. ¿No querrá escandalizar a todo el hospital con sus jadeos, verdad? —me dijo sonriendo con picardía.

No pude ni contestar. Continuó lamiéndome de arriba a abajo hasta metérsela entera en la boca, succionándome como si fuera un aspirador. Me habían hecho muchas mamadas a lo largo de mi vida, pero, Dios mío, esta no la iba a olvidar jamás. Aumentó el ritmo, y cuando sentí que estaba a punto de correrme, intenté retirarme. No sabía si le parecería bien que acabara en su

boca, pero, al parecer, ella tenía otros planes. Me agarró del culo y no me dejó moverme, haciéndome correrme con fuerza en su boca, y tragándose todo hasta la última gota.

Cuando terminó, se levantó, pasó el pulgar por sus labios para limpiarse los restos y me guiñó un ojo con coquetería.

—¡Virgen santa! No sé cómo voy a ser capaz de trabajar en este despacho sin imaginarte ahí, arrodillada ante mí…

—¿Eso quiere decir que le ha gustado, doctor Torres? —me dijo, dejando un suave beso en mis labios.

—¿Gustarme? No. Me ha encantado. Y, por cierto, como vuelvas a llamarme «doctor Torres» con ese tono de voz tan sexi, no sales de este despacho hasta que termine tu turno. Tú verás —la reté.

—¿Eso es una amenaza? Porque, si lo es, lo mismo me arriesgo a repetirlo, a ver si se cumple —respondió ella, y solté una carcajada.

—No es una amenaza. Es una promesa.

Justo en ese momento, cuando la conversación se estaba poniendo aún más interesante, sonó el teléfono del despacho. Puse el altavoz y, al escuchar lo que decían, salimos corriendo: llegaban varias ambulancias por un accidente de tráfico múltiple en el que estaban implicados varios niños.

Afortunadamente, los cuatro niños que llegaron en las ambulancias no tenían nada grave, solo contusiones y un par de huesos rotos. Los atendimos entre Zaida y yo y, después de dar la orden de que pasaran la noche en observación, terminamos el turno.

Nos dirigimos juntos a recoger a Eva de la guardería, que se puso contentísima al vernos. Cuando salimos a la calle, Zaida empezó a despedirse de la niña y yo fruncí el ceño antes de hablar.

—¿No quieres venir a casa con nosotros?

—No es que no quiera, Pablo, es que no puedo. Ya no me queda ni una sola prenda de ropa limpia en tu casa, y no puedo presentarme mañana en el hospital con la misma que hoy.

—Pues si ese es todo el problema que tienes, vamos a coger el coche y te llevo. Coges todo lo que te haga falta, no solo para hoy, sino para unos cuantos días, y te quedas con nosotros. Además, tu abuela no está. ¿Qué vas a hacer tú sola en casa?

—¿Estás seguro? No quiero invadir vuestro espacio ni meterme en vuestras vidas y rutinas —me dijo, desviando la mirada, avergonzada.

—¿Seguro? No, segurísimo. Además, no invadirías nada. Si te lo he propuesto, no es por quedar bien ni porque tenga pensado follarte toda la noche —que también—, sino porque quiero que estés allí. Bueno, mejor dicho, queremos, porque Eva está igual de encantada que yo de que vengas a casa con nosotros —le hablé con toda la seriedad del mundo, para que entendiera que mis palabras iban en serio.

—Está bien, pues vamos ya, que si no se hará tarde para bañar y dar de cenar a la niña.

No tardamos ni una hora en ir y volver. Zaida se dio muchísima prisa en coger todo lo que necesitaba de su casa, mientras Eva y yo la esperábamos sentados en el sofá. Cuando llegamos a la mía, le dije que guardara sus cosas en mi armario, porque tenía sitio de sobra y, además, me encantaría abrirlo y ver allí sus cosas.

Mientras ella colocaba la ropa y Eva la acompañaba trasteando por la habitación, yo me puse a preparar la cena. Había sacado del congelador por la mañana unos filetes de pescado que ya venían limpios de espinas, así que la niña también podría comerlos. Los acompañé con un puré de patata y una ensalada con salsa de mostaza y miel que estaba de vicio.

Cuando terminamos de cenar, Zaida se encargó de acostar a Eva y yo de recoger la cocina. Luego preparé dos tazas de chocolate caliente para tomárnoslo sentados en el sofá.

Sentados los dos juntos en el sofá, con las tazas de chocolate todavía humeantes entre las manos, la noté rara: iba a decirme algo y no se atrevía. Rompí el silencio incómodo antes de que se enquistara.

—¿Qué ocurre, Zaida? —dije, mirándola—. Veo en tu cara que quieres decir algo y te estás conteniendo. No me gusta verte así. Dime lo que te preocupe y veremos cómo lo resolvemos.

La vi inspirar hondo, como si buscara fuerzas para arrancar a hablar. Me miró a los ojos y por fin preguntó:

—¿Tú qué esperas de esto, Pablo? —Señaló primero hacia mí y luego hacia ella.

—¿Qué esperas tú?

—Yo he preguntado primero.

—*Touché* —respondí, esbozando una risa baja.

—Me gustaría saber a qué atenerme, la verdad —dijo, con miedo en la voz.

—De acuerdo. Pongamos las cartas sobre la mesa. —Empecé, intentando mantener la calma—. No quiero que esto sea algo pasajero. No quiero cuatro polvos y ya. Quiero una relación. Me gustas, Zaida, más de lo que me ha gustado nadie nunca, y si tú estás en el mismo punto, me gustaría que lo intentáramos, sin presiones.

»Soy consciente de que traigo una mochila —tragué saliva—, que mi vida no es sencilla ahora, pero solo espero de corazón que eso no sea un impedimento para ti. Si tú quieres algo distinto, dímelo; lo escucho y trataré de adaptarme.

Hablé todo del tirón, casi sin respirar. Lo único que me faltó decir fue «te amo», pero no quise precipitarme; no sería justo si ella no sintiera lo mismo.

Cuando acabé, su cara estaba empapada en lágrimas que bajaban como dos pequeñas cascadas. La atraje hacia mí y la abracé fuerte hasta que su respiración se calmó. Con cuidado le pregunté:

—¿Tan mal te ha parecido lo que te he dicho para que te pongas a llorar? —confesé, un poco asustado—. Sinceramente, ahora mismo estoy acojonado; no sé qué pensar.

—No, no —susurró—. Es que me he emocionado. Yo sí que estaba acojonada: pensé que no querías nada serio y eso me estaba matando. Porque yo… yo lo quiero todo contigo.

Al oírlo, sentí que el corazón me explotaba de felicidad. Me lancé a sus labios y le devolví el beso con todo lo que llevaba dentro.

Al separarnos, me miró con intensidad. El deseo se transformó en algo más —no supe si enfado, si protección— y con voz firme me soltó:

—Una cosa te voy a decir: si vuelves a referirte a la niña como «una mochila», te voy a retorcer a esos dos que acompañan a tu hermano hasta que lo retires. A mi niña que no la toque ni una gota de aire. ¿He sido clara?

—Clarísima —le contesté, doblado de la risa.

Con todo aclarado y, después de terminar el chocolate, la senté en mi regazo para dar rienda suelta a la pasión acumulada. Varias veces, esa noche.

A partir de ese día, después de sincerarnos, las cosas marcharon sobre ruedas. En el trabajo nos entendíamos a la perfección, y en casa… aún mejor. Cuando su abuela volvió de las vacaciones y Zaida la puso al tanto de todo, nos invitó a comer a su casa. Aunque Carmen ya me conocía del día del entierro de su hija, le dijo a Zaida que quería conocerme «oficialmente», como el novio de su nieta, y también ver a Eva, por la que bebía los vientos desde el primer momento.

Algunas noches insistió en quedarse con la niña para que nosotros tuviéramos un rato a solas. Al principio me costó ceder —no quería parecer un aprovechado—, pero terminé aceptando, porque cuando se enteró de lo que pensaba, me puso de vuelta y media. Y es que la señora Carmen era de armas tomar: nadie podía llevarle la contraria.

Los días fueron pasando y nos metimos de lleno en diciembre. Nos hacía una ilusión tremenda, porque sería la primera Navidad que pasaríamos todos juntos. Incluso mis padres vendrían. Tenían unas ganas locas de vernos a mí y a la niña… y también a Zaida. Cuando en una llamada me sinceré con mi madre y le conté cómo me sentía, y todo lo que había pasado entre nosotros desde aquella primera vez hacía ya tres años, se alegró muchísimo.

Me dijo que el destino no podría haber puesto en mi camino una mujer mejor. Si ya la querían cuando estuvo con mi hermano, ahora mucho más: veían cómo se desvivía por nosotros día a día, siempre pendiente de todo. De mí, si notaba que algo me preocupaba; y de Eva, a la que trataba como si fuera su propia hija.

Solo esperaba que Adrián no hiciera acto de presencia. No pensaba pasarle ni una: a la primera chorrada que saliera por su boca, lo echaría de casa sin que me temblara el pulso.

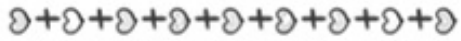
Unos días antes de Nochebuena, dejamos a Eva con la abuela de Zaida para ir más tranquilos a comprar todo lo necesario para esos días: comida, dulces, regalos… Aunque siempre habíamos sido más de celebrar el día de Reyes, nos pareció buena idea dejar un detalle para cada uno bajo el árbol la mañana de Navidad.

Salimos del centro comercial tan cargados que casi no podíamos con las bolsas. Al final nos habíamos liado la manta a la cabeza y compramos de todo: bandejas de dulces, vino, alguna botella de licor y, por supuesto, regalos. Un detalle para cada uno, sí… pero con Eva se nos fue completamente de las manos.

Cargados hasta la bandera llegamos a casa entre risas y besos. Queríamos aprovechar que no estaba Eva para montar el árbol y los adornos, así lo vería esa noche al llegar. Estábamos deseando ver su cara al descubrir todas las luces y bolas colgadas.

Cuando terminamos de montar todo, nos dimos una ducha que duró bastante… quizá demasiado. Y es que, cuando estábamos cerca, parecíamos dos adolescentes incapaces de mantener las manos quietas.

Capítulo 25



Zaida

No sé quién se emocionó más cuando vimos la cara que puso Eva al ver el árbol de Navidad en casa. Saltaba y daba palmadas sin parar de reír, y a su padre y a mí se nos caía la baba al verla.

El día veintitrés por la tarde fuimos los tres a recoger a los padres de Pablo al aeropuerto. Aunque él les ofreció quedarse en casa, prefirieron coger un hotel que estaba a la vuelta de la esquina; así no tardarían ni dos minutos en llegar cuando terminara la cena.

Cuando salieron cargados con las maletas y vieron a Eva caminar hacia ellos diciendo «abu, abu…», por poco se derriten. Se la comieron a besos los dos, porque aunque la veían muy a menudo por videollamada o en los vídeos que les mandaba Pablo, no era lo mismo tenerla allí, en directo, corriendo hacia ellos.

Después de las mil carantoñas a su nieta, se acercaron a nosotros. Pilar —la madre de Pablo— me abrazó con lágrimas en los ojos y me susurró al oído, solo para que yo la oyera:

—Gracias. Nunca había visto a mi hijo tan feliz. No podría haber encontrado una mujer mejor.

Y me emocioné. Esas palabras sonaban tan sinceras que me llegaron muy dentro.

Luego fue el turno de Juan, el padre de Pablo, que me dio un abrazo igual de cariñoso tras saludar a su hijo. Sus palabras también me calaron hondo:

—Bienvenida a la familia. Esta vez sí que es para quedarte, estoy seguro. Solo hay que ver cómo os miráis para saber que esto es amor del bueno, del que dura para siempre.

Si ya me había emocionado con Pilar, con esas palabras terminé por desbordarme. Las lágrimas me corrían por las mejillas sin remedio.

—Tata Za, ¿tas tiste? —me preguntó Eva al verme llorar.

—No, cariño, estoy muy contenta —le respondí, cogiéndola en brazos mientras caminábamos hacia la salida para montar en el coche.

—Vamos, que nos esperan unos días muy emocionantes —dijo Pablo, pasándome un brazo por los hombros mientras me besaba el pelo—. Habrá que guardar las lágrimas para repartirlas entre todos los días.

Esa noche la niña se quedó con sus abuelos en el hotel; querían disfrutar de ella todo el tiempo posible mientras estuvieran en Madrid, y a nosotros nos pareció fenomenal. Ya que teníamos la noche libre, Pablo propuso salir a cenar y tomar una copa.

Cuando salí al salón, donde él me esperaba ya vestido para irnos, se quedó con la boca abierta. Me había puesto un vestido gris perla que me llegaba por encima de las rodillas, con un escote en «V» que descendía hasta el nacimiento de mis pechos. No llevaba sujetador —el vestido no lo permitía— y, debajo, un tanga negro con medias de liguero. No solía usar tacones por mi trabajo, pero aquella noche completé el conjunto con unos en el mismo tono gris perla, que conjuntaban a la perfección.

—Hazme el favor de ponerte el abrigo si de verdad tienes ganas de salir, porque como no lo hagas, en los próximos dos minutos mando a tomar por culo la cena y las copas, te meto en la habitación y no te dejo salir hasta la semana que viene. —La carcajada que me salió al oírle, creo que la oyeron hasta los vecinos.

—Menos lobos, Caperucita —le dije, sin poder parar de reír.

—¿Me estás retando? Porque estoy deseando aceptar el reto.

—Tira, anda, que tengo un hambre voraz.

—Y yo… y yo, pero no precisamente de la comida que nos espera en el restaurante.

—Cuando volvamos, te dejo que me untes de nata y me comas como postre.

—Vámonos —dijo tirando de mí—, cuanto antes nos vayamos, antes volveremos.

El restaurante que había elegido Pablo era espectacular. Tenía una decoración preciosa, con pequeñas mesas para parejas que creaban un ambiente íntimo y especial. Nos decantamos por pedir unas ostras y unas tostas de revuelto para compartir de primero; de segundo, Pablo pidió rape empiñonado —que estaba exquisito— y yo elegí un solomillo al foie que se deshacía solo en la boca.

De los vinos que había en la carta nos decidimos por un Ribera del Duero que ya habíamos probado en otras ocasiones y nos gustaba mucho a los dos. Postre no quisimos ninguno, así que, cuando terminamos, pagamos la cuenta y nos fuimos a un *pub* cercano a tomar una copa y bailar un poco.

Llegamos a casa felices, todavía con las risas y las miradas cómplices de la noche latiendo entre nosotros. Todo había salido fenomenal: la cena, las copas, los bailes que nos habíamos marcado… pero lo mejor estaba por llegar.

Pablo casi no me dejó ni entrar. En cuanto crucé la puerta y me quité el abrigo, me atrapó entre sus brazos y me arrastró hasta el dormitorio sin dejar de besarme.

Cuando el vestido cayó al suelo y me vio con los ligueros y los zapatos puestos, se le dilataron tanto las pupilas que, si sus ojos ya eran negros de por sí, ahora parecían dos trozos de carbón encendidos.

Se arrodilló y, con los dientes, arrastró mi tanga hasta quitármelo por los pies. Me colocó una pierna sobre el hombro y, con el primer lametazo de arriba a abajo en mi vagina, logró estremecerme. No dejó de saborearme con voracidad hasta que un orgasmo intenso me dejó las piernas temblando. Entonces se incorporó y me hizo girarme para que apoyara las manos en la cama. Agarró mis caderas y, de un solo empujón, se abrió paso en mi interior, comenzando a moverse con un ritmo frenético que, en pocos minutos, nos arrastró a ambos hacia un clímax arrollador.

Cuando terminamos, me tumbó en la cama con cuidado, como si no quisiera romper el hechizo que aún flotaba entre nosotros. Me quitó el liguero despacio, disfrutando de cada gesto, y después los zapatos, con esa sonrisa suya que siempre me desarma. Me pidió que lo esperara así, sin moverme, con esa voz baja y cargada de intención.

Se fue por un momento, y al regresar traía un bote de nata en espray en la mano. Al verlo, no pude evitar reírme: se lo pasaba de una mano a otra mientras subía y bajaba las cejas de forma sugerente, como si estuviera en una escena improvisada de seducción.

Se colocó de rodillas entre mis piernas, sin apartar la mirada de mi cuerpo. Echó nata por todos mis pechos, mi ombligo y mi sexo con un gesto lento y provocador. Luego dejó el bote en la mesilla y se acercó a mi oído, susurrando con voz ronca:

—No te muevas, es la hora de comerme el postre que me habías prometido.

Bajó su boca hasta la mía, dándome un beso en el que enredamos nuestras lenguas de una manera que nos encendió más, si eso era posible. Después, fue descendiendo con su boca por mi cuello, mi pecho, devorando la nata mientras mordisqueaba y succionaba mis pezones, jugando con ellos con los dientes y la lengua.

Su lengua caliente recorrió mi piel, llevándose la nata esparcida en mi ombligo, y bajó aún más, hasta mi monte de Venus, donde se detuvo unos segundos, solo para respirar mi aroma y mirarme con deseo. Luego, sin avisar, volvió a mi clítoris, esta vez con una entrega feroz, mientras sus dedos

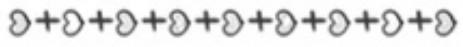
entraban y salían sin tregua. Me perdí por completo en sus movimientos, y cuando sentí el orgasmo subir por todo mi cuerpo como una marea imparable, no pude contener el grito.

Cuando me recuperé un poco, me levanté con una sonrisa traviesa y, de un empujón suave, lo tumbé a él sobre la cama. Esta vez, era yo quien tomaba el control. Cogí el bote de nata y la extendí con calma sobre sus pezones, sus abdominales, y embadurné bien su pene. Comencé a lamerlo de arriba abajo, saboreando cada rincón de su cuerpo como si fuera el manjar más exquisito. Cuando llegué a su entrepierna, él ya estaba duro y palpitante. Lo cubrí con mi boca, lenta, juguetonamente, como si quisiera devolverle cada segundo de placer que me había dado.

En el momento que noté que estaba a punto de correrse, me subí sobre él, a horcajadas, y lo cabalgué con un ritmo frenético, mientras nuestras respiraciones se mezclaban, nuestros cuerpos se buscaban como si no existiera nada más en el mundo. Alcancé el clímax entre gemidos y espasmos, y segundos después él se derramó en mi interior, abrazándome con fuerza mientras temblábamos al unísono.

Al terminar, me cogió en brazos y me llevó a la ducha para quitarnos los restos de la nata. Nos enjabonamos el uno al otro mientras nos dábamos besos tiernos y comentábamos lo bien que había estado la noche. Nos secamos y, ya en la cama, me abrazó desde atrás por la cintura, pegándome bien a él, como si fuera lo más valioso del mundo y no quisiera perderme. Yo sonreí, porque si la felicidad son momentos, desde luego que ese, así con él, era uno de ellos.

Capítulo 26



Zaida

Podía decir, sin lugar a duda, que aquellas navidades habían sido las mejores de mi vida. La cena de Nochebuena, todos juntos, estuvo llena de risas y momentos muy especiales. Mi abuela se entendió a la perfección con los padres de Pablo desde el minuto uno. Su sentido del humor y las locuras que se le ocurrían a cada momento crearon un ambiente divertido y muy familiar.

La cara de nuestra niña, cuando se levantó el día de Navidad y vio todos los paquetes de regalos debajo del árbol, fue un auténtico poema. No sabía por cuál decidirse: cogía uno, lo dejaba para ir a por otro, y hacía lo mismo con el siguiente. Las risas que nos echamos fueron épicas. Al final, tuvimos que ayudarla a abrirlos. Le gustó tanto rasgar papeles de colores que incluso terminó abriendo los regalos de los demás.

Todos tuvimos detalles con todos. Yo recibí ropa de parte de mi abuela, como todos los años. Mis suegros —porque ya los consideraba así— me regalaron unos pendientes en forma de estrella que me encantaron. Pero, sin duda, el regalo que más me emocionó y con el que lloré fue el de Pablo: una pulsera de la marca Pandora, en oro blanco, con dos *charms* colgando. Uno era un fonendoscopio, símbolo de que había cumplido mi sueño de ser doctora; el otro, tres corazones unidos, que nos representaban a los tres.

El resto de los días habíamos recorrido las calles de Madrid todos juntos, viendo la iluminación, los mercadillos navideños y disfrutando del ambiente navideño que se respiraba en toda la ciudad.

El día de Reyes fue igual de especial —o incluso más— que los anteriores. Recibimos y repartimos regalos entre todos. Por la tarde, acompañamos a mis suegros al aeropuerto. En la despedida hubo lágrimas, abrazos, besos y la promesa de que, la próxima vez que tuviéramos días libres, seríamos nosotros quienes viajaríamos a Barcelona para pasar unos días con ellos.

Tras todas esas emociones y días tan bonitos, nos metimos de lleno en el mes de enero, retomando la rutina del hospital y llevando a Eva a la guardería.

Desde el día en que Pablo me llevó a casa de mi abuela para recoger algo de ropa y quedarme esa noche con ellos, no me dejó volver a marcharme ninguna noche más. Poco a poco fui trayendo mis cosas a su casa, que ya sentía como mía también.

Vivir tan cerca del hospital era una gran ventaja. Siempre llegábamos con tiempo de sobra para dejar a Eva en la guardería y tomarnos un café en la sala de descanso antes de empezar el turno. Así fue como nos encontró Sofía aquel día.

—Pero bueno… si tenemos aquí a la parejita del año. ¿No os cansáis de veros tanto las caras? Trabajo, casa… ¡y también los descansos! —dijo, riéndose la muy jodida.

—Pues no, fíjate. Hay veces que la echo tanto de menos entre paciente y paciente, que tengo que llamarla al despacho solo para verla unos minutos —contestó Pablo.

Yo me puse roja como un tomate, porque sí, nos reuníamos muchas veces en su despacho… y no precisamente para hablar de trabajo.

—Claaaro… seguro que os reunís allí para comentar los casos del día —soltó ella con su habitual ironía—. Y yo voy y me chupo el dedo, chaval.

—Venga, vámonos cada uno a lo nuestro. Nosotros a curar niños y tú a traerlos al mundo. Que ya veo que esta conversación se nos va de las manos en menos que canta un gallo. Tenéis un peligro los dos, cuando empezáis con

las pullitas, que dais miedo —dije, levantándome y saliendo por la puerta entre risas.

Pablo había conocido a Sofía y Rubén en Navidad y congeniaron estupendamente. Cuando mi abuela se quedaba con Eva alguna noche, solíamos salir los cuatro juntos y lo pasábamos genial. Además, Pablo y Sofía tenían un constante tira y afloja que nos hacía reír a carcajadas. Era como ver un partido de tenis: se pasaban la pelota el uno al otro sin descanso. Rubén y yo les decíamos que nos avisaran cuando empezara el «peloteo», para preparar las palomitas y disfrutar del espectáculo.

Estaba hablando con una de las enfermeras en el pasillo cuando vi a Pablo pasar corriendo. Sin pensármelo, salí tras él y, al acercarme, alcé la voz para que me oyera.

—¡Pablo! ¿Qué ocurre? ¿A dónde vas con tanta prisa?

Él, sin girarse, me contestó:

—Me han llamado de la guardería. Algo le pasa a Eva. Dicen que no está bien.

—¡Dios mío, mi niña! Vamos, voy contigo —le dije, agarrándole de la mano.

Corrimos los dos por los pasillos del hospital lo más deprisa que pudimos. Cuando llegamos a la guardería, apenas podíamos respirar del esfuerzo. Una de las cuidadoras sostenía a Eva en brazos; estaba sudorosa y tenía muy mala cara.

—¿Qué le pasa a mi niña preciosa? —pregunté, cogiéndola en brazos y tocándole la frente, que ardía de fiebre.

—Buenos días, doctores. Les he llamado en cuanto he notado que la niña no estaba bien. Desde que llegó esta mañana se mostró bastante desanimada y poco participativa, pero pensé que simplemente no tenía ganas de jugar. Sin embargo, a medida que pasaba la mañana fue empeorando.

»Cuando la cogí en brazos para sentarla y darle su almuerzo, noté lo caliente que estaba. Le puse el termómetro y marcaba 38,7ºC. Puede que solo

sea un catarro sin importancia, pero debido a sus antecedentes, preferí avisarles para que ustedes decidan qué hacer.

—Has hecho muy bien. Gracias. Nos la llevamos para revisarla y salir de dudas. Puede que tengas razón y solo sea algo leve, pero nos quedaremos más tranquilos cuando sepamos qué le pasa —le respondió Pablo con tono agradecido.

Fuimos directamente a uno de los boxes de urgencias donde trabajamos con los niños y, entre los dos, la revisamos de arriba abajo: nada en la garganta, ni en los oídos, y la auscultación era perfecta.

—¿Qué hacemos, Pablo? A simple vista no parece tener nada… Puede que esté incubando algún virus. Sabes que no sabremos nada hasta que no dé la cara en un par de días —le dije, bastante preocupada.

—La única manera de estar seguros de que no tiene que ver con su hígado es con un análisis de sangre. Y no voy a esperar dos días, Zaida. Sé que con cualquier otro niño esperaríamos, pero no con Eva. No pienso arriesgarme. Si algo va mal, quiero saberlo cuanto antes.

—Estoy de acuerdo. Voy a llamar a Gema para que le tome la muestra. Es la enfermera más diestra con la aguja.

—Sí, ve a buscarla, por favor. Cuanto antes lo hagamos, antes saldremos de dudas —me dijo, visiblemente desesperado.

Salí de allí como alma que lleva el diablo y recorrí los pasillos hasta encontrar a Gema. Le expliqué rápidamente lo que pasaba y, tras coger el material necesario, volvimos juntas al box. Era tan buena sacando sangre a los niños que Eva ni pestañeó. Se llevó la muestra, diciéndonos que ella misma la llevaría directamente al laboratorio, y que les indicaría que era de prioridad absoluta.

Ahora solo quedaba esperar los resultados, que llegarían aproximadamente dos horas después.

Una hora y media más tarde, nos llamaron desde el laboratorio para avisarnos de que los resultados ya estaban listos y que podíamos verlos directamente desde la Tablet que todos los médicos usábamos para trabajar. Descargué el historial de Eva y accedí a la sección de análisis.

Mientras leía, notaba la mirada de Pablo fija en mí. Cuando terminé y vio mi expresión de miedo, preguntó:

—No me gusta la cara que estás poniendo, Zaida… Dime qué pasa, por favor, que estoy en un sinvivir.

—Tiene los niveles de bilirrubina y transaminasas altísimos, Pablo. Sabes lo que eso significa, no hace falta que te lo diga —le respondí, con los ojos cuajados de lágrimas.

Siendo médicos, ambos sabíamos que esos valores indicaban un fallo hepático. Y eso solo podía significar una cosa: el trasplante tendría que hacerse cuanto antes.

—Mierda… Sabía que esto tenía que llegar, pero no esperaba que fuera tan pronto. Es tan pequeña, Zaida… ¿Y si no sale bien? No podría vivir sin ella —me dijo, rompiendo a llorar.

Me lancé a sus brazos, lo abracé con fuerza y le susurré al oído:

—Tenemos que ser positivos. Todo va a salir bien, ya lo verás. Ella es fuerte, lo ha demostrado desde que nació. Además, tenemos al mejor equipo médico del país. Así que venga, vamos a prepararlo todo para que una parte de ti salve su vida… y también la mía. Porque si os pierdo a alguno de los dos, la que se muere soy yo.

—Tengo una suerte enorme de que estés a mi lado. No sé qué haría sin ti… me volvería loco, seguro —dijo, dándome un breve beso en los labios.

Mientras yo me quedaba con Eva —de quien no tenía intención de separarme en ningún momento—, Pablo fue en busca del hepatólogo pediátrico que llevaba su caso, para explicarle lo sucedido y coordinar todo con el equipo de trasplantes y el personal necesario.

Una hora después, ya sabíamos que el trasplante se realizaría en tres días. Me encargué de llamar a mi abuela y a mis suegros —que tomarían un vuelo al día siguiente— para que vinieran a estar con nosotros. Eva estaría ingresada, pero también Pablo, y yo no podía dividirme para cuidarlos a ambos. A él le darían la baja médica, como era lógico, y yo pedí varios días de vacaciones que aún tenía pendientes.

A la mañana siguiente, Pablo me pidió que me quedara con Eva porque tenía que resolver unos asuntos, que más tarde me contaría.

Se presentó tres horas después con una carpeta bajo el brazo y comida en una bolsa, para que pudiéramos comer allí, en la habitación que le habían asignado a Eva. Sacamos los recipientes y los colocamos en la mesita lateral, procurando que Eva no los viera. Con lo comilona que era, seguro que nos habría pedido que le diéramos algo, pero en esta ocasión, con todo el dolor de nuestro corazón, no podíamos permitirlo. Tenía que seguir la dieta pautada para estar preparada para la operación.

Nos sentamos a comer y aprovechamos para charlar los tres. Cuando Eva se quedó dormida, Pablo me miró con seriedad y me dijo algo que me dejó completamente descolocada.

—Zaida, quiero pedirte algo importante. Lo primero que quiero que sepas es que no estás obligada a aceptar si no quieres, pero creo que es lo mejor… y me gustaría que lo pensaras bien antes de responder.

—Tú dirás. Sabes que todo lo que esté en mi mano, lo haré por ti y por ella sin dudarlo.

—Bueno, primero escúchame, y luego decides —dijo, con una seriedad que me puso aún más nerviosa.

—Vale, suéltalo ya, porque me estás poniendo nerviosa con tanta solemnidad.

—Esta mañana me reuní con un abogado, y me ha preparado estos papeles —dijo, entregándome la carpeta que traía consigo¾. En ellos se establece que, en caso de que me pasara algo, tú serías la tutora legal de Eva hasta su

mayoría de edad. Serías responsable de su educación y de administrar el dinero y los bienes que le dejaría en herencia.

Me quedé tan sorprendida que no pude articular palabra. Solo levanté la mano, pidiéndole que continuara.

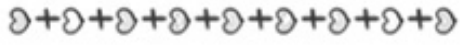
—Sé que lo que te estoy pidiendo es algo muy serio y con mucha responsabilidad. Pero si yo falto, no podría haber mejor persona que tú para cuidar de Eva. Ella te quiere como a una madre, y sé que tú la quieres igual. Mis padres ya son mayores para asumir esa carga… y por supuesto, Adrián queda descartado, por motivos obvios.

Que hubiese pensado en mí para ser la tutora legal de su hija me conmovió profundamente. Demostraba la confianza total que tenía en mí, al punto de dejarme lo más valioso que tenía si algún día él no estaba.

—No tengo nada que pensar, Pablo. Mi respuesta es un rotundo sí. Voy a firmar esos papeles solo para que te quedes tranquilo. Pero desde ya te digo que ni se te ocurra dejarnos aquí solas… porque soy capaz de ir a buscarte al otro lado y arrastrarte de vuelta. Ya te lo dije una vez, y no he cambiado de opinión: yo lo quiero todo contigo —le recordé, rememorando aquellas palabras que pronuncié tiempo atrás, cuando aclaramos nuestra situación.

—Yo también lo quiero todo contigo —respondió, abrazándome por la cintura antes de besarme con pasión.

Capítulo 27



Zaida

El día había llegado, y decir que estaba nerviosa sería quedarme corta. A primera hora de la mañana vinieron a preparar a Eva para llevarla al quirófano. Ella entraría la primera, ya que su operación sería más larga: primero debían extraer su hígado dañado y luego implantarle el fragmento que le donaría Pablo.

A Pablo le habían asignado una habitación en otra planta el día anterior, pero no estuvo allí ni cinco minutos. Pasó todo el tiempo con nosotras, en la habitación de la niña. No quería separarse de Eva ni de mí hasta el momento en que tuviera que entrar en el quirófano.

Nos permitieron acompañarla hasta que se quedó dormida, ya anestesiada sobre la camilla. Salimos de allí abrazados, con el corazón encogido y los nervios a flor de piel.

Media hora después, vinieron a buscar a Pablo. Estábamos en su habitación, esperando a que llegara su turno para ser llevado al quirófano, que estaba justo al lado del de Eva, para que todo el procedimiento fuera lo más ágil y estéril posible.

—Doctor Torres, ha llegado la hora. Túmbese en la cama, que tengo que llevarle al quirófano tres —le indicó el celador que vino a buscarlo.

—¿Puedes esperar fuera dos minutos? Me gustaría despedirme —pidió Pablo.

El celador asintió y salió, dejándonos a solas.

—Ni se te ocurra despedirte, ¿me oyes? Solo bésame —le pedí, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ven aquí, pequeña. No pensaba decir nada… solo quería besarte, para que tu sabor me acompañe mientras esté dormido —dijo, rodeándome con sus brazos y pegándome a él para darme un beso dulce… y amargo al mismo tiempo.

—Aquí estaré cuando despiertes. Y más te vale que sea rápido, no me tengas esperando mucho… que quiero otro beso como ese lo antes posible.

—Tus deseos son órdenes para mí. Volveré lo más pronto posible.

El celador volvió a entrar después de llamar a la puerta.

—No podemos esperar más.

Pablo se tumbó en la cama. Le acompañé hasta la misma puerta del quirófano. Antes de entrar, me tomó de la mano y me miró con ternura.

—Zaida, cuídamela hasta que vuelva. Y recuerda que te quiero.

—Bonito sitio eliges para decirme que me quieres por primera vez… —le respondí con una mezcla de emoción y sarcasmo, poniendo los ojos en blanco, intentando que el humor tapara el miedo—. Y no te preocupes… no me separaré de ella —añadí, apretando su mano por última vez antes de que la puerta se cerrara.

Me agaché para besarle los labios con un beso corto, y después le susurré al oído:

—Por cierto… yo también te quiero. Ni te imaginas cuánto.

Él solo asintió antes de desaparecer tras las puertas del quirófano.

Me reuní con mi abuela y mis suegros en la sala de espera, justo frente a los quirófanos. Allí saldrían a informarnos cuando todo terminara. Sabíamos

que la espera iba a ser larga, no menos de cuatro horas.

Dos horas después, los nervios me estaban devorando por dentro. Necesitaba moverme, o me iba a volver loca. Pregunté a todos si querían un refresco o algo de comer y bajé a la cafetería a por ello. Pero antes de subir de nuevo, quise pasar por otro sitio: el despacho del director del hospital. Quería pedirle algo que no sabía si sería posible. El «no» ya lo tenía, así que decidí arriesgarme.

Entré en la sala de espera cargada con los refrescos y unos bocadillos, sonriendo. Al verme, todos me preguntaron por qué estaba tan contenta.

Les conté dónde había estado y con quién había hablado, y que, aunque al principio puso unas cuantas pegas, al final conseguí que cediera. Saltándonos el protocolo que establece que los adultos y los niños no pueden compartir habitación, en este caso —por ser quienes éramos y dadas las circunstancias — harían una excepción: pondrían a Eva y a Pablo juntos en la misma habitación.

Todos se alegraron muchísimo. Sabíamos que los dos se llevarían una gran sorpresa al despertar y verse acompañados.

Tres largas horas y media después, salió uno de los cirujanos. Al ver su expresión, supe que algo no iba bien.

—¿Familiares de Eva y Pablo Torres? —preguntó con seriedad.

—Nosotros —respondimos al unísono, poniéndonos de pie y acercándonos a él.

—Primero les informaré del estado de Eva, si les parece bien. Después hablaremos de Pablo.

Asentimos en silencio.

—Eva ha superado con éxito tanto la extracción del órgano dañado como la realización del trasplante del fragmento hepático procedente de su padre. Su estado es estable y, en principio, no esperamos complicaciones. En cuanto despierte y comprobemos sus constantes, subirá a planta.

»Lo habitual sería que pasara la noche en la UCI pediátrica, pero sabiendo que será usted, doctora García, quien estará con ella durante la noche, y dado que sabrá actuar ante cualquier signo de alarma, hemos decidido hacer una excepción para que la niña esté más tranquila, acompañada de una cara conocida.

—Muchas gracias, doctor, por todo —respondí con alivio.

—¿Y mi hijo? ¿Cómo está? —preguntó el padre de Pablo, ansioso.

—Lamento decir que su estado no es tan bueno como el de Eva. De hecho, ahora mismo lo están trasladando a la UVI. Durante la operación hubo complicaciones: sufrió una hemorragia hepática severa que le provocó una parada cardiaca. Conseguimos estabilizarlo y detener el sangrado, pero tuvo que ser intubado y recibió varias transfusiones de sangre. Actualmente, se encuentra en coma inducido, hasta que logremos que su cuerpo se estabilice por completo.

—¿Pero se recuperará? —preguntó su madre con lágrimas en los ojos.

—Somos optimistas. Si no surgen nuevas complicaciones, sobre todo durante las próximas 48 horas, es muy posible que en unos días podamos retirarle la sedación y ver cómo responde. Por ahora solo queda esperar.

»En unos minutos podrán pasar a verlo, pero solo de uno en uno y por un máximo de cinco minutos cada uno. Cualquier duda que tengan en estos días, la doctora Díaz sabe cómo localizarme. Ahora voy a ver si ya está acomodado para que puedan entrar. —Se marchó, dejándonos allí desolados.

Cuando nos avisaron de que podíamos pasar, yo seguía en estado de *shock*. Le pedí a sus padres que fueran ellos los primeros; yo lo haría al final. Necesitaba prepararme mentalmente para verle en el estado en que sabía que lo encontraría.

Veinte minutos después, entraba en la UVI. En cuanto mis ojos se posaron en él, tendido e inconsciente, me derrumbé. Lloré como una niña.

Me acerqué lentamente, tomé su mano y le di un beso suave en los labios. Dicen que los pacientes en coma pueden oír, así que me incliné y le susurré al

oído:

—Me prometiste que volverías. No me falles ahora. Eva está bien. Las dos te esperamos aquí, mi amor.

Ser personal del hospital me daba ciertos privilegios que no pensaba desaprovechar: estuve casi media hora con él, no solo los cinco minutos permitidos.

Cuando salí y llegué a la habitación de Eva, ya la estaban instalando. Tras despedirse con un beso, mi abuela y mis suegros prometieron volver a primera hora del día siguiente, para que yo pudiera ir a casa a cambiarme de ropa y traer algunos juguetes para Eva.

Una semana había pasado desde la operación. Eva mejoraba a pasos agigantados y todo indicaba que no habría rechazo. Desde el día anterior se levantaba para dar pequeños paseos por el pasillo, saludando a todo el mundo con su lengua de trapo.

No dejaba de preguntar por su papá. Le habíamos dicho que tardaría unos días en volver porque estaba malito, pero, al ser tan pequeña, no lo entendía del todo. A veces lloraba porque quería verle. Eso me desesperaba, porque aunque yo no lo decía en voz alta… estaba igual que ella. Deseando que Pablo volviera.

Diez largos días después, decidieron quitarle la intubación. Si todo iba bien y respiraba por sí solo, al día siguiente le retirarían la sedación y lo subirían a planta, donde podría despertar tranquilamente.

Todo fue como esperábamos. Estaba sentada en una silla entre mis dos amores, esperando a que Pablo despertara. La recuperación sería lenta, pero se recuperaría por completo.

—¿Zaaaida? —Al escucharle decir mi nombre, me levanté de un salto.

—Bienvenido. ¿Quieres un poquito de agua? Seguro que tienes la garganta seca. —Le ofrecí, acercándole un vaso con una pajita.

—¿Eva? ¿Está bien? —preguntó, tras beber y carraspear.

—Júzgalo tú mismo.

Me aparté a un lado, y dejó de ver solo mi cara para encontrar a Eva sentada en la cuna acristalada, jugando con sus muñecos. En cuanto la vio, se echó a llorar.

Me acerqué más a él y, besándole la cara mientras le limpiaba las lágrimas, le susurré:

—Todo salió bien. Cada día está mejor. Ya come con normalidad y no hay signos de rechazo.

—¿Comer? ¿Pero cuántos días han pasado? ¿Por qué he dormido tanto? ¿Qué pasó? —preguntó atropelladamente, agobiado.

—Tranquilo, todo está bien ahora. En unos minutos te contaré todo, pero primero… lo más importante.

Fui hasta la cuna, tomé a Eva en brazos y la llevé hasta él. Se abrazaron. No sé quién de los tres lloró más.

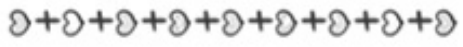
Un rato después, cuando la niña empezó a bostezar, la acosté de nuevo. Me senté al lado de Pablo y le conté todo lo que había pasado desde el momento que nos despedimos en la puerta del quirófano.

Cuando terminé, con los ojos llenos de lágrimas, le dije:

—No se te ocurra darme un susto así nunca más. Me quitaste diez años de vida… pensando que te perdía.

—Te prometí que volvería, y he vuelto. Solo que tardé un poquito más de lo previsto. Diez días nada menos. Ahora, sécate esas lágrimas y ven a darme todos los besos acumulados que me debes —dijo, tirando suavemente de mi mano para acercarme a él y besarme.

Capítulo 28



Pablo

Casi un mes había pasado y ese día, por fin, nos daban el alta para poder irnos a casa. ¡Qué ganas, por Dios! Los días metidos entre esas cuatro paredes se habían hecho eternos, sobre todo para Eva, que tenía momentos en los que ya no sabíamos con qué entretenerla.

Mis padres se quedaron una semana más después de que yo despertara, antes de volver a Barcelona. Pero la que no fallaba ni un solo día era la abuela de Zaida, que siempre aparecía con algún libro o revistas para mí y alguna cosita para Eva. Llegó un momento en el que pensé que íbamos a tener que contratar un camión de mudanzas para poder llevarnos todo lo que habíamos acumulado.

Zaida se reincorporó al trabajo la semana anterior, ya no le quedaban más días de vacaciones. Aun así, entre paciente y paciente, se pasaba a vernos, comía con nosotros y, durante las primeras noches, también dormía allí, sentada en una silla, como llevaba haciendo desde el primer día.

Tenía unas ojeras tremendas, fruto de la falta de descanso y de estar pendiente de nosotros día y noche, sumándole además sus turnos de trabajo completos. Tras una pequeña discusión —y con la amenaza de que pediría el alta voluntaria si no se iba a casa a descansar—, al final accedió a dormir en casa por las noches. Sabía que no pegaría ojo pensando en nosotros, pero al menos estaría tumbada en una cama.

Cuando nos dieron el alta, tuvieron que acompañarnos Sofía y Rubén para poder llevar todas las cosas. Menos mal que vivíamos cerca, porque cualquiera que nos hubiera visto por la calle con tantos bártulos habría pensado que estábamos locos.

Los días fueron pasando, y tanto Eva como yo mejorábamos por momentos. Si todo seguía así, en un par de semanas yo volvería al trabajo y Eva a la guardería. Recuperar nuestra rutina ya nos hacía falta a todos.

Echaba de menos la actividad del hospital, y también esos descansos en el despacho que compartía con Zaida. Mentiría si dijera que no nos habíamos acostado desde la operación, pero siempre lo hacíamos despacio y con mucho cuidado. Ya tenía ganas de un poco más de actividad… de la que nos gustaba a los dos.

El día que me incorporé al hospital, al entrar en la sala de personal me encontré con casi todos mis compañeros. Al verme, estallaron en aplausos y vítores, celebrando mi recuperación.

Me acerqué a Zaida y, en voz baja, le dije al oído:

—¿Esto ha sido idea tuya? Me gusta… pero pásate luego por mi despacho y me das una bienvenida privada.

—¡Calla, que te puede oír alguien! Qué vergüenza… —dijo tapándose la cara con las manos, mientras yo me reía.

—No te preocupes, que si gimes bajito nadie se entera —le susurré, mordiéndole suavemente el lóbulo de la oreja.

—Eres un descarado… y una mala influencia. Eres mi jefe, deberías dar ejemplo de buen comportamiento.

—Te espero después de comer. Tengo unas cuantas cosas que quiero enseñarte… para que veas qué buen ejemplo soy —le respondí mientras me alejaba, sin poder borrar la sonrisa de la cara.

Ella solo sacudía la cabeza, riendo.

Y vaya si la enseñé. Cuando vino al despacho después de comer, tardamos más de una hora en salir. Teníamos que recuperar el tiempo perdido.

Esa misma tarde, después de recoger a Eva en la guardería y hacer algo de compra en el supermercado, llegamos a casa. Pero al acercarnos a la puerta, ambos nos quedamos con la boca abierta. Para nada esperábamos encontrarnos con la persona que nos estaba esperando en el portal.

—¿Qué haces aquí, Adrián? ¿Qué quieres? —pregunté con tono seco al ver a mi hermano.

—Vaya, hermanito… cualquiera diría que no te alegras de verme. Yo que venía a ver cómo estáis tú y la mocosa, y me recibes así —dijo en tono de burla.

Solo una frase le bastó para tocarme los cojones.

—Te dije la última vez que no la llamaras mocosa. Se llama Eva. Si no vas a dirigirte a ella por su nombre, mejor no le hables —le advertí, con la rabia contenida.

—Vale, vale, no te enfades… *Eva*, entonces —dijo Adrián, levantando las manos con las palmas hacia afuera, en señal de disculpa.

Zaida seguía agarrada de mi mano. No había dicho una sola palabra, pero desde que había visto a Adrián la noté tensarse. Estaba clarísimo que para ella este era uno de los momentos más incómodos de su vida.

—Pues como puedes comprobar, todos estamos bien. Así que, si nos disculpas, tenemos un poco de prisa: hay que bañar a la niña y preparar la cena —le dije, esperando que se diera por aludido y se marchara con viento fresco.

—Vamos, Pablo… que vengo en son de paz. Me gustaría que dejáramos los malos rollos atrás y que intentáramos llevarnos bien todos.

Pese a todo lo que había pasado, era mi hermano. Y si él quería arreglar las cosas, no iba a ser yo quien se opusiera. Miré a Zaida a los ojos, buscando su opinión. Ella me sostuvo la mirada y, con un simple asentimiento de cabeza,

me dijo todo lo que necesitaba saber: también estaba dispuesta a dejar el pasado atrás.

—Está bien… pero te lo advierto: a la primera chorrada, te largas. Sube con nosotros y quédate a cenar. Allí hablaremos con más tranquilidad.

Subimos a casa y dejamos los abrigos en la entrada, junto con la sillita de Eva. Le pedí a Adrián que me acompañara a la cocina, mientras Zaida, que ya tenía a Eva en brazos, se fue con ella por el pasillo para bañarla y ponerle el pijama. Era nuestra rutina diaria: mientras uno preparaba a la niña, el otro se encargaba de la cena.

Saqué dos cervezas del frigorífico y le ofrecí una a Adrián, que asintió mientras se sentaba a la mesa. Empecé a sacar los ingredientes para preparar la *pizza* que teníamos pensada para esa noche, y mientras los colocaba sobre la encimera, le pregunté:

—¿Qué tal todo por Barcelona? ¿Al final dejaste la carrera?

—Sí, la dejé. Sabes tan bien como yo que eso no era lo mío. Solo la elegí porque quería seguir tus pasos… pero nunca me gustó —me dijo encogiéndose de hombros.

No le rebatí nada. Lo sabía perfectamente: nunca le gustó estudiar, y mucho menos medicina.

—¿Y qué haces ahora? No me digas que te has metido en otra carrera a estas alturas de tu vida.

—Ni loco —respondió entre risas—. Ni se me ocurriría volver a estudiar. Tendría que estar mal de la cabeza para hacer eso.

—Entonces… ¿estás trabajando en algo?

—A eso he venido a Madrid: a trabajar —dijo, y al oírlo lo miré con las cejas alzadas, esperando que me explicara.

Antes de que pudiera seguir hablando, Zaida y Eva entraron en la cocina. Sentamos a la niña en la trona, y Zaida sacó los platos y los vasos. La *pizza*

ya estaba lista, así que cortamos los trozos y nos sentamos a cenar.

—¿De qué hablabais, si se puede saber? —preguntó Zaida con prudencia.

—Adrián ha dejado la carrera y ha venido a Madrid a trabajar. Justo iba a empezar a contarme en qué, así que llegas en el momento perfecto. Así nos enteramos los dos —dije, sirviéndome un trozo.

—Hola, Zaida. Antes no me he atrevido a saludarte… por si me dabas una patada en los huevos —bromeó Adrián, riendo mientras se levantaba para darle dos besos.

Zaida respondió al saludo de forma algo tensa, a regañadientes. Él no lo notó, pero yo sí.

—Hola, Adrián. No tienes que preocuparte por tus huevos. No me interesan ni para bien ni para mal —respondió, con su tono habitual, firme pero correcto—. Prefiero que el pasado se quede donde le corresponde, así que hagamos borrón y cuenta nueva, ¿te parece?

—Me parece perfecto —dijo él, soltando una carcajada.

—Bien, pues aclarado todo… ahora cuéntanos: ¿eso de que has venido a trabajar aquí, en qué consiste exactamente? —preguntó Zaida mientras partía pequeños trozos de *pizza* para Eva, que ya estaba ansiosa porque le llenáramos el plato. No tenía fondo, mi niña.

—Conozco al dueño de un *pub* en Barcelona con el que, en los últimos años, he hecho buena amistad. La semana que viene abrirá uno aquí, un poco más grande que el de allí, y me ha ofrecido ser el encargado.

—Me alegro mucho. Si es lo que quieres, adelante. Creo que se te dará bien eso de organizar a la gente y atraer clientela, sobre todo a las chicas. Con el pico que tienes, eso no será difícil.

—Sí, yo también lo creo. Por una vez voy a hacer algo que me gusta.

—Tata Za, agua —dijo Eva.

Adrián se quedó mirándola con una mezcla de vergüenza y algo más, quizás cariño; no supe descifrarlo del todo.

—Está preciosa. Me alegra mucho que todo lo de la operación saliera bien. No creo que pudiera tener mejor padre que tú, Pablo. Siempre fuiste el sensato y responsable de los dos.

No supe qué contestar. Solo asentí con la cabeza y seguimos cenando mientras hablábamos de sus planes con el *pub*.

A partir de ese día, la relación con Adrián mejoró mucho. No es que fuéramos los hermanos más unidos del mundo, pero nos llevábamos bien. Empezó a trabajar en el *pub* y le iba fenomenal: tenía mucha clientela, y con su labia se ganaba a la gente en cuestión de minutos. Todos los que iban por primera vez, repetían.

Nosotros, junto a Rubén y Sofía, también habíamos ido alguna noche a tomar una copa.

La relación entre Zaida y Adrián, al principio, fue bastante tensa por parte de ella. Pero, a medida que pasaban los días, se fue relajando, y ahora se llevaban mucho mejor. No eran los mejores amigos, pero bromeaban y se reían juntos.

Había momentos en los que, aunque no sentía celos, no podía evitar recordar las palabras que Adrián me había dicho aquel día en casa de mis padres:

«Recuerda, hermanito, que la mujer con la que has dejado a tu hija una vez fue mía. Y si quisiera, sé qué decir y qué tocar para que, con un chasquido de dedos, volviera a serlo.»

Solo pensar en que eso pudiera pasar me daba un miedo terrible. La amaba tanto que no soportaba la idea de perderla.

Unas semanas después, mis temores se hicieron realidad. Aquel día, mi mundo, tal y como lo conocía, se vino abajo.

Estábamos en el *pub* de Adrián, tomando una copa y bailando. Zaida me dijo que estaba acalorada y que iría al baño a refrescarse. Miré el reloj una, dos veces… y, pasados quince minutos, decidí ir a buscarla. Al llegar al pasillo que conducía a los servicios, lo que vi me dejó paralizado: Adrián la tenía sujeta y la besaba. Fue una imagen que me heló la sangre. Cuando se dio cuenta de que los había visto, me dedicó una sonrisa que jamás olvidaré. Zaida, que estaba de espaldas a mí, se giró al notar su expresión y se encontró con mi mirada. No fue capaz de decir nada.

Me di la vuelta y salí de allí con el corazón en un puño. Ya en la calle, intenté cruzar la carretera, pero alguien me agarró del brazo. Cuando me giré para soltarme, era Zaida. Lloraba desconsolada.

—Pablo, espera… lo que has visto no es lo que parece.

—Tócate los cojones… —dije con una amarga ironía—. Mira que hay frases en el mundo, y vas a elegir justo la más clásica de todas.

—Pero es verdad. Escúchame, por favor. Entre Adrián y yo no hay nada. Ha sido él el que me ha besado —dijo entre sollozos.

—Venga ya, Zaida. No me tomes por idiota. No estoy ciego, ¿sabes? Y no vi que te apartaras en ningún momento.

—Porque me pilló por sorpresa, no me esperaba algo así… —respondió, desesperada. —Solté una carcajada amarga.

—¿Sabes qué? No quiero oír ni una excusa más saliendo de tu boca.

—No son excusas, Pablo. Te juro que te quiero. Nunca te engañaría, ni con Adrián ni con nadie.

—Déjalo, ¿quieres? Y no creas que estoy sorprendido. Siempre supe que seguías enamorada de mi hermano, que nunca lo habías olvidado. Yo solo he sido un sustituto temporal… hasta que él volvió a tu vida.

—¿Pero qué dices? ¿Estás loco? ¿Cómo puedes pensar eso después de todo lo que hemos vivido juntos?

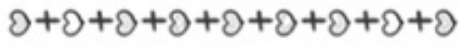
—Estoy muy cuerdo. Él ya me lo advirtió, ¿sabes? Me dijo que tú habías sido su primera vez en todo, y que nunca serías capaz de olvidarlo. Que, cuando quisiera, volvería a por ti… y que tú volverías a ser suya.

Ella me miró con la boca abierta, incapaz de pronunciar palabra, solo con dolor en los ojos.

—No te preocupes, no te guardaré rencor. Os deseo toda la felicidad del mundo. Comprendo que en el corazón no se manda, y el tuyo ya tenía dueño. Desde luego, ese no soy yo.

Me di la vuelta y eché a correr, dejándola allí, sola, llorando en mitad de la calle.

Capítulo 29



Zaida

Cuando le vi marcharse corriendo, mi cuerpo no aguantó más. Caí de rodillas y un grito desgarrador salió de lo más profundo de mi garganta.

¿Qué coño había pasado? ¿Por qué narices me había besado Adrián? Y lo peor de todo fueron las cosas tan duras que me había dicho Pablo. ¿De verdad pensaba que yo podía seguir enamorada de su hermano? ¿Eso creía?

¡Por Dios! Si nunca estuve enamorada de Adrián. Aquello fue un encaprichamiento juvenil, absurdo y fugaz, provocado por la atención que él me daba, por las tonterías de una adolescente que no sabía distinguir entre cariño y deseo. Pero amor, amor de verdad… solo lo he sentido por uno. Por él. Por Pablo.

Y lo que más me dolía, más que todo, fue ver ese brillo de decepción y dolor en los ojos de Pablo, clavándome como cuchillas mientras me hablaba. Ese mismo dolor que ahora se me enredaba por dentro y no me dejaba respirar.

Cuando conseguí calmarme lo justo para sostenerme en pie, levanté la mirada… y ahí estaba él. Adrián. Apoyado contra la pared de enfrente, con los brazos cruzados y esa cara de suficiencia y triunfo que me hizo hervir la sangre.

Corrí hacia él sin pensarlo, y en cuanto estuve lo bastante cerca, le empujé con fuerza en el pecho.

—¿De qué coño te ríes, gilipollas? ¿Te estás divirtiendo con todo esto o qué? —le grité, mientras mis puños descargaban golpes inútiles contra su pecho.

—Mucho —dijo con calma, agarrándome las muñecas para que dejara de golpearle—. He disfrutado una barbaridad viendo el lamentable espectáculo que habéis dado los dos. Y me río para celebrar mi triunfo.

—¿Triunfo? —escupí la palabra como si me supiera a veneno—. ¿De qué estás hablando?

—¿Pues de qué va a ser? —respondió con una sonrisa torcida—. De veros separados. Por fin.

Tuve que dar un paso atrás. Su crueldad me golpeó como una bofetada.

—No… no puede ser… —susurré, sintiéndome mareada—. ¿Me besaste justo al ver llegar a Pablo? ¿Lo planeaste todo para que ocurriera así?

—Siempre fuiste lista, Zaida. Mira qué bien lo has pillado. Todo ese buen rollito, esa cercanía… era puro teatro. Estaba esperando el momento oportuno. Y mira, se me ha dado de lujo.

—¿Pero por qué, Adrián? ¿Qué te hemos hecho nosotros? ¡Tú fuiste el que me engañó en el pasado! Lo nuestro se acabó por tu culpa. Y aunque no hubiera pasado aquello, no habríamos durado. Lo sabes. Ninguno de los dos estaba enamorado.

—Claro que lo sé. Yo nunca te he querido. Fuiste conveniente en su momento, nada más. Fácil, accesible… útil.

—Ya lo entiendo —murmuré, apretando los puños—. No querías hacerme daño a mí. A quien querías destruir era a Pablo.

—Punto para ti. Hoy estás sembrada —dijo, burlón.

—¿Y por qué? ¿Qué te ha hecho Pablo? ¡Te ha sacado de mil líos! ¡Se quedó con tu hija cuando tú desapareciste! ¡Te ha prestado dinero, te ha

cubierto delante de vuestros padres! ¡Nunca te ha dado la espalda! ¡Nunca! Al contrario, te ha protegido incluso cuando no lo merecías.

—Ahí está… El bueno de Pablo. Siempre tan correcto, tan estudioso, tan centrado, tan buen hijo, tan buen padre… No le falta de nada. En cualquier momento le van a beatificar —dijo soltando una carcajada cargada de burla.

—¡¡¡Dios mío!!! —grité, llevándome las manos a la cabeza—. Todo esto… ¿es por pura envidia? ¡No soportas que él tenga una vida feliz y tú no!

—Pues mira, no —respondió, dejando de fingir cualquier otra cosa—. No lo voy a permitir. Con lo demás no puedo hacer nada. En su trabajo, con la niña… lo tiene todo bien atado, como siempre. Así que busqué su punto débil: el corazón.

Hizo una pausa, como si le encantara escuchar sus propias palabras.

—Lleva enamorado de ti desde el mismo día en que te conoció, en aquella comida familiar en casa de mis padres. ¿Tú crees que yo no me di cuenta? ¿Que no noté cómo te miraba? Cuando quedábamos con él, cuando hablábamos, cuando tú hablabas… Habría que haber estado ciego para no verlo.

—Hablaré con él y le contaré todo esto. No pienso permitir que te salgas con la tuya.

—No seas ilusa, Zaida —respondió con esa sonrisa de serpiente que tanto odiaba—. Ya me he salido con la mía. Ya está hecho y no hay vuelta atrás. Sembré la duda en él hace tiempo, así que, digas lo que digas, Pablo no te va a creer. Y mucho menos después del beso que nos ha visto darnos esta noche.

—Estás muy equivocado si piensas que voy a dejar las cosas así. Pienso luchar por recuperar a tu hermano, cueste lo que cueste, porque le quiero con todo mi corazón.

—Te deseo mucha suerte entonces —contestó con fingida amabilidad—. La vas a necesitar. Pablo no cederá; le conozco muy bien. Esto no lo va a perdonar.

—¡¡¡Vete a la mierda!!! —le grité con todas mis fuerzas.

Me di la vuelta y salí corriendo. No estaba dispuesta a seguir escuchando una palabra más de todo el veneno que salía por su boca.

Al doblar la esquina, vi una parada de taxis. Me subí al primero que había libre y le di la dirección de la casa de mis amigos. No quería ir a casa de mi abuela; no podía dejar que me viera en ese estado.

Cuando Sofía abrió la puerta y me vio la cara, lo supo al instante. No preguntó nada. Simplemente, me abrazó y me arrastró hasta el sofá para que me sentara. Le pidió a Rubén que me hiciera una tila, y cuando este la trajo, se sentaron a mi lado, sin decir una palabra, esperando a que bebiera, respirara y consiguiera serenarme lo suficiente como para empezar a hablar.

Pasaron varios minutos hasta que pude hacerlo. Aún temblando, empecé a contarles todo lo que había ocurrido aquella noche: cómo Adrián me había besado a traición, cómo Pablo nos había visto, la discusión que siguió, y las palabras tan crueles que Adrián me había dicho después.

Cuando terminé, me miraban los dos, igual de impactados que yo cuando todo había sucedido.

—Ese hijo de puta retorcido… —murmuró Rubén, con los puños cerrados —. Más le vale que se marche de Madrid, porque como me lo cruce, va a tener que comer con pajita el resto de su miserable vida. Le voy a dar tantas que no le va a quedar ni un diente sano.

—Está claro que la envidia es una de las peores enfermedades que existen —añadió Sofía, intentando mantener la calma.

—¿Qué voy a hacer, chicos? Vosotros no visteis a Pablo… lo enfadado y devastado que estaba. No creo que quiera ni volver a mirarme a la cara — dije, y al instante se me quebró la voz y volví a llorar.

—Lo primero: dejar de llorar, que con eso no vamos a conseguir nada — me dijo Sofía con su tono firme pero tierno, mientras me secaba las lágrimas

del rostro—. Y lo segundo: no te preocupes, porque te vamos a ayudar en todo lo que haga falta para conseguir que te escuche.

—Maldita la hora en que permitimos que Adrián entrara de nuevo en nuestras vidas…

—A mí nunca me dio buena espina —intervino Rubén, cruzado de brazos, con el ceño fruncido—. Se presenta aquí de repente, con cara de niño bueno, haciendo de arrepentido… Vaya actor que se ha perdido Hollywood, porque el papel se lo ha montado de Oscar.

—Sí, la verdad es que nos ha tenido engañados a todos. Lo peor es que se ha vuelto a ganar la confianza de su hermano… y seguro que ya ha ido con el cuento de que fui yo la que me lancé a besarle.

—Con toda la mierda que le habrá metido a Pablo en la cabeza, va a ser difícil que te escuche —reconoció Sofía—. Pero no puedes rendirte, Zaida. Ese hombre está enamorado de ti, tanto como tú de él. Y eso no se borra con una mentira, por muy bien armada que esté.

—Lo sé —dije secándome la cara—. Y no pienso rendirme.

—Bien. Pues ahora vámonos todos a descansar —dijo Sofía, levantándose —. Mañana veremos las cosas con más claridad, y pensaremos mejor qué vamos a hacer para arreglar este lío. Lo que no podemos es dejar que ese capullo se salga con la suya.

Me tomó de la mano y me llevó a la habitación de invitados. Me ayudó a meterme en la cama y me arropó como si fuera una hermana.

Cuando me levanté por la mañana, mi estado de ánimo no había mejorado en absoluto. No había sido capaz de pegar ojo en toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de Pablo gritándome en plena calle volvía a mi cabeza como una pesadilla recurrente, clavándose en mi pecho como un puñal. Y luego estaba Eva… mi niña. ¿Me dejaría Pablo volver a verla? Esa era otra de las cosas que me estaba destrozando por dentro. No solo lo había perdido a él, sino también a ella. A los dos. Y todo… por la maldad calculada de Adrián.

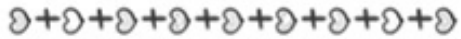
Después de desayunar con los chicos, me di una ducha y me vestí con ropa que me prestó Sofía. Quería ir a casa de mi abuela para contarle todo. No sabía qué le habría dicho Pablo la noche anterior cuando fue a recoger a Eva, pero necesitaba hablar con ella cuanto antes.

Nada más abrir la puerta, mi abuela me bombardeó con preguntas. Parecía un agente del FBI en pleno interrogatorio. Me costó que se callara y me dejara hablar. Pero cuando por fin lo hizo, le conté todo lo que había pasado. No me dejé nada dentro.

Si Sofía y Rubén se habían enfadado cuando se lo conté, lo de mi abuela fue otro nivel. En mi vida había oído a nadie soltar tantos insultos tan seguidos y con tanta soltura. Estoy convencida de que si hubiera tenido a Adrián delante, lo habría estrangulado con sus propias manos, sin pestañear.

Con todo, aún tenía la esperanza de que las cosas pudieran solucionarse. Pensé en ir directamente a casa de Pablo para intentar hablar con él… pero sabía de antemano que no me abriría ni la puerta. Así que decidí hacerlo al día siguiente en el hospital. Allí, por lo menos, no podría evitarme tan fácilmente.

Capítulo 30



Zaida

Llegué al hospital hecha un manojo de nervios. Lo primero que hice fue ir a la guardería. Necesitaba ver a Eva y darle un abrazo, aunque fuera solo un minuto. Cuando me acerqué para saludarla, las chicas de la guardería me miraron con cara de pena y me dijeron que no me podían dejar pasar a ver a la niña. Tenían orden expresa de su padre de que no me dejaran acercarme.

Eso fue algo que me dolió en el alma. Estaba claro que Pablo quería hacerme daño y, prohibiéndome ver a Eva, sabía perfectamente que daría justo en el blanco.

Con el corazón latiéndome en la garganta, me dirigí al despacho de Pablo, dolida y enfadada, con un nudo en el pecho que apenas me dejaba respirar. Cuando llegué, abrí la puerta sin llamar, de un tirón, y la cerré de un portazo que resonó por todo el pasillo.

—¿Qué pasa, que has perdido los buenos modales también y ya no sabes que, antes de entrar en un sitio, hay que llamar a la puerta? —me soltó en cuanto me vio, con un tono frío, afilado como una navaja.

—Déjate de gilipolleces, Pablo. ¿En serio me has vetado el contacto con Eva? —le solté sin rodeos, con un temblor de rabia en la voz.

—Eva es mi hija. Tú no eres nadie para ella. Y como su padre, tengo el poder y el derecho de decidir quién quiero que esté cerca de ella —dijo,

dejando cada palabra caer como una losa. Sus ojos estaban llenos de furia, pero también… de dolor.

—¿Cómo puedes decir que no soy nadie para ella? —contesté, con la voz quebrada—. La quiero como a una hija. No la habré parido, pero como si lo hubiera hecho. ¿Te has olvidado de todo lo que hemos vivido juntos los tres?

—Pues vete olvidándote de ella, porque no pienso permitir que mi hija tenga contacto con una persona tan ruin como tú —al decir eso, vi cómo sus ojos se encendían de rabia.

—¿Ni siquiera vas a dejar que te cuente mi versión? ¿Ni el beneficio de la duda merezco? —pregunté, sintiendo las lágrimas nublarme la vista.

—Si piensas que tus lágrimas de cocodrilo van a ablandarme, vas lista. A mí no me engañas más —su voz era una muralla, dura, seca.

—Pablo, por favor… —le rogué en un susurro, porque ya no me quedaban fuerzas ni orgullo.

—Ni «por favor» ni hostias. Haz el favor de salir de mi despacho. Tengo mucho trabajo, y no quiero volver a verte cerca de mí… ni de la niña.

—Te estás equivocando. Adrián es un manipulador que ha jugado con nosotros desde el principio.

—No vengas también a meter mierda entre mi hermano y yo, porque no te lo voy a permitir. Él ya vino a verme anoche y me lo contó todo —me cortó.

—¿Ah, sí? ¿Y me puedes decir qué te ha contado? Porque me apuesto lo que quieras a que, de su boca, no ha salido ni una sola verdad —dije, dándole un paso al frente.

—Ya me advirtió que vendrías diciendo que él había sido el culpable de todo, cuando la que ha estado detrás de él desde que llegó a Madrid has sido tú —me dijo con un tono helado que me partió el alma.

—¿Yo detrás de él? Mira, ahora mismo, si me pinchan no sangro, te lo juro. No se puede ser más retorcido y mentiroso que tu hermano.

—¿Miente? ¿Estás segura? Porque yo mismo te vi ayer besándole. No creas que se me ha olvidado. Y fuiste tú la que lo besó a él, no al revés.

—¡Claro que miente! Miente en eso y en todo lo demás.

—Te pido por segunda y última vez que salgas de mi despacho. No quiero tener que sacarte de aquí de otra manera. Esta conversación se acaba aquí y ahora.

A partir de este momento, y hasta que termines tu residencia, nuestro trato será exclusivamente profesional… y lo menos posible. —Remató sin levantar la voz, pero con una frialdad que me heló por dentro.

—Solo espero que cuando abras los ojos y te des cuenta del error que estás cometiendo, no sea demasiado tarde —le dije con las lágrimas ya desbordándome.

Después de pronunciar esas palabras, salí de allí casi corriendo y me refugié en el baño. Apoyé las manos en el lavabo, miré mi reflejo en el espejo y rompí a llorar con todo el alma.

✣ ✣ ✣ ✣

Una semana había pasado desde la fuerte discusión que habíamos tenido Pablo y yo en el despacho. El ambiente en el hospital se podía cortar con un cuchillo. Todos los compañeros habían notado cómo apenas nos hablábamos y, cuando lo hacíamos, era solo por cuestiones de trabajo: frases cortas, monosílabos… el mínimo contacto posible.

Los dos días que cogí de descanso para intentar desconectar no sirvieron de nada. Seguía con un estado emocional por los suelos y físicamente tampoco estaba mejor. Había perdido mucho peso y me encontraba agotada, sin energía. Mi abuela estaba muy preocupada y no dejaba de insistirme en que debía comer más. Pero es que no me entraba nada… y lo poco que comía, la mayoría de las veces acababa vomitándolo.

Sofía también estaba preocupada y me hizo prometerle que si seguía así, pediría que me hicieran unos análisis para ver si me faltaba alguna vitamina o si había algo más.

Llegué, como cada mañana, a la sala de descanso donde tomaba el primer café del día con Sofía. En cuanto me vio entrar, frunció el ceño.

—Cada día tienes peor cara, Zaida. No puedes seguir así. Parece que en vez de venir de descansar dos días, vienes de correr una maratón.

—Tienes razón. Cada día me encuentro peor. Si mañana sigo igual, pediré hora para una revisión.

—Eso espero, porque si no vas, te voy a llevar yo de los pelos —me dijo, intentando sonar seria, aunque en su voz se colaba la preocupación.

En ese momento se abrió la puerta y entró un hombre con bata de médico, de unos cuarenta años. Miró alrededor, repasando las caras de todos los que estábamos allí, como si buscara a alguien en concreto.

—Buenos días a todos. Estoy buscando a la doctora García. ¿Sabéis dónde puedo encontrarla? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

—Soy yo. ¿Qué desea? —le respondí, extrañada.

—Hola, soy el doctor Fernández. A partir de hoy seré su nuevo adjunto —dijo mientras me tendía la mano para saludarme con una sonrisa profesional.

—Perdone… no entiendo nada. ¿Dónde está el doctor Torres? —pregunté frunciendo el ceño.

—El doctor Torres ha solicitado una excedencia. Ya no trabaja en este hospital…

No escuché nada más.

En el momento en que oí esas palabras, el suelo pareció desaparecer bajo mis pies. Sentí un zumbido en los oídos, el corazón desbocado… y todo se volvió negro.

Oía varias voces de fondo llamándome, pidiéndome que abriera los ojos. Entre todas pude distinguir la de Sofía, que me rogaba que despertara. Cuando por fin conseguí abrir los ojos, su rostro fue lo primero que vi, inclinado sobre mí, y en su mirada se reflejaba una preocupación inmensa.

—Dios mío, Zaida, nos has dado un susto de muerte. Menos mal que uno de los celadores que estaba detrás de ti ha sido rápido y ha conseguido agarrarte, porque si no te habrías abierto la cabeza. ¿Cómo te sientes?

—Estoy muy mareada… y tengo el estómago revuelto —contesté con la voz apenas audible.

—¿Puedes levantarte y sentarte en esta silla de ruedas? Quiero que vayamos a mi consulta. Allí hablaremos más tranquilas. Tengo una ligera sospecha… y quiero salir de dudas.

—Sí… dame la mano, por favor, para poder levantarme despacio y sentarme.

Entre Sofía y otro compañero que aún seguía allí, me ayudaron a incorporarme. Cuando les aseguré que ya me encontraba un poco mejor, nos dirigimos a la consulta de mi amiga.

Al entrar, el mareo había remitido casi del todo, y pude ponerme en pie sin tambalearme para sentarme en la silla frente a su escritorio. Sofía tomó asiento frente a mí, con ese gesto serio que solo ponía cuando sabía que algo importante iba a decirme.

—No me voy a andar con rodeos, Zaida —empezó, con voz serena pero firme—. Llevo unos días sospechando lo que te pasa, y no vas a salir de esta consulta hasta que estemos seguras de si tengo razón o no.

—¿Y qué crees que es lo que me pasa? Porque, sinceramente, yo no tengo ni idea —le respondí, un poco a la defensiva.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste la regla? —preguntó de repente.

Me quedé en blanco unos segundos. Mi mente empezó a hacer cálculos rápidos y, cuando la respuesta me golpeó de lleno, si no hubiera estado

sentada, me habría vuelto a caer redonda.

—¡Dios mío! ¿Tú crees que yo…? —No fui capaz de terminar la frase. El aire se me quedó atascado en la garganta.

—Puedes decirlo en voz alta —me dijo con dulzura—. No porque no lo digas lo hará menos real. Y sí, Zaida, creo que estás embarazada.

—No puede ser, Sofi. Ya sabes que tomo pastillas anticonceptivas, tú misma me las recetaste para regular mis ciclos —contesté, cada vez más agobiada.

—No creo que, siendo médica, tenga que recordarte que ningún método anticonceptivo es infalible. El único cien por cien seguro es la abstinencia… y esa, precisamente, tú te la has saltado bastante últimamente.

—Solo espero que estés equivocada, porque me puede dar un tabardillo si tienes razón —murmuré, intentando bromear.

—Vamos a salir de dudas en pocos minutos. Lo que tardes en desvestirte y tumbarte en la camilla. Así que venga, pasa al baño que voy preparando todo —dijo mientras se levantaba para preparar el ecógrafo.

Salí del baño con las manos temblorosas y el corazón acelerado. Me tumbé en la camilla, incapaz de dejar de morderme el labio. Sofía me apretó la mano, regalándome una mirada de apoyo que intenté devolverle con una media sonrisa. Comenzó la exploración, y al cabo de unos segundos decidió que una ecografía vaginal sería lo mejor para verlo todo con claridad. Sofía observaba la pantalla muy concentrada. Pasaron unos segundos eternos y, cuando vi cómo se dibujaba una sonrisa en su rostro, supe, sin necesidad de palabras, que tenía razón en sus suposiciones.

—Yo tenía razón, Zaida. Mira… aquí los tenemos —me dijo Sofía, señalando la pantalla.

Pero yo no miré. En mi mente solo se había quedado flotando una palabra.

«Los».

—¿Perdona? —pregunté, sin aliento—. Creo que te he oído mal… ¿Has dicho los?

—Me has oído perfectamente —me respondió mirándome con una mezcla de ternura y asombro—. He dicho los, porque lo son. Dos, concretamente. Gemelos, para ser más exacta.

Al oír la palabra gemelos, comencé a hiperventilar.

—¡¡¡Vigencita de mi vida y de mi corazón!!! Pero… ¿qué coño voy a hacer yo sola con dos criaturas? ¡Y sin padre, además! —dije llevándome las manos a la cabeza, completamente desbordada.

—Tranquila. Respira despacio, Zaida, o al final me vas a obligar a pincharte un sedante, hija mía.

—¿Cómo quieres que me calme, Sofía? ¿Tú ves la que se me viene encima? —respondí al borde del llanto, con la voz hecha un nudo.

Sofía se acercó y me agarró la mano con firmeza.

—Zaida, no vas a estar sola en esto. ¿Vale? Rubén y yo vamos a estar contigo, y con los pequeños, para lo que necesitéis. Y por supuesto tu abuela también, que ya me la estoy imaginando, dando botes de alegría cuando se lo cuentes —dijo envolviéndome en un abrazo lleno de cariño.

—Muchas gracias… De verdad, ¿qué haría sin vosotros? Mis hijos van a tener los mejores padrinos del mundo —le susurré al oído, devolviéndole el abrazo con todas mis fuerzas.

Se hizo un pequeño silencio, como si Sofía estuviera eligiendo bien sus palabras.

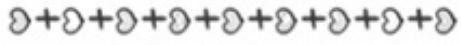
—Ahora viene la pregunta más difícil —añadió, en tono suave—. ¿Vas a decírselo a Pablo? No quiero meterme donde no me llaman, pero si quieres mi opinión… creo que deberías. Es el padre, y tiene derecho a saberlo.

—Por supuesto que voy a decírselo. Nunca le ocultaría algo así. Le diré que va a ser padre… Y si decide que no quiere saber nada, pues lo asumiré.

Yo sola criaré a mis hijos —dije con firmeza, aunque me temblaba un poco la voz.

Sofía solo asintió, dándome a entender que estaba de acuerdo. Pero en su mirada había algo más… como si supiera que esa conversación con Pablo no iba a ser tan sencilla.

Capítulo 31



Pablo

Tres meses habían pasado desde que Eva y yo nos habíamos ido de Madrid. Los peores tres meses de mi vida. No conseguía olvidar a Zaida, ni de noche ni de día. Estaba en mis pensamientos constantemente, como una herida abierta que no cicatrizaba.

Y no era el único que la echaba de menos. Eva preguntaba por ella con frecuencia, y yo ya no sabía cómo explicarle que no volveríamos a verla. Era tan pequeña que no entendía nada de lo que había pasado, solo sabía que su tata Za ya no estaba, y eso la ponía triste. Y a mí… me partía el alma.

Tenía en el móvil varias llamadas perdidas suyas… y tres mensajes a los que nunca respondí. No quería tener ningún tipo de contacto con ella, ni saber nada de su vida, ni si seguía viéndose con mi hermano. Aunque me costara admitirlo, casi me sabía los mensajes de memoria. Mi cabeza me decía que los borrara, que ya no tenían sentido, pero mi corazón se negaba a hacerlo. Porque, en el fondo, era lo único que me quedaba de ella.

Saqué el móvil en ese momento, como había hecho otras tantas veces, y volví a leerlos.

Zaida: *Hola, Pablo. Sé que no quieres saber nada de mí, pero tengo algo que contarte. He tenido que recurrir a contactar contigo por mensaje porque no coges ninguna de mis llamadas. Por favor, contesta. Es importante.*

Zaida: *Hola otra vez, Pablo. Respeto que no quieras saber nada de mí, eso me ha quedado claro… pero de verdad que es importante lo que tengo que decirte. Llámame, por favor.*

Zaida: *Hola, Pablo. Este es el último mensaje que te mando. Hablemos. Si no contestas, no volveré a insistir. Solo quiero decirte una última cosa. Espero que tú y Eva seáis muy felices en vuestras vidas. Os quiero.*

Cuando regresé a Barcelona, les conté a mis padres todo lo que había pasado, sin omitir nada. Ellos también conocían a Adrián, sabían cómo era y de qué era capaz, y aunque fuera su hijo, no se fiaban de él al cien por cien. Me dijeron que debería haber escuchado a Zaida, que por lo menos merecía el beneficio de la duda. Que si tan importante era lo que tenía que decirme, quizá debía haberle dado la oportunidad de explicarse.

Sus palabras se quedaron rondando en mi cabeza como un zumbido que no se iba. ¿Y si tenían razón? ¿Y si el que había mentido era él? Solo de pensarlo, se me encogía el pecho. Porque si era así, si Zaida había dicho la verdad desde el principio… entonces yo, por orgullo, habría perdido al amor de mi vida.

Aquella noche llevé a Eva a casa de mis padres para que se quedara a dormir allí. Yo había quedado con algunos compañeros del hospital para tomar unas copas y despejarme un poco. Me hacía falta.

Fuimos a un *pub* nuevo, el del amigo de Adrián. Él me había insistido en que me pasara, que me gustaría, porque era muy parecido al que él trabajaba en Madrid. Y tenía razón. El ambiente era animado, buena música, buena gente… pero yo seguía con la cabeza en otra parte.

Estaba distraído, pensativo, perdido entre recuerdos que no me daban tregua, cuando una mujer preciosa se acercó a mí con una sonrisa y me preguntó si quería bailar. La verdad, no tenía muchas ganas… pero su insistencia, y las ganas de no pensar por un rato, me hicieron ceder.

Sonaba una bachata bastante conocida, y aunque no es que yo fuera un gran bailarín, me defendía bastante bien. La mujer —que me dijo que se llamaba Tamy— se movía como si fuese una profesional. Juntos nos

marcamos un baile tan sensual que parecía que estábamos follando en la pista. Cuando terminó la canción, me agarró por el cuello y me besó de una manera que acabé más duro que una piedra.

Después del espectáculo que habíamos dado, se acercó a la mesa donde tenía sus cosas, las cogió y se marchó sin decir ni adiós. Me pareció un poco rara su actitud. No es que yo tuviera intención de irme con ella aquella noche —bueno, ni con ella ni con nadie, para ser sincero—, pero un poco de charla después del baile no le habría hecho daño a nadie. Y con lo que acabábamos de compartir, esperaba al menos eso.

Volví con mis compañeros después de pedir otra copa en la barra y, cuando me senté, uno de ellos me soltó:

—Joder, macho, me he puesto hasta cachondo viéndoos bailar. Si esa mujer se mueve así en la pista, no quiero ni pensar cómo lo hará en la cama.

Todos soltamos una carcajada.

—A mí lo que me ha parecido raro es que le dijera al camarero que os grabara con el móvil mientras bailabais —añadió otro—. Pero cuando se fue, tampoco se despidió de él.

—¿Qué has dicho? ¿Nos han grabado? —le pregunté, con el ceño fruncido.

—Sí, cuando venía del baño la oí decirle al camarero que con el siguiente hombre que bailara era con el que tenía que grabar. Pensarás que soy un desconfiado, pero eso no me da buena espina, la verdad.

—A mí tampoco… ahora vuelvo —les dije, levantándome para ir directo a la barra y hablar con el camarero.

Cuando el pobre chico me vio llegar, se puso tan nervioso que hasta se le cayó el vaso que tenía en las manos. Ahí ya supe que no había sido una casualidad. Estaba pasando algo raro, y no pensaba marcharme sin saber de qué iba todo aquello.

No me costó mucho intimidarlo. Solo tuve que apretarle un poco y cantó como un pajarillo. Me dijo que esa mujer, la tal Tamy —que ni siquiera se

llamaba así en realidad—, era amiga del dueño. Entre los dos le habían dicho, antes de empezar su turno, que tenía que estar atento. Que cuando ella le avisara, tenía que grabar el baile y el beso del final. Después, debía pasarle el vídeo a su jefe. No estaba del todo seguro, pero me insinuó que su jefe le debía un favor a alguien, y que con ese vídeo, la deuda quedaría saldada.

No tuve que escuchar más. Ya sabía quién estaba detrás de todo eso: el puto Adrián. Le pregunté al chico dónde estaba su jefe. Me señaló un pasillo que llevaba a su despacho. Fui directo hasta allí, abrí la puerta de un tirón y la cerré de un portazo.

—Me vas a explicar ahora mismo por qué cojones me han grabado bailando con esa mujer —le solté, ardiendo por dentro.

—Eh, tranquilo… que solo estaba devolviendo un favor a un amigo.

—¿Ese amigo no se llamará Adrián, por casualidad? —le solté con ironía.

—Mira, tío, yo no sé qué movidas os traéis entre los dos, pero no quiero líos. Solo me dijo que tenía que grabar a un tío que vendría esta noche en actitud cariñosa con una mujer. Me mandó una foto tuya para saber quién eras y mi amiga me ha echado un cable para poder hacerlo. Con eso queda saldada la deuda que tenía con él. Lo que tengas que decir, díselo a él.

—Tranquilo… que decírselo, le voy a decir muchas cosas a ese cabrón. Solo quiero saber una cosa más: ¿para qué quería el vídeo?

—No estoy seguro del todo, pero creo que era para enseñárselo a una mujer…

No dije nada más. Me di la vuelta y me marché.

Tenía clarísimo lo que iba a hacer Adrián con ese vídeo. Solo había una mujer que los dos conocíamos, a la que él se lo enseñaría.

La pregunta era… ¿si ella estaba enamorada de él y no de mí, por qué quería que me viera con otra mujer?

Necesitaba respuestas. Y solo podía encontrarlas en un sitio.

Tenía que volver a Madrid.

Salí casi sin despedirme de los chicos, que se quedaron mirándome sorprendidos al ver mi cara de cabreo. Solo les dije que ya les contaría todo en otro momento, que ahora tenía mucha prisa.

Cuando les conté a mis padres lo que había pasado y mis sospechas de que Zaida nunca había mentido, de que todo había sido una trama de Adrián para separarnos, mi madre rompió a llorar. No dejaba de repetirse, entre sollozos, qué había hecho mal para que su hijo pudiera llegar a ser tan dañino.

Cuatro días después nos despedíamos de mis padres en el aeropuerto. Si no nos habíamos ido antes, era porque no había encontrado vuelos disponibles; y hacer el viaje en coche no era una opción, habría sido muy pesado para Eva. Mis padres se ofrecieron a quedarse con ella, pero no quise separarme de mi hija ni un solo día más.

Los días que tuvimos que esperar antes de marcharnos los aproveché para llamar al hospital de Madrid y solicitar mi reincorporación. El piso no lo había dejado, seguía pagando el alquiler, y todas nuestras cosas seguían allí. Cuando me fui solo me llevé una maleta con ropa, porque en el piso de Barcelona teníamos todo lo necesario para Eva.

Cuando llegamos al aeropuerto de Madrid, cogimos un taxi directo a casa. Solo quería descansar y preparar mi cabeza para enfrentarme a la verdad al día siguiente.

A la mañana siguiente dejé a Eva en la guardería. Las cuidadoras y los niños se alegraron muchísimo de volver a verla, y ella, encantada, se quedó jugando feliz entre risas y juguetes. Verla así me dio un poco de paz… la que sabía que me duraría poco.

Le había pedido al director del hospital que no le dijera a nadie que me reincorporaba ese día. Quería enfrentarme a Zaida sin que estuviera preparada para mi regreso.

Recorrí los pasillos rápido, evitando cruzarme con demasiada gente que pudiera avisarla. Al llegar, dejé dicho en el puesto de enfermería un mensaje:

que cuando la doctora García llegara a su puesto, se pasara por el despacho de su adjunto para tratar un asunto importante.

Me senté en el despacho, con los nervios mordiéndome el estómago. ¿Qué me diría al verme? ¿Me odiaría? ¿Me echaría de su vida para siempre? Intenté prepararme mentalmente para cualquier reacción posible. Lo único que tenía claro era que, cuando cruzara esa puerta, la sorpresa sería enorme.

Y vaya si lo fue.

Cuando por fin la puerta se abrió, la que me dejó sin aliento fue ella.

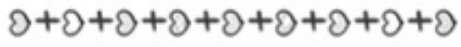
Zaida estaba embarazada. Y por el tamaño de su barriga… el bebé que llevaba dentro era mío. En ese instante sentí cómo se me caía el mundo encima. Me convertí en el ser más despreciable del planeta. Ella me había llamado, me había escrito, había intentado hablar conmigo varias veces, seguramente para decirme que iba a ser padre… y yo la había ignorado.

Me levanté como pude, porque todo mi cuerpo temblaba, y me acerqué a ella, despacio, con la mano extendida. Solo quería tocar su vientre, sentir aunque fuera un segundo a ese pequeño pedazo de mí que crecía dentro de ella. Pero antes de que mis dedos llegaran a rozarla, Zaida dio un paso atrás, con calma, y sin apartar los ojos de los míos, me dijo:

—No me toques.

Tres palabras. Solo eso.
Pero no hicieron falta más para terminar de hundirme.

Capítulo 32



Zaida

—No me toques. —Fueron las palabras que salieron de mi boca cuando le vi acercarse para tocarme la barriga, y le hicieron pararse en seco. Su cara pasó de la sorpresa al dolor en décimas de segundo.

—Zaida…

—¿Qué haces aquí, Pablo? Pensé que nunca más te volvería a ver, que ya habías rehecho tu vida en Barcelona.

—¿Qué vida, Zaida? Mi vida se acabó cuando te perdí.

—No me perdiste, Pablo. Me echaste de tu vida, que no es lo mismo.

—Lo sé… Fui un gilipollas cegado por los celos.

—¿Qué celos? Yo nunca te di motivos para que los tuvieras. Solo tenía ojos para ti —le dije con pesar.

—Desconfiar de ti y creer a Adrián fue el mayor error de mi vida.

—No quisiste escucharme, Pablo. Te lo dije aquel día en la calle, y después… en este mismo despacho. Yo no había hecho nada —le recriminé.

—Ahora lo sé —dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Todo lo que me dijiste me hizo mucho daño… pero que me prohibieras ver a Eva… eso… eso me destrozó.

—Y no tendré vida suficiente para pedirte perdón por todo —dijo, tapándose la cara con las manos.

—No tienes que pedirme perdón por nada. No te guardo rencor, ni siquiera estoy enfadada… solo decepcionada.

—Te entiendo. Yo también lo estoy… conmigo mismo. No se daña a quien se quiere, y yo lo he hecho.

—¿Tienes pensado quedarte… o solo estás de paso?

—He vuelto para quedarme. He vuelto para recuperarte. Si antes tenía claro que haría todo lo que estuviera en mi mano para conseguirlo… ahora tengo un motivo más para luchar por ello —dijo, señalando mi barriga.

—Dos…

—¿Qué? —preguntó confundido.

—Que aquí dentro hay dos motivos —dije acariciando mi barriga, mientras una sonrisa se me escapaba sin querer.

—¿Me estás diciendo que hay dos bebés ahí dentro? ¿Qué voy a ser padre por partida doble? —Yo solo asentí, riendo al ver su cara de asombro.

—Dos niños, para ser más precisa.

—¿Dos niños…? Dios mío… ¿Cómo he podido ser tan necio y perderme todo esto desde el principio? Dime que todo va bien, Zaida. Que los tres estáis bien, por favor… porque estoy a punto de que me dé un infarto.

—Estamos estupendamente los tres. Estoy casi de seis meses. Con todo lo que pasó… no lo supe hasta bastante tiempo después. Pensé que mi malestar era por el estrés… por lo nuestro. —Al oírme decir eso, soltó el aire despacio, como si acabara de quitarse un peso enorme de encima.

—¿Pu… puedo tocarte, por favor? —Oír su ruego y ver su cara de súplica me ablandó. Asentí con la cabeza.

Se acercó lentamente y posó las dos manos sobre mi barriga. Empezó a acariciarla con una dulzura que me desarmó. La emoción se le notaba en cada rasgo. Tenía la cara cubierta de lágrimas. Se arrodilló y, tras darme dos suaves besos, habló con los ojos clavados en mi vientre, dirigiéndose a los niños…

—Hola, chicos, soy papá. Siento muchísimo haberme marchado y haberos abandonado, pero ahora estoy aquí… y no pienso volver a marcharme nunca más. Os amo a los tres con locura. —Al oírle decir eso, la que empezó a llorar fui yo.

Se levantó, y mientras secaba mis lágrimas con sus manos, me preguntó:

—¿Puedo abrazarte?

No me salían ni las palabras, así que solo asentí.

Nos fundimos en un abrazo durante el cual volvimos a llorar los dos, sin decir nada, sin necesitarlo. Cuando nos separamos, le hice la pregunta que me moría por soltar:

—¿Puedo ver a Eva?

No me contestó. Solo me agarró de la mano, abrió la puerta y me llevó en dirección a la guardería.

Cuando Eva me vio, los chillidos que soltó llamándome «¡Tata Za!», se oyeron, probablemente, en todo el hospital. Estuvimos un buen rato juntas. Estaba claro que ella me había echado tanto de menos como yo a ella. Nos costó un mundo que me soltara para volver con las cuidadoras.

Después, regresamos a nuestra ala de Urgencias para comenzar el turno. Pablo insistió en que dejara para él las tareas más pesadas o exigentes, no quería que me agotara demasiado.

Quedamos para comer juntos y tuvimos una larga conversación. Le conté todo lo que ocurrió el día del famoso beso y lo que vino después, como cuando Adrián —al que no había vuelto a ver desde entonces— se presentó por sorpresa en el hospital y me abordó a la salida para enseñarme un vídeo en el que Pablo aparecía bailando con una mujer… y al final, ella lo besaba. O más bien, se lanzaba sobre él.

Cuando Pablo me explicó que todo aquello había sido orquestado por Adrián, gracias a las sospechas de un compañero que presenció cómo preparaban la grabación, tuve más claro que nunca que habíamos sido dos marionetas en manos de su hermano. Un manipulador que nos había movido a su antojo con el único fin de separarnos.

Al terminar el turno, me pidió que fuéramos a cenar a su casa con Eva, pero le dije que necesitaba algo de tiempo para asimilar su vuelta. Aún no me sentía preparada para compartir con él algo más allá de una conversación. Lo entendió perfectamente y me aseguró que me daría todo el tiempo del mundo, que no tenía ninguna prisa, que no pensaba volver a irse… y que esperaría lo que hiciera falta.

El día de la siguiente ecografía le pedí que me acompañara. Quería que conociera a sus hijos. Cuando llegamos a la consulta, Pablo estaba nerviosísimo. No solo por ver a los niños, sino porque sabía que tendría que enfrentarse a Sofía, que —según él mismo— le «pondría las pilas sin filtro», tal y como había prometido cuando le conté lo que había pasado. Cuando les conté a mis amigos la verdad sobre Adrián y el regreso de Pablo, no salían más que sapos y culebras de la boca de los dos.

Entramos en la consulta, y allí estaba Sofía, esperando con cara de pocos amigos. En cuanto nos vio, no dejó pasar la oportunidad para soltar la primera pulla:

—Pero bueno, mira a quién tenemos aquí. El desertor ha vuelto. ¿Has vuelto para quedarte… o solo hasta que te dé otro ataque de cuernos imaginarios?

—Sofía, por favor, vamos a tener la fiesta en paz —le dije.

—Déjala, Zaida. Merezco todo lo que me diga y más… por cobarde —contestó Pablo.

—Pues la que te espera es buena, porque pienso estar tocándote los *kinder* hasta que tenga claro que no vas a volver a hacerle daño a mi amiga —le dijo ella, con toda su chulería habitual.

—Puedes hacer y decir todo lo que quieras, menos sacarme los ojos… que esos los necesito para ver crecer a mis hijos y mirar a Zaida el resto de mi vida. —Y las dos soltamos una carcajada por lo serio que lo dijo.

—Me lo pensaré. Pero hoy, de momento, te los dejo… para que puedas conocerlos. Sube a la camilla, mamá, que vamos a ver cómo van mis ahijados. A ver si es posible que hoy se estén un poco tranquilos y nos dejen verles la cara, porque la última vez solo vimos dos culos y las joyas reales que traen entre las piernas.

Me subí a la camilla y me bajé un poco el pantalón para que pudiera echar el gel en la barriga. Empezó a pasarme el ecógrafo lentamente, tomando los datos que necesitaba para el registro, y finalmente giró la pantalla para que pudiéramos verlos.

—Bueno, pues aquí los tenemos. Hoy se han portado superbién. Se les ve perfectamente. Uno se está chupando un dedo y el otro se agarra un pie. ¡Venga, chicos, saludad a papá y mamá! —dijo, y añadió riéndose—: Mientras tanto, voy a por un par de toallitas para que os limpiéis… que me están dejando todo pringado de babas, los guapos estos.

—Son preciosos, Zaida… Gracias —susurró Pablo, dándome un beso en la cabeza, emocionadísimo al ver por primera vez a sus hijos.

—Sí que lo son —dije yo, igual de emocionada.

Cuando salimos de la consulta, fuimos a buscar a Eva a la guardería. Pablo quería ir a ver a mi abuela para hablar con ella y darle todas las explicaciones que hicieran falta.

Dos horas duró el sermón que mi abuela le echó a Pablo… y él lo aguantó como un campeón, dándole la razón en todo. Porque la tenía, no por otra cosa.

Cuando Pablo y Eva se marcharon a su casa —con berrinche de la pequeña incluido porque no quería separarse de mí—, mi abuela me dijo algo que me dejó pensativa y a lo que estuve dándole vueltas toda la noche.

—Zaida, ¿vas a perdonar a ese hombre y vivir con él y con tus hijos el resto de tu vida? —me preguntó muy seria.

—Sabes que lo quiero con toda mi alma, abuela… pero tengo miedo. Miedo de que me vuelva a hacer daño.

—Ese hombre besa el suelo por donde pisas, hija, y no volverá a hacerte daño nunca más. No intencionalmente, al menos.

—¿Eso piensas? —le pregunté con la voz temblorosa.

—No lo pienso, Zaida. Lo sé. No vas a encontrar a otro hombre que te mire como él lo hace. Además, recuerda que tienes una promesa que cumplir —añadió, y yo fruncí el ceño sin entender.

—¿Qué promesa? —pregunté, intrigada.

—Solo quien te haga sonreír con los ojos, la boca y el corazón será digno de tu amor —dijo, recordándome las palabras de mi madre.

—Pablo me hace sonreír así…

—Pues creo que tú misma ya te lo has dicho todo.

—Gracias, abuela —le dije, dándole un abrazo largo, de esos que curan.

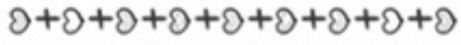
—Ahora, a la cama a descansar. Consúltalo con la almohada y mañana, seguro que tendrás tu respuesta.

—Sí, me voy a descansar… pero no me hace falta consultar nada. Mi corazón lo ha elegido a él, y yo estoy de acuerdo —le respondí con una

media sonrisa.

Mi abuela asintió en silencio, orgullosa, y se marchó a su habitación. Me dejó sola con mis pensamientos, pero por primera vez en mucho tiempo, no me sentí sola. Tenía mi respuesta, y también mi camino claro.

Capítulo 33



Zaida

Al día siguiente, lo primero que hice nada más llegar al hospital fue ir a ver a mi niña. En cuanto me vio, su carita se iluminó y se lanzó a mis brazos para llenarme de besos.

El turno por la mañana estuvo bastante tranquilo… o eso me pareció. En realidad, Pablo se estaba cargando con el doble de trabajo, cubriéndome de forma disimulada, como si cuidarme en silencio fuera ahora su manera de redimirse.

Después de comer, decidí que era el momento. Me dirigí a su despacho con el corazón bombeando a toda velocidad. Ya no quería que estuviéramos ni un día más separados. Estirarlo solo servía para alargar el dolor de los dos.

Llamé a la puerta. Él respondió con su tono habitual, serio y contenido, pero cuando me vio entrar… su expresión cambió por completo. Pasó de la concentración al asombro y, de ahí, a esa mirada suya que era todo ternura —mi abuela tenía razón: nadie me miraría nunca como él lo hacía—.

Hizo el amago de levantarse de la silla, pero con un gesto de mi mano le pedí que siguiera sentado. Me acerqué lentamente y, cuando estuve a su lado, me senté en su regazo. Le agarré de la bata y lo atraje hacia mí, juntando nuestros labios en un beso. Su primera reacción fue quedarse quieto, sorprendido, pero ni un segundo después ya me estaba besando con desesperación, volcando en ese beso todo el amor que sentía por mí, como si el tiempo perdido quisiera atraparse entre nuestras bocas.

Nos separamos jadeantes, en busca de aire, como si ese beso nos hubiera dejado sin aliento —porque, en realidad, así había sido—. Entonces, con la voz cargada de miedo y esperanza, él rompió el silencio.

—Zaida… ¿Dime que este beso es lo que creo que es y no solo un arrebato por las hormonas?

Me mordí el labio, aún sonriendo, con el corazón palpitando fuerte.

—Lo es. Pero con eso de las hormonas tienes razón también… me tienen bastante alterada —dije acercándome de nuevo a su oído—, y me preguntaba si tú podrías hacer algo al respecto.

Él se quedó quieto por un segundo, como si estuviera procesando mis palabras… y entonces, sin responderme con la voz, lo hizo con el cuerpo.

Sus labios volvieron a buscar los míos con una mezcla de necesidad y adoración. Me besó con todo: con la boca, con las manos, con la emoción contenida de todos esos días separados. Sus dedos se deslizaron con cuidado por mi espalda mientras me acomodaba entre sus brazos, y en ese instante ya no había despacho, ni batas, ni trabajo. Solo él y yo. Solo nosotros.

Con un movimiento rápido, me sentó al borde del escritorio, y dos minutos después ya me tenía completamente desnuda. Me miraba con ansia, con un deseo tan intenso que se me encendió todo el cuerpo. Esos ojos negros —los mismos que me habían enamorado desde el primer momento en que los vi— me observaban con tal intensidad que me mojé al instante.

Primero besó y lamió mis pechos, recreándose en ellos como si no tuviera prisa, como si disfrutara cada centímetro de mi piel hasta sentirse plenamente satisfecho. Luego fue bajando despacio, dejando besos sobre mi vientre abultado, hasta llegar a mi monte de Venus, donde depositó otro beso antes de dar el primer lametazo de arriba abajo sobre mi sexo. Solo necesitó una segunda lamida para desatar un orgasmo brutal que me hizo ver las estrellas. Sonriendo, con ese aire canalla y aún con la cabeza entre mis piernas, me dijo:

—Amor, no me has durado nada… Sí que te tienen alteradas las hormonas. Voy a tener que ayudarte bastante a menudo para que estés tranquila.

—¿A qué estás esperando? —le respondí coqueta— porque espero que me des todos esos momentos de tranquilidad que me debes desde que te fuiste.

Él soltó una carcajada, de esas que me erizan la piel.

Tres orgasmos después para mí, y uno para él, salíamos del despacho listos para terminar nuestro turno… y con una promesa sellada: la de no volver a separarnos nunca más.

Pablo todavía no les había dicho a sus padres que iban a ser abuelos; quería que fuera una sorpresa cuando me vieran. Ese era el motivo por el que, una semana después de nuestra apasionada reconciliación en su despacho, estuviéramos montados en un avión con destino a Barcelona.

Cuando llegamos a casa de mis suegros, la primera en entrar corriendo fue Eva, gritando sus nombres a pleno pulmón, como solo ella sabía hacerlo. Después entró Pablo, que saludó a sus padres con un fuerte abrazo antes de decirles que traía una sorpresa que los dejaría sin palabras. Yo esperé en el recibidor hasta que volvió a por mí. Nos agarramos de la mano y entramos juntos al salón.

La cara de sorpresa de Pilar y Juan al verme fue para enmarcar. Sus miradas iban de mi rostro a mi vientre una y otra vez, como si no creyeran lo que veían. Pilar fue la primera en reaccionar: se lanzó a mis brazos y rompió a llorar.

Cuando por fin nos separamos, las dos teníamos las mejillas empapadas. Mi llanto se había unido al suyo, arrastrada por la emoción del momento.

—¡Dios mío, Zaida! —exclamó entre sollozos—. Qué alegría más grande que hayas vuelto a nuestras vidas… y que lo hagas con semejante sorpresa.

—Desde luego que sí —añadió mi suegro, conmovido—. Nos hace muy felices ver que por fin habéis arreglado las cosas.

—Pero cuéntanos, hija —intervino Pilar, ansiosa—. ¿Cómo te encuentras? ¿Cuándo está previsto que nazca el niño?

—Niños, mamá. —La corrigió Pablo, con una sonrisa orgullosa—. Son dos niños, y nacerán dentro de tres meses.

—¡Dos niños! —repitió ella con un chillido que hizo eco en toda la casa—. ¡Madrecita de mi vida, qué alegría más grande! ¿Lo has oído, Juan? ¡Vamos a ser abuelos por partida doble!

—Sí que lo he oído, mujer, todavía no estoy sordo —respondió él riendo —. Pero con los gritos que pegas, no descarto que me dejes sin oído en cualquier momento.

Todos estallamos en carcajadas.

Los dos días que pasamos allí fueron tan maravillosos como intensos. Mi suegra, desbordada por la emoción, se lio la manta a la cabeza y nos arrastró hasta un centro comercial. Compró de todo: ropita, mantitas, baberos, peluches, y un sinfín de cosas más. También aprovechó para llenar bolsas para Eva, porque según ella «no se podía sentir destronada tan pronto». Al final tuvimos que mandar todo por mensajería a Madrid; de lo contrario, habríamos necesitado un avión solo para las compras.

Dos semanas después de nuestra vuelta, Pablo insistió en que dejáramos a Eva con mi abuela porque tenía una sorpresa para mí. Nos subimos al coche, y, al poco de arrancar, sacó un pañuelo de seda de la guantera.

—Confía en mí —me dijo sonriendo mientras me tapaba los ojos.

Veinte minutos después, el coche se detuvo. Me pidió que esperara, bajó y abrió mi puerta para ayudarme a salir. Tomó mis manos y caminamos unos pasos. Podía sentir el sol en la cara, el aire suave y el olor a flores. Cuando nos detuvimos, colocó una mano en mi cintura y la otra en mi nuca, dispuesto a desatar el pañuelo.

—Bienvenida a nuestra casa, cariño —susurró junto a mi oído antes de besarme en la cabeza.

Cuando el pañuelo cayó, me quedé sin palabras. Frente a mí apareció la casa más bonita que había visto en mi vida. Una construcción de tres plantas, la última abuhardillada, con un porche de ensueño cubierto de flores de todos los colores.

—¿Te gusta? —preguntó con cierto temor al ver que no decía nada.

—Decir que me gusta sería quedarme corta… me encanta, Pablo. Gracias por encontrar un sitio tan maravilloso para nuestra familia.

Soltó el aire que había estado conteniendo y me dio un suave beso en los labios.

—¿Quieres verla por dentro?

—¡Lo estoy deseando! —le dije tirando de su mano.

Si por fuera era bonita, por dentro no se quedaba atrás. En la planta baja había un salón enorme con chimenea, decorado con un gusto exquisito. La cocina, con su gran isla central y una mesa rinconera, parecía el lugar perfecto para compartir desayunos y risas. También había un baño amplio y un cuarto de colada.

En la segunda planta había cuatro habitaciones, todas con baño propio. La de Eva era un sueño hecho realidad: paredes rosas, princesas Disney y un dosel blanco que parecía sacado de un cuento. La de los gemelos estaba lista para su llegada, con dos cunas, cambiadores y una decoración llena de animalitos pintados en las paredes. Las otras dos habitaciones serían para invitados, para cuando vinieran mi abuela, mis suegros o nuestros amigos.

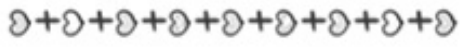
La buhardilla, que sería nuestra habitación, era un refugio de ensueño. Una cama *king size* en el centro, una claraboya sobre ella que permitía ver las estrellas, un vestidor enorme y un baño con todo lo imaginable: dos lavabos, una ducha espaciosa y un pequeño *jacuzzi*. Por la sonrisa pícara que me lanzó Pablo al enseñármelo, supe que ya tenía en mente cómo lo íbamos a estrenar.

El sótano, que ocupaba toda la extensión de la casa, era una gran sala de juegos llena de color y juguetes, pensada para que los niños fueran felices. Y

el jardín… el jardín era el broche perfecto: columpios, una barbacoa y una piscina que prometía veranos inolvidables.

Estaba segura de que íbamos a ser muy felices en esa casa. Y no porque fuera preciosa, que lo era, sino porque, por fin, sería nuestro hogar.

Capítulo 34



Zaida

Las semanas siguientes pasaron volando, y sin apenas darme cuenta, me metí de lleno en la recta final del embarazo. Tenía una barriga enorme; no es que hubiera engordado mucho, pero al llevar dos bebés apenas me veía los pies. Era más fácil saltarme que rodearme, como decía Pablo entre risas, aunque cada vez que lo hacía me miraba con ternura y me acariciaba el vientre con adoración.

Aquella noche saldríamos a cenar los dos solos para celebrar que ya nos habíamos mudado a la casa nueva y que todo marchaba de maravilla entre nosotros. Sabíamos que probablemente sería la última vez que lo haríamos antes de que nacieran los gemelos; cada día me encontraba más cansada y las noches se me hacían eternas entre pataditas y movimientos.

Fuimos a un restaurante italiano que nos encantaba a ambos, uno de esos lugares acogedores donde ya éramos clientes habituales. Pablo pidió de primero un *risotto* que olía a gloria y de segundo unos rollitos de lomo con pesto de pistachos y queso. Yo me decanté por una sopa minestrone y, de segundo, un bacalao a la capuchina. De postre pedimos un tiramisú para compartir.

La cena fue perfecta: entre risas, confidencias y planes de futuro, sentí que nada ni nadie podría romper de nuevo aquella felicidad que tanto nos había costado recuperar.

Pero el destino, que a veces parece tener un sentido del humor cruel, tenía otros planes.

Apenas habíamos salido del restaurante cuando nos encontramos de frente con la última persona que queríamos volver a ver en la vida: Adrián.

—Pero mira a quién tenemos aquí —dijo, con esa sonrisa cínica que me heló la sangre—. La parejita feliz… con bombo incluido.

Su tono destilaba veneno. Pablo dio un paso al frente y me colocó detrás de él, en un gesto instintivo de protección.

—Piérdete, Adrián. No queremos saber nada más de ti. Bastante daño hiciste la última vez que te cruzaste en nuestras vidas —le espetó con rabia contenida.

—No el suficiente, por lo visto —replicó él con una mueca—. Si lo hubiera hecho bien, ahora mismo no estaríais juntos, pese a todos mis esfuerzos.

—Más te valdría usar toda esa energía que empleas en joderle la vida a los demás para enderezar la tuya —respondió Pablo, cada vez más tenso.

—No te atrevas a darme lecciones, *Pablito*. Yo viviré mi vida como me dé la gana.

—Me parece estupendo —replicó Pablo, dando otro paso hacia él—. Pero vívela lejos. Bien lejos de mí y de mi familia. Y si vuelves a acercarte a alguno de nosotros, o a verter tu veneno sobre ella, lo lamentarás.

—Tus amenazas me las paso por el forro —dijo acercándose un poco más, mirándome directamente a mí—. Ya te advertí una vez que ella no ha podido olvidarme. Con un simple chasquido de dedos volvería a mí cuando quisiera. Solo espero que, en todo este tiempo, al menos la hayas enseñado a follar en condiciones… y que haya dejado de ser tan sosa en la cama.

De mi boca escapó un jadeo involuntario, una mezcla de vergüenza y rabia. Pablo se puso rojo de furia, apretó los puños y dio un paso decidido hacia él.

—¡Eres un hijo de puta! —gritó entre dientes—. Ni se te ocurra volver a acercarte a ella o a insultarla, porque juro que no respondo de lo que te haga.

¾Si te estás enfadando, hermanito, no es porque la estoy insultando, sino porque sabes que tengo razón en todo lo que he dicho.

Ya no hubo más palabras. Pablo se abalanzó sobre él y le propinó un puñetazo que Adrián le devolvió al instante. La pelea se fue descontrolando y cada vez estaba peor; yo temía por la vida de Pablo: su hermano era más fuerte y sabía pelear. Me acerqué para agarrar su mano y tirar de él, para salir corriendo de allí, pero en ese momento Adrián me empujó con fuerza y me tiró al suelo. Al ver lo que había hecho, se quedó paralizado, sin apartar la mirada de mí. Cuando Pablo me vio en el suelo, soltó una maldición y se lanzó hacia mí con rapidez.

—¡Por Dios, Zaida! —Su voz se quebró—. Dime que estás bien, por favor…

Quise tranquilizarlo, pero algo dentro de mí me hizo estremecer. Noté un calor húmedo recorrerme las piernas. Bajé la mirada y vi la sangre. No era mucho, pero suficiente para entender que algo iba terriblemente mal.

—Pablo… —susurré con un hilo de voz, señalando entre mis piernas, temblando.

El color desapareció de su rostro.

—¡Mierda… joder! —gruñó con desesperación—. Agárrate a mí, amor. Tenemos que irnos ya.

Me alzó en brazos sin esfuerzo, con una determinación feroz. Antes de marcharse, giró la cabeza hacia su hermano, que seguía inmóvil, paralizado.

—Reza, Adrián. Reza todo lo que sepas para que a mis hijos o a mi mujer no les pase nada. Porque si ocurre lo más mínimo por tu culpa, te juro por lo más sagrado que no habrá sitio en el mundo donde puedas esconderte. Te encontraré… y te mataré.

Su tono fue tan frío, tan real, que me recorrió un escalofrío. Sabía que lo decía en serio.

El trayecto al hospital se me hizo eterno, aunque apenas pasaron diez minutos. Pablo conducía con una mano mientras con la otra me sujetaba, intentando que no viera su miedo reflejado en los ojos.

En la entrada del hospital ya nos esperaba Sofía, a quien habíamos avisado de camino. Su cara al verme lo dijo todo.

Pablo frenó de golpe, salió del coche y me sacó en brazos. Me colocaron de inmediato en una camilla que ya tenían preparada. Todo fue tan rápido que apenas tuve tiempo de asimilar lo que estaba ocurriendo.

Entramos en el box de urgencias, y Sofía enseguida cogió el ecógrafo. Su rostro cambió conforme analizaba la pantalla. Yo no necesitaba que dijera nada: su silencio lo decía todo.

—Sofía, dime que todo está bien, por favor —le rogó Pablo con desesperación en los ojos.

—Lo siento… no puedo decirte eso. Hay un desprendimiento de placenta. Los tres corren peligro. Hay que entrar en quirófano ya —respondió Sofía con voz firme pero temblorosa.

—Sofía… —murmuré con lágrimas desbordándome.

—Tranquila —me dijo apretándome la mano con fuerza—. No voy a dejar que a mis ahijados ni a ti os pase nada, te lo prometo.

—Pablo, si vas a entrar al quirófano, ve a cambiarte ya, porque nos vamos.

Él asintió sin decir palabra y salió corriendo.

Me llevaron a toda prisa al quirófano y no tardaron nada en prepararme. El anestesista ya estaba avisado y enseguida sentí cómo mis piernas empezaban a dormirse por efecto de la epidural. Justo en ese momento, la puerta se abrió y entró Pablo, vestido con la bata verde, el gorro y esa mirada cargada de amor y miedo al mismo tiempo.

—¿Estás lista, Zaida? —preguntó Sofía.

No fui capaz de hablar. Los nervios me atenazaban el cuerpo. Solo pude asentir con la cabeza.

Con una precisión impresionante, Sofía deslizó el bisturí por mi abdomen y, apenas tres minutos después, el llanto de mi primer hijo llenó la sala. Lloraba con tanta fuerza que casi nos dejó sordos a todos.

—¿Quieres cortar el cordón de tu primogénito, papá? —le dijo Sofía sonriendo.

Pablo, con el pulso firme pese a la emoción, cortó el cordón. Después besó la diminuta cabeza del bebé y me lo colocó sobre el pecho. Sentí su calor, su respiración, su vida… y no pude contener las lágrimas.

Diez minutos después, tenía a mi segundo hijo sobre mí. Pablo nos miraba a los tres con los ojos empapados, sin poder articular palabra, solo llorando de emoción.

—Bueno, pues el estropicio que tenías aquí dentro ya está arreglado —dijo Sofía sacando la cabeza de entre mis piernas—. Has quedado estupenda para tu siguiente embarazo, Zaida.

La miré con tal cara de horror que todos estallaron en carcajadas, incluida yo, moviendo la cabeza con un «no, no, no» muy claro.

—¿Y cómo vais a llamar a mis ahijados, parejita? —preguntó Sofía aún riendo.

—No lo teníamos decidido todavía —le respondí—. ¿Qué te parece si cada uno elige un nombre? —le propuse a Pablo.

—A mí me gusta, Aitor —dijo él con una sonrisa.

—Y a mí, Cristian —añadí.

—Pues decidido —anunció Sofía, mirando a los pequeños—. Bienvenidos al mundo, Aitor y Cristian.

Una hora después ya estábamos instalados en la habitación. Mi abuela me ayudaba a cambiar a los gemelos cuando se abrió la puerta y apareció Pablo, con una sonrisa enorme, llevando de la mano a Eva.

Fue amor a primera vista. En cuanto vio a los bebés, corrió hacia la cama y, con los ojitos brillantes de emoción, dijo:

—¡Bebés de tata Za!

No quería separarse de ellos ni un segundo.

Al día siguiente llegaron los padres de Pablo, radiantes de alegría. Se quedaron con nosotros dos semanas, ayudándonos con los niños y con Eva, que, con apenas un año, reclamaba su parte de atención.

Cuidar de dos bebés y una niña tan pequeña era una auténtica locura, pero, aun agotados, Pablo y yo no podíamos ser más felices.

✣ ✣ ✣ ✣

Seis meses habían pasado desde que nacieron los gemelos. La verdad es que habíamos tenido mucha suerte: no eran demasiado llorones, dormían bien y comían de maravilla. Y menos mal, porque de no haber sido así, habríamos acabado los dos directos al psiquiátrico.

La semana anterior había vuelto al hospital, ya como adjunta. Ahora Pablo no era mi jefe, sino un compañero más… aunque las visitas a su despacho seguían produciéndose, y allí hacíamos *algo más* que comentar los casos médicos del día.

Con la llegada de la primavera decidimos que era el momento perfecto para bautizar a los tres —sí, a los tres—, porque Eva tampoco estaba bautizada aún. Así que los tres compartirían padrinos: Rubén y Sofía llevaban a Aitor y a Cristian en brazos hacia el altar, mientras que Eva iba orgullosa en los brazos de su padre. Fue una ceremonia preciosa, cargada de emoción, sonrisas y alguna que otra lágrima.

El momento más divertido lo protagonizó Eva, que, cuando el cura le echó agua por la cabeza, se dio la vuelta muy seria… y le devolvió el gesto salpicándole con el agua de la pila. La sotana del pobre hombre acabó empapada, y todos estallamos en carcajadas.

Para celebrarlo hicimos una barbacoa en el jardín de casa. No éramos muchos invitados —solo nuestras familias, amigos y algunos compañeros del hospital—, pero reinaba un ambiente de felicidad tan cálido que no hubiera cabido una persona más.

En un momento de la tarde, Pablo me rodeó la cintura y me hizo girar hacia él. Sonaba una canción lenta, y comenzamos a bailar despacio, balanceándonos al ritmo de la música. Al terminar la canción, me besó con dulzura… y, cuando se separó, se arrodilló frente a mí.

Mirándome a los ojos —esos ojos que me hacían sentir en casa— me dijo:

—Zaida… supe desde el primer momento que te vi en mi cocina que nunca más habría otra mujer para mí. Te metiste tan dentro de mi corazón y de mis pensamientos que ni cuando quise sacarte a la fuerza fui capaz de conseguirlo. Hemos pasado por momentos malos, pero también por muchos buenos, y deseo que los que vengan a partir de ahora sean aún mejores. ¿Quieres casarte conmigo?

Me arrodillé frente a él, poniendo mi cara a la altura de la suya. Tenía el corazón desbocado, las lágrimas nublándome la vista.

—Yo lo quiero todo contigo —le susurré antes de besarle.

El jardín estalló en aplausos, gritos y risas. Nuestros amigos y familiares se acercaron corriendo para abrazarnos y felicitarnos. Entre el gentío apareció mi abuela, con Eva en brazos, y se acercó sonriendo.

—Zaida —dijo Pablo, mirándome con ternura—, Eva también quiere preguntarte algo.

La pequeña me miró muy seria, y con esa vocecita dulce que derretía el alma, me dijo:

—¿Tata Za, quieres ser mi mamá?

Si ya había llorado con la propuesta de Pablo, aquello me rompió del todo. Las lágrimas me cayeron a chorros mientras la abrazaba.

—Ya lo soy, cariño… ya lo soy —le dije, cubriéndole la carita de besos.

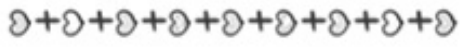
Tres meses después nos casamos, un viernes por la tarde. Los dos quisimos que la boda fuera sencilla, íntima, con los mismos invitados que habían estado en el bautizo de los niños. *Nuestros hijos*, sí, porque aunque a Eva la sentí mía desde el primer momento, dos meses después de su pregunta firmamos los papeles de la adopción. Desde entonces, oficialmente, era mi hija.

La celebración fue en un hotel de la ciudad donde reservamos habitaciones para todos. Así, después de la fiesta, nadie tendría que conducir; solo descansar y seguir celebrando.

Decidimos no irnos de luna de miel de inmediato. Los niños eran demasiado pequeños, así que lo pospusimos para el año siguiente. Nuestro plan era perfecto: un viaje a Disney, los cinco juntos.

Eso sí, aquel fin de semana nos escapamos a una cabaña en la sierra para celebrar nuestra unión… y vaya si la celebramos. Tanto, que cuando regresamos, no volvimos solos.

Epílogo



Veinte años después…

Zaida

—¿Mamá, cuándo volvéis del viaje? —me preguntó mi hijo Cristian, con ese tono travieso que siempre gasta.

—¡Será posible! —le respondí riéndome—. Aún no nos hemos ido y ya me estás preguntando cuándo volvemos.

—Tengo que mentalizarme de cuántos días me vais a dejar aquí con esta panda de locos —dijo él, soltando una carcajada.

—¿Qué dices de locos, chaval? Aquí todos somos angelitos —replicó su hermano Aitor, poniéndose muy digno.

—Sí, sí… angelitos con piel de demonio, eso es lo que sois todos —añadió su padre, Pablo, con los ojos en blanco.

—Pero nos queréis igual, eso no lo podéis negar —dijo Eva, que acababa de entrar en la cocina con una sonrisa.

En ese momento oímos voces que venían del salón. Todos resoplamos al unísono: las gemelas volvían a pelearse, como casi todos los días. Era ya nuestro pan de cada día.

Nuestra casa era una auténtica locura… pero *bendita locura*.

Veinte años habían pasado desde que Pablo y yo nos casamos. Aquel viaje que hicimos para celebrar nuestra unión… bueno, digamos que fuimos dos y volvimos cuatro. Mi marido siempre tuvo puntería para esto de los embarazos: no sabía hacerlos de uno en uno, no. Él a lo grande, de dos en dos, como las parejas de la Guardia Civil.

De aquel embarazo, que transcurrió de maravilla, nacieron las benjaminas de la familia: dos niñas tan idénticas por fuera como diferentes por dentro. Las llamamos Pilar y Elena, en honor a sus abuelas.

El día que nacieron le dije muy seria a Pablo que yo me plantaba.

—Con cinco hijos ya tenemos más que suficiente —le advertí—. O te cortas la coleta, o te la corto yo.

Con el tino que tenía, me veía en pocos años montando un equipo de fútbol completo.

Los primeros años fueron una locura total: una niña de dos años, dos de uno y otras dos recién nacidas. Hubo momentos en los que no sabíamos a quién le habíamos cambiado el pañal o de quién era cada prenda.

Mi abuela se mudó con nosotros para echarnos una mano con los niños. Y cinco años después, cuando mis suegros se jubilaron, vendieron su piso de Barcelona y se compraron una casa muy cerca de la nuestra. Gracias a ellos tres —mi abuela, Pilar y Juan—, Pablo y yo podíamos escaparnos de vez en cuando para tener algún día para nosotros.

Los dos seguimos trabajando en el hospital, aunque durante los primeros años —con tantos niños tan seguidos— yo tuve que coger una excedencia hasta que todos empezaron el colegio.

Eva ya estaba en la universidad, estudiando Medicina. Fue algo que tuvo clarísimo desde bien pequeña: quería seguir nuestros pasos. Cuando nos lo dijo, a Pablo y a mí se nos llenaron los ojos de lágrimas. Nos hizo una ilusión tremenda que quisiera dedicarse a lo mismo que nosotros.

Aitor y Cristian, que siempre habían sido uña y carne —no como las dos pequeñas, que se pasaban el día discutiendo por tonterías—, acababan de empezar la carrera de Derecho. Su sueño era montar un bufete juntos, y estábamos seguros de que lo lograrían. Eran responsables, estudiosos y muy perseverantes en todo lo que hacían.

Elena y Pilar, las benjaminas, estaban en su último año de Bachillerato. Tan iguales por fuera y tan diferentes por dentro, cada una tenía su propio mundo. Elena lo tenía claro: quería estudiar Veterinaria. Amaba a los animales y, durante todos estos años, bicho que veía en la calle, bicho que acababa en casa, aunque solo fuera por unos días hasta que encontrara dueño.

Pilar, en cambio, seguía algo indecisa, pero todo apuntaba a que se decantaría por la informática. Era un auténtico prodigio con los ordenadores; no había problema que no supiera solucionar.

Durante todos estos años nuestra amistad con Rubén y Sofía siguió tan fuerte como siempre. Ellos fueron un gran apoyo para nosotros, sobre todo en los años más caóticos, cuando los niños eran pequeños y la casa parecía un circo.

Se casaron un año después que nosotros y tuvieron dos hijos maravillosos: Sergio, de quince años, y Alexandra, de trece. Nuestros hijos habían crecido juntos, como primos más que como amigos, compartiendo juegos, vacaciones y travesuras.

De mis hermanastros no había vuelto a saber nada, ni ganas tenía tampoco. La última vez que los vi fue en el entierro de su padre, hace ya seis años. Ni siquiera nos saludamos. Seguían siendo los mismos de siempre: arrogantes, prepotentes, mirando a los demás por encima del hombro como si el mundo les debiera algo.

Mi querido Miguel nos dejó de la noche a la mañana. Un infarto fulminante se lo llevó junto a su amada Elena, a la que, estoy segura, nunca dejó de querer. Fue un golpe duro, sobre todo para mí, porque pese a todo lo vivido, le tenía un cariño sincero.

Con Carol y Michael hacía años que no teníamos contacto. Dicen que la distancia hace el olvido, y en este caso así fue. Ellos tenían su vida en Nueva York con sus tres hijos, y nosotros la nuestra aquí. Al principio eché de menos a mi querida amiga, pero con el paso del tiempo nuestra relación se transformó en eso: un bonito recuerdo, una etapa de la vida que se queda guardada con cariño en la memoria.

Y con quien no volvimos a tener ningún contacto fue con Adrián.

Después de aquella noche, cuando Pablo y él se pelearon y mi marido lo amenazó, desapareció de nuestras vidas para siempre. Nunca más volvió a acercarse. Es triste que tu propio hermano intente destruirte por celos y envidia, pero así fue.

A día de hoy, Pablo no ha podido perdonarle todo el daño que nos hizo. Ni quiere oír su nombre, ni recordar el pasado. Y, sinceramente, yo tampoco.

Yo sabía, por boca de mis suegros —que mantenían contacto telefónico con él, aunque muy esporádico—, que Adrián había terminado saliendo mal con el dueño del bar al que vino a trabajar en Madrid. Después de quedarse sin empleo, estuvo dando tumbos durante un tiempo hasta que se marchó fuera del país.

En Londres fue donde acabó asentándose, y, para sorpresa de todos, montó su propio bar. Por lo que me contaron, no le iba nada mal. Años atrás había conocido a la que hoy era su mujer, una venezolana afincada en la ciudad, de carácter fuerte, de esas que no se dejan pisar por nadie. Al parecer, fue la única persona que consiguió meterlo en cintura.

No habían tenido hijos, no porque no quisieran, sino porque dos años antes de conocerse, Adrián había contraído paperas por las que estuvo muy grave y se había quedado estéril. Cosas del karma, quizá. La vida, que a veces devuelve lo que das: cuando tuvo una hija, no la quiso, y ahora que los quería… ya no podía tenerlos.

El ladrido de uno de los cuatro perros que convivían con nosotros —gracias a mi hija Elena, que metía en casa todo animal que se encontraba— me devolvió al presente.

—Mamá, que te has quedado en Babia. Te estoy hablando y ni caso me haces. Gracias, Roque, por traerla de vuelta de la luna —dijo Pilar con toda su guasa.

—Ya he vuelto, montada en un cohete. ¿Qué quieres? —le respondí resoplando. La conocía como si la hubiera parido, y ya sabía de antemano lo que me iba a pedir.

—Que digo yo… ¿qué nos vais a traer de regalo cuando volváis del viaje? —preguntó con su mejor cara de angelito. Si es que ya lo sabía: era la más pedigüeña de todos.

—A ti, un rollo de esparadrapo para que te tapes la boca y dejes de pedir, guapa —contestó su hermana, sin levantar la vista del móvil.

—¡Mírala, mamá! Ya me está chinchando. Es que no se cansa la niña esta de tocarme las narices día y noche —dijo indignada, con ese tono dramático tan suyo.

—¡Pablo! ¿Estás listo? ¡Como tardes más de cinco minutos en bajar, me voy de viaje sin ti! —grité alzando la voz para que me oyera desde la planta de arriba.

Dos minutos después bajó las escaleras con el pelo todavía mojado de la ducha. Había pasado casi un cuarto de siglo desde que nos conocimos, pero para mí seguía igual de guapo que entonces. Las canas que ahora lucía en las sienes, lejos de restarle atractivo, se lo sumaban, y esos ojos negros —los mismos que me enamoraron aquel día en su cocina— seguían mirándome con el mismo amor y deseo de siempre.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿A qué viene tanta prisa? Aún tenemos tiempo, nuestro vuelo no sale hasta dentro de dos horas —me dijo mientras me daba un suave beso en los labios.

Señalé con la cabeza a las gemelas, que seguían discutiendo, y le contesté con media sonrisa.

—Se avecina tormenta… Tú verás si prefieres que nos vayamos ya o quedarte a ver el chaparrón.

Pablo me miró divertido, me cogió de la mano y, tirando de mí hacia la puerta de salida, soltó una carcajada.

—Ni aunque tuviera un paraguas del tamaño de una sombrilla, me quedo a ver cómo cae el chaparrón. Que se apañen todos solos por unos días, que ya son mayorcitos.

Salimos casi corriendo de casa entre risas, con las voces de los chicos despidiéndonos desde la puerta. El taxi nos esperaba en la calle y, mientras se alejaba, vi por la ventanilla cómo nuestra casa se hacía pequeña, envuelta en el bullicio de esa familia que habíamos construido con tanto amor.

El aeropuerto estaba lleno de vida, de gente que iba y venía. Por un momento me sentí una más entre todos ellos: una mujer que había amado, llorado y reído intensamente.

Ya con el avión en el aire, rumbo a nuestro destino, miré por la ventanilla. Las nubes empezaban a cubrir el cielo y pensé en todo lo que habíamos vivido para llegar aquí. Había pasado una vida desde aquella primera vez que vi a Pablo, mientras yo estaba casi desnuda en su cocina, sin imaginar que acababa de conocer al amor de mi vida.

Apreté su mano. Él respondió con una caricia lenta en el dorso de la mía, como si quisiera guardar ese momento para siempre. Ya no éramos los mismos: los años, las canas y los días compartidos nos habían cambiado… pero también nos habían hecho más fuertes.

Pensé en Eva, en los gemelos, en las pequeñas; en cada instante de locura y ternura que formaba nuestro hogar. Y mientras todos esos recuerdos pasaban por mi cabeza, me descubrí sonriendo con los ojos, la boca y el corazón, justo como decía mi madre.

Al ver mi sonrisa, Pablo entrelazó sus dedos con los míos y me susurró con esa voz que todavía lograba estremecerme:

—¿Lista para nuestro viaje de desconexión? ¿Quieres perderte conmigo en una isla paradisíaca?

Lo miré a los ojos —esos ojos que seguían siendo mi refugio después de tantos años— y le respondí con el alma:

—Yo lo quiero todo contigo.